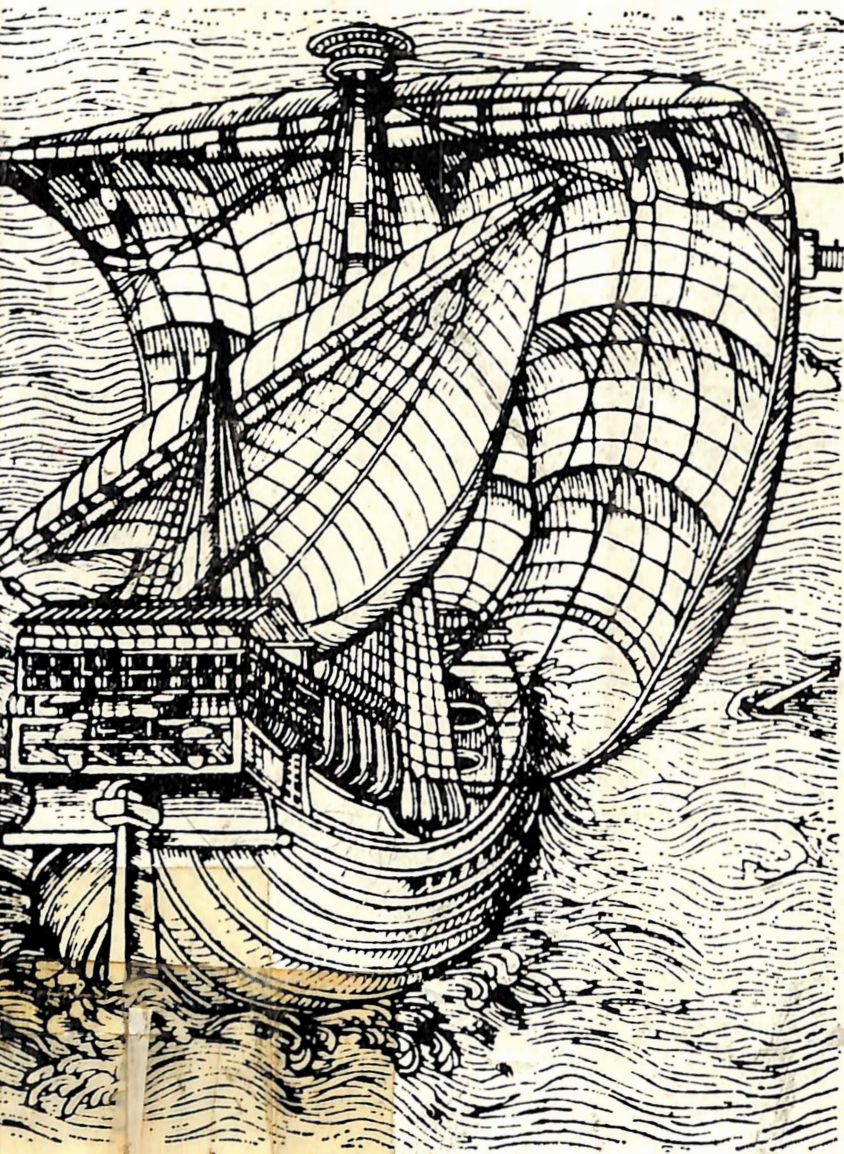


JOSE JOAQUIN PEREZ

OBRA POETICA



Selección y notas de
CARLOS FEDERICO
PEREZ

Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña,
Santo Domingo, 1970.

No obstante la mención frecuente de que se le hace objeto, la obra poética de José Joaquín Pérez es poco conocida en la actualidad a causa, principalmente, de lo difícil que resulta la obtención de un ejemplar de *La Lira* de José Joaquín Pérez, libro en el cual se hizo, en 1928, la última recopilación de dicha obra.

Con el propósito de subsanar ese vacío, y proseguir en el cumplimiento de la finalidad que la anima de valorizar y difundir los logros sobresalientes de la cultura dominicana, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña resolvió incluir entre sus publicaciones la presente edición, en interés no solamente de poner al alcance de nuestros círculos intelectuales la poesía del cantor de nuestra raza autóctona, sino percatada también de la utilidad que puede derivarse de ello para las tareas docentes del bachillerato y de las universidades.

En la realización de su propósito la Universidad ha tenido la fortuna de contar con la obra que había preparado el profesor Carlos Federico Pérez, y en la cual

(Pasa a la
otra solapa)

Portada: Grabado de la época.
"Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao".— (Diario de Colón).



José Joaquín Pérez

Oleo del pintor dominicano Luis Desangles

JOSE JOAQUIN PEREZ

O B R A
P O E T I C A

Selección y notas de
CARLOS FEDERICO PEREZ

Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña,
Santo Domingo, 1970.

RD861.3
P4380'
1970
e a

NOTAS PRELIMINARES

Biografía

En la ciudad de Santo Domingo, el 27 de abril de 1845, nació José Joaquín Pérez, primogénito del matrimonio de Benito Alejandro Pérez Fernández, abogado y notario, y Josefa Matos Sepúlveda.

Apenas poco más de un año tenía de constituida la República Dominicana, a cuyo nacimiento había contribuido su padre, asistiendo al baluarte de El Conde la noche del 27 de febrero del 1844.

Completó su educación bajo el rectorado del Pbro. Fernando Arturo de Meriño, en el Seminario de Santo Domingo, instituto de enseñanza a que concurría entonces la juventud dominicana.

Adscrito desde su primera juventud a las corrientes políticas de carácter liberal, es de los que en 1868, al instaurarse el llamado Gobierno de los Seis Años del Presidente Buenaventura Báez, se vio obligado a abandonar el país, dando comienzo a su destierro en Venezuela hasta 1874.

Militó a su regreso en el denominado Partido Azul. Durante su vida pública fue investido de las funciones de suplente de diputado, miembro de la Asamblea Constituyente de 1874, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia y finalmente, en el gobierno de su amigo y ex-condiscípulo, el repúblico Francisco Gregorio Billini, en 1884, fue llamado a desempeñar la Secretaría de Estado de Justicia e Instrucción Pública. En el ejercicio de estas últimas funciones prohió el plan de los maestros ambulantes e impulsó la implantación de la reforma educativa de

Eugenio María de Hostos, pronunciando en ocasión de la investidura de los primeros maestros normales, el discurso con que a nombre del gobierno dominicano dió respuesta a las palabras de Hostos que Antonio Caso ha calificado como la más alta página filosófica de la América de habla española.

Alejado definitivamente de la vida pública, después de la caída del gobierno de Billini, permaneció hasta el fin de su vida dedicado a su profesión de abogado y notario público, así como al cultivo de las letras, en especial de la poesía, lo que había hecho desde su niñez.

La muerte puso fin a sus días en Santo Domingo, su ciudad natal, el 6 de abril de 1900. Sus restos reposan en el antiguo cementerio de la ciudad.

Obra literaria

Favorecido por innata vocación poética, escribió versos desde sus primeros años. Se conservan poesías suyas compuestas a los doce años.

En 1861, antes de cumplir los dieciséis años, adquirió notoriedad al improvisar un soneto de protesta contra la anexión de la República Dominicana a España.

Versos de la adolescencia y primera juventud, inéditos en su mayor parte, permanecen manuscritos.

Los años de destierro en Venezuela dan origen a las poesías de proscripción entre las cuales sobresale La Vuelta al Hogar escrita con motivo del regreso al país en 1874.

En ese mismo año aparecieron poesías suyas en la Lira de Quisqueya la más antigua de las antologías poéticas dominicanas.

En 1877 publica el tomo de *Fantasías Indígenas* que fue el primer libro de versos de un solo autor editado en la República Dominicana.

En 1882 da a conocer en folleto *La Industria Agrícola* compuesta con motivo de haber comenzado a operar la moderna industria azucarera dominicana.

El resto de su producción poética, constante desde 1861, vió la luz pública en periódicos y revistas.

En prosa escribió la novela corta *Flor de Palma* o *La Fugitiva de Borinquen*, incluída en *Fantasías Indígenas*, así como cuentos, leyendas, cuadros de costumbres y crítica literaria, utilizando en los últimos años el seudónimo de *Flor de Palma*. Suyos fueron los prólogos de *Iguaniona*, de Javier Angulo Guridi y de la primera edición del *Enriquillo* de Galván.

En 1928, en cumplimiento de un acuerdo de la sociedad cultural *La Republicana*, de la cual fue Presidente durante muchos años, la mayor parte de su obra poética publicada fue recogida en un volumen bajo el título de la *Lira* de José Joaquín Pérez.

Abundante fue también su labor periodística. Dirigió *El Porvenir*, de Puerto Plata y *El Nacional*, de Santo Domingo, desde cuyas columnas llevó al cabo campañas civilistas. Fundó en 1883, en unión del Dr. Guillermo de la Fuente, la *Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles*, la segunda que existió en el país. Colaboró principalmente en *Letras y Ciencias*, *Los Lunes del Listín*, *Revista Ilustrada* y *El Album del Hogar*.

Balace de la Crítica

José Joaquín Pérez fue saludado elogiosamente como poeta por Apolinar Tejera en el prólogo que escribió para la primera edición de las *Fantasías Indígenas*. Dice allí:

“Que las *Fantasías Indígenas* forman una colección de poesías sonoras y delicadas, cosa es que no puede dudarse, porque el Señor Pérez versifica siempre con garbo, fluidez y galanura. Poeta de estro rico y ardiente, sus versos no son lánguidos ni amanerados; ni tienen esa vaguedad fastidiosa y monótona, remedo de la genial e indefinible melancolía que caracteriza a los trovadores alemanes y que algunos quieren en vano imitar con perjuicio de la belleza rítmica, perfección de la forma y exactitud en el decir; ni adolecen tampoco de esa tristeza fingida, especie de quejido lírico que se ha hecho moda en los tiempos que alcanzamos y que tanto afea la versificación de

otros poetas; no: el autor de los Ecos del Destierro, Quisqueyana y La Vuelta al Hogar, cualquiera que sea el objeto que lo inspire, canta con belleza y naturalidad”.

Manuel de Js. de Peña y Reinoso preparó sobre la misma obra un estudio, incluido también en la primera edición, en donde hace un recuento de las composiciones de las Fantasías, ponderándolas favorablemente en sentido general y concluyendo de la manera siguiente sus palabras, dirigidas a la juventud dominicana:

“El señor Pérez es ya una gloria nuestra; el señor Pérez es además vuestro riguroso contemporáneo, vuestro compañero. Hacedos dignos de esta gloria; acoged con amor las Fantasías Indígenas. Que no haya uno de vosotros que no lea el libro del señor Pérez. Así corresponderéis a sus nobles esfuerzos y a la fe que yo abrigo en vuestro amor por lo bello y lo bueno”.

Las Fantasías Indígenas consagraron la popularidad de José Joaquín Pérez y el gran humanista español don Marcelino Menéndez y Pelayo en su Antología de los Poetas Hispano-americanos, Madrid, 1893, tomo II, afirma que “para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo hay que llegar a Don José Joaquín Pérez y a Doña Salomé Ureña de Henríquez”, elogiando específicamente algunas de las composiciones de ambos.

El criterio predominante en el juicio de los coetáneos es el de poeta eminentemente lírico, de hondura subjetiva, evocador y descriptivo, cualidades que le hicieron figurar junto a Salomé Ureña de Henríquez y Gastón F. Deligne entre los tres primeros poetas dominicanos.

Pero ya en 1900 señalaba Federico García Godoy, en el número de la Revista Ilustrada que se dedicó al poeta con motivo de su fallecimiento, que “en extremo instructivo sería un estudio que abarcare el examen concienzudo de toda la obra poética de José Joaquín Pérez, desde sus primeros versos... hasta estos últimos tiempos en que, sin falsear en nada el carácter esencialmente americano de su poesía, su fantasía creadora ya en plena evolución, marca su cada vez más acentuada tendencia hacia el modernismo en Contornos y Relieves y otros versos suyos”...

El primer ensayo en que se juzgó la obra completa fue el de Pedro Henríquez Ureña aparecido en el libro *Ensayos Críticos* de 1905 y reproducido luego en *Horas de Estudio* de 1910. Allí señala el eminente humanista las diferentes etapas de la producción del poeta indicando someramente las características de cada una. Por escribir en proximidad cronológica a la época de José Joaquín Pérez, así como por la índole propia de un ensayo, que exige brevedad, la perspectiva histórica de su enfoque fue limitada, impidiendo un detalle más minucioso en la definición de los diversos períodos, pero más tarde, parece que teniendo en cuenta el valor del carácter evolutivo de la obra del poeta calificó a éste “como uno de los más interesantes de América, pero de los poco conocidos”. (*Revista Bahoruco*, Santo Domingo, No. 97, junio de 1932).

En el balance crítico, sin embargo, no todo se suma al elogio. Su versificación ha sido objeto de reparos principalmente la de los primeros tiempos. “En cuanto a las leyendas analizadas —pregunta Peña y Reynoso, en el estudio citado— ¿deberé emplear los instantes que debo pasar aún y por ahora bajo el cielo de la patria en rebuscarle defectos? —No.— Sólo diré que hubiera deseado que el poeta justificara más la lógica de los hechos y a la misma Providencia al darnos una idea del castigo que la una y la otra impusieran a don Luis de Barahona; y que hubiera sido preferible que el poeta se hubiese curado algo más de la armonía, en ciertos versos. Bien es verdad que el señor Pérez es a veces algo descuidado en esta parte: parece que confía en que la ternura de sus pensamientos, la verdad de sus imágenes y la gala de su lenguaje hagan olvidar a sus lectores la dureza de su métrica. Por lo que a mí hace, el señor Pérez no se engaña”. Después Pedro Henríquez Ureña, Máximo Coiscou Henríquez y Joaquín Balaguer le imputan como vicioso el uso de la sinéresis, licencia poética según la cual se aceptan como diptongadas vocales que no lo están. También merece citarse la observación de Rafael Deligne, acogida por Pedro Henríquez Ureña, en el sentido de que José Joaquín Pérez no sobresalía en la forma narrativa.

En lo que se refiere al último de los reproches mencionados vale la pena recordar que Hostos alabó el romance de José Joa-

quín Pérez como especialmente apto para preservar el patrimonio legendario de Santo Domingo y que Pedro Henríquez Ureña mismo reconoció que a veces alcanzaba la fluidez de los grandes románticos españoles Espronceda y Zorrilla.

En cuanto al uso de la sinéresis, sería desentenderse del clima literario dentro del cual se formó el poeta hacer caso omiso de las arrogancias de rebeldía del romanticismo frente al rigor neoclásico. Muestra de esa rebeldía fue, sobre todo en Hispanoamérica, la abundante utilización de las llamadas licencias poéticas. Por lo demás, para atribuir a la sinéresis sus proporciones reales como pecado de dicción es indispensable tener en cuenta ciertas peculiaridades de la pronunciación española. El propio Joaquín Balaguer así lo entiende en estudio que incluye en su obra *Apuntes para una Historia Prosódica de la Métrica Castellana* (Madrid, 1954, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, págs. 243-66) en donde demuestra que existen antecedentes en el uso de la sinéresis que se remontan a los grandes versificadores del Siglo de Oro y que, de acuerdo con ellos, solamente es reprochable cuando una de las vocales que se contrae tiene el acento predominante del verso.

La presente edición

El criterio empleado en esta edición de las poesías de José Joaquín Pérez estuvo animado por el propósito de seleccionarlas bajo un punto de vista evolutivo. Para ello se estimó que junto a la nota lírica que casi siempre ha sido puesta de relieve como característica suya merece considerarse especialmente el proceso de renovación que es perceptible en el conjunto de la obra.

Por tales motivos, si el número de composiciones reunido en el presente volumen es menor que el compilado en *La Lira*, en cambio figuran composiciones de mayor importancia y extensión, como *Guaigüasa* y *La Industria Agrícola*, que fueron omitidas en la edición de 1928.

La fidelidad al propósito enunciado ha requerido que la selección incluya composiciones de los años de adolescencia y primera juventud las cuales, a la luz de la perspectiva histórica, atestiguan el nivel de idoneidad de la vocación del autor y con-

tribuyen a identificar los predios emocionales desde donde partió su ruta poética.

Creemos que pauta semejante ilustra mejor sobre las calidades de la poesía de José Joaquín Pérez que la recolección más o menos completa de cuanto escribió ordenado según un criterio meramente cronológico.

Las fuentes principales que hemos utilizado son las siguientes:

a) Una libreta manuscrita con el título de “Ráfagas Tropicales —Ensayos Poéticos de José Joaquín Pérez”, la cual contiene versos compuestos de 1858 a 1867. Consta de 233 páginas numeradas, faltando las números 201, 202, 220, 227 y 232 e incluía 59 composiciones, según el índice, una buena parte de ellas de carácter amoroso, circunstancia digna de anotarse porque entre las que el poeta dió a la luz pública solamente un número reducido son de esa índole y figuran entre las menos importantes.

En la página 69 de esta libreta, con fecha posterior, el poeta hizo expresa mención de su deseo de que se librasen de la publicidad las poesías transcritas en ella porque eran “ensayos de sus primeros años cuando aún no tenía siquiera los conocimientos necesarios para manejar medianamente el idioma”. Sin embargo, algunas de las composiciones de la mencionada libreta fueron dadas a conocer por él más tarde como es el caso de la titulada Diez y Siete Años. Hemos respetado con las restantes la voluntad del autor utilizando solamente referencias útiles para seguir el proceso de elaboración de versos y estrofas de poesías publicadas.

b) Un cuaderno en muy mal estado que contiene sobre todo traducciones de Thomas Moore.

c) Una libreta encuadrada con el manuscrito original de las Fantasías Indígenas y con fecha de 1876. La obra publicada al año siguiente contiene tres composiciones adicionales.

d) Un ejemplar de la edición original de las Fantasías Indígenas, de 1877, con algunas anotaciones de puño y letra del autor.

e) Una libreta con diversos apuntes y composiciones de la última época, la mayor parte de éstas publicadas, entre ellas algunas de los Contornos y Relieves.

f) Periódicos de la época, consultados en el Archivo General de la Nación.

g) La Lira de José Joaquín Pérez, de 1928.

h) El número de los Cuadernos Dominicanos de Cultura, correspondiente a junio de 1945, que fue dedicado al poeta con motivo del centenario de su nacimiento.

Bibliografía

De manera invariable se ha colocado a José Joaquín Pérez entre los principales poetas dominicanos. Por eso la bibliografía sobre su obra en verso es relativamente abundante tanto nacional como extranjera.

Dentro de un recuento más o menos completo pueden citarse para el estudio de su obra las fuentes que se mencionan a continuación:

Apolinar Tejera, Prólogo de las Fantasías Indígenas, 1877.

Manuel de Js. de Peña y Reinoso, estudio sobre las Fantasías Indígenas, incluido en la primera edición de la obra, 1877.

Rafael A. Deligne, Cosas que Fueron y Cosas que Son, en El Cable, de San Pedro de Macoris, reproducido en Letras y Ciencias del 17 de noviembre de 1893.

En ique Deschamps, Los Lunes del Listín, 13 de julio de 1896 y 18 de mayo de 1897.

Revista Ilustrada, 15 de julio de 1900, número especial dedicado a José Joaquín Pérez con motivo de su fallecimiento.

Contiene colaboraciones de Enrique Deschamps, R. J. Castillo, F. García Godoy, Augusto Franco Bidó, Virginia E. Ortea, Rosa Sméster, Félix Francisco Rodríguez, José Dubeau, Ana J. Puello, Emilio Prud'Homme, Luis A. Bermúdez, Luis Cohen Rafael A. Deligne, A. B. Pellerano Castro, Apolinar Tejera, Federico Henríquez y Carvajal, Julián Sorel, Mercedes Mota, Arístides García Gómez, Rafael Abreu Licairac, E. M. Hostos, Francisco Henríquez y Carvajal, Andrés Julio Montolío, Gastón Deligne y María así como reproducciones de notas de prensa.

Rosendo Perdomo, revista La Cuna de América, 6 de diciembre de 1903.

Pedro Henríquez Ureña, ensayo titulado José Joaquín Pérez en *Ensayos Críticos*, 1905, reproducido en su libro *Horas de Estudio*, La Habana, 1910.

Eliseo Grullón, *La Cuna de América*, 15 de febrero de 1916.

Federico García Godoy, *La Literatura Dominicana*, 1916.

Pedro Henríquez Ureña, *Cuadernos de Poesía Dominicana*, inédito, Museo Nacional.

Jesús María Troncoso, revista *Bahoruco*, Santo Domingo, 1930, 23 de agosto.

Néstor Contín Aybar, artículos en *Bahoruco*, 24 y 31 de octubre de 1931.

Manuel A. Amiama, *El Periodismo en la República Dominicana*, págs. 50-51, Santo Domingo, 1933.

Abigail Mejía, *Historia de la Literatura Dominicana*, págs. 76-79.

Pedro Henríquez Ureña, *Declaraciones sobre la Literatura Dominicana*, *Bahoruco*, No. 97, 18 de junio de 1932.

Pedro R. Contín Aybar, *Antología Poética Dominicana*, 1943.

Max Henríquez Ureña, *Panorama Histórico de la Literatura Dominicana*, Río de Janeiro, 1945, págs. 137-39 y otras.

Flérida de Nolasco, *Rutas de Nuestra Poesía*, 1953, págs. 52-62.

Máximo Coiscou Henríquez, *Escritos Breves*, Santo Domingo, 1958, págs. 47-50.

Joaquín Balaguer, *Letras Dominicanas*, Santo Domingo, 1944, págs. 39-78.

Carlos Federico Pérez, *Evolución Poética Dominicana*, Buenos Aires, 1956, págs. 145-169.

Jaime Lockward, José Joaquín Pérez ante la Juventud Dominicana, conferencia, Ateneo Dominicano, 27 de abril de 1968.

Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, tomo I, pág. 310.

Alfred Coester, *Historia Literaria de la América Española*, págs. 494-95.

Crispín Ayala Duarte, *Tratado Antológico-Crítico de la Literatura Dominicana*, *Boletín de la Academia Venezolana*, I, 1934.

S. Prampolini, *Historia Universal de la Literatura*, Vol. XII, 1941.

Luis Alberto Sánchez, *Historia de la Literatura Americana*, Editorial Ercilla, Santiago de Chile.

Julio E. Leguizamón, *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, Vol. 1, págs. 175-76.

Julio Callet-Bois, *Antología de la Poesía Hispanoamericana*, Aguilar, Madrid, 1965, págs. 587-96.

Concha Meléndez, *La Novela Indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*, Madrid, 1934, pág. 111.

Aida Cometa Manzoni, *El Indio en la Poesía de América Española*, Buenos Aires, 1939, págs. 185-89.

BAJO EL INFLUJO ROMANTICO

La vocación poética de José Joaquín Pérez despierta bajo el influjo de las tendencias románticas que llegaron a Santo Domingo tardíamente, a igual que a casi todos los países hispano-americanos, pero que persistieron por más tiempo que en otras latitudes.

Aparte del tono sentimental generalmente ostensible en las composiciones en que ese cariz es evidente, tales tendencias las denuncian la profesión de fe patriótica con que frecuentemente se tradujo en Hispanoamérica la consigna romántica de nacionalizar la literatura; el profundo sentimiento de la naturaleza y la fidelidad al panorama nativo; la propensión a servirse como motivo de inspiración de los rasgos locales, de sus costumbres, de sus tradiciones y leyendas; la nostalgia por la lejanía de la tierra natal debido a la proscripción política y, en cuanto a la forma, las variaciones métricas acordes con lo preconizado en la materia por la teorización romántica.

Se trasluce en todo ello como prenda también de romanticismo el uso de la experiencia personal como fuente de creación poética, uno de los rasgos distintivos de la tendencia frente al impersonalismo tan acentuado del universalismo clásico.

La huella romántica va perdiendo su predominio en la poesía de José Joaquín Pérez a medida que la evolución de éste se acentúa pero no desaparece nunca por completo. Con posterioridad a 1880 la manifestación de esa influencia, muy acomodada a su temperamento de poeta eminentemente lírico, adquirirá manifestación sobre todo en las poesías de ambiente familiar.

*José Joaquín Pérez dejó testimonio del credo romántico que animó sus primeros años de asiduo cultivador del verso. En efecto, en un artículo publicado en *El Nacional* (1), al establecer el*

(1) No. 66, 10 de abril de 1875, Archivo General de la Nación.

contraste entre el clasicismo y el romanticismo, define a éste como siguiendo "las inspiraciones del presente, encendiendo la antorcha del genio en la luz que esclarece el siglo en que vivimos y que deja penetrar sus rayos hasta las profundidades tenebrosas del futuro". En oportunidad posterior (2) afirmará aún más explícitamente: "Todo lo que en poesía habla al corazón; todo lo que no presenta esas monstruosas desproporciones que tienden a trastornar el orden natural, es aceptable y digno de encomio. . . No estoy por esa literatura tirada a cordel, según feliz expresión de un eminente autor moderno. . . Sobre Horacio, Quintiliano, Boileau, Martínez de la Rosa, Baralt, Bello y otros preceptistas, está el gran preceptista de la naturaleza, el sentimiento que es el alma de la poesía, la vida de la literatura".

Si tratamos de precisar cuáles de las tendencias románticas movieron mayormente la inspiración de José Joaquín Pérez hay que escoger en primer término al ideal patriótico junto con su amor por la libertad así como su profunda sensibilidad ante la naturaleza.

Tales preferencias son distintivas del romanticismo hispanoamericano y conciertan perfectamente con la circunstancialidad histórica. Llega el romanticismo cuando los pueblos hispanoamericanos, acabados de salir de la lucha por la independencia, enfrentan la inestabilidad política consiguiente cuyo producto fue la persecución, cohibir la libertad y deparar el exilio. La literatura debió responder por tanto a un imperativo nacionalista y beligerante.

El sentimiento patriótico es, pues, el primer ingrediente nacionalizador de la literatura y como derivados e integradores suyos el amor al paisaje nativo, a las costumbres y a las leyendas nacionales. Por eso el nombre de José Joaquín Pérez trasciende al público como poeta, en plena adolescencia, con motivo del soneto contra la anexión a España; más tarde, en las poesías de destierro inicialmente, el paisaje nativo parece consustanciarse con sus versos y por último ambas vertientes junto con el legado legendario del indígena, concurrirán en la cimentación de su popularidad con las *Fantasías Indígenas*.

(2) La Patria, 17 de noviembre de 1877, id., 'd.

S O N E T O

—Improvisado—

*En el día de la anexión de
Santo Domingo a España.*

Vi a mi patria nacer, e independiente,
rompiendo el yugo de ambición tirana,
lauros ceñirse, de su gloria ufana,
entre el aplauso de extranjera gente.

Después, aunque buscando diligente
la dulce paz, desde su edad temprana
la traidora ambición, codicia insana,
su seno desgarró, manchó su frente.

Pero altiva y heroica su bandera
siempre la senda holló de la victoria:
nunca fue a extraños déspotas vendida.

Hoy que lo manda así la suerte fiera
juremos a esa patria darle gloria
¡darle la libertad con nuestra vida!

18 de Marzo 1861

El 18 de marzo de 1861 fue proclamada, ante el pueblo de la ciudad de Santo Domingo, convocada sorpresivamente el día anterior, la anexión de la República Dominicana a la monarquía española. Las nego-

ciaciones para este trascendental acontecimiento histórico fueron conducidas secretamente por el gobierno del general Pedro Santana. Y ello acentuó la reacción indignada y dolorosa de muchos dominicanos.

El soneto del novicio poeta José Joaquín Pérez contiene, "como de poeta verdadero —según el juicio de Pedro Henríquez Ureña— toda la fuerza de que era capaz".

Agreguemos que el valor histórico sobrepasa hoy el valor literario, sin duda, pero en abono de éste, observemos cómo se sintetiza en las dos cuartetas y en el primer terceto, el proceso histórico dominicano y cómo el verso final corresponde a la reacción anímica del novel poeta ante el hecho infortunado.

El texto transcrito figura en la libreta manuscrita "Ráfagas Tropicales" en la cual hay varias otras composiciones inspiradas por el repudio al acto de lesa patria del general Santana.

Es curioso anotar cómo José Joaquín Pérez, cuya esencialidad romántica quedaría en lo sucesivo tan determinada, ciñó la primera composición suya que le iba a granjear crédito poético a la forma clásica del soneto, pero es que el romanticismo hispanoamericano, pese a sus arrestos de rebeldía frente a lo clásico, abundó en el cultivo del soneto porque ninguna otra forma era tan propicia, por su concisión, para el tono imprecatorio de la poesía política.

DIEZ Y SIETE AÑOS

Al saludar la aurora me sorprende
el ángel de mi fe, sobre el camino
donde al par de mi vida mi destino
marchitas flores recogiendo va.
Una aurora que traza entre sus rayos
melancólica tímida esperanza;
¡días que el hoy a comprender no alcanza,
días que en el ayer quedaron ya!

Otra aurora, tal vez sea la postrera
que marque un rumbo a mi contraria suerte;
ornada de ciprés tal vez la muerte
al entrar a otra edad me diga ¡ven!
O tal vez la ilusión de otros amores
plácidos goces a mi vida trae...
y cual el lago en que la flor se cae
me lleve a una región de inmenso bien.

Si es verdad que es el prisma misterioso
del porvenir la ya pasada historia;
si en la existencia siempre una memoria
puede al hombre el mañana definir;
¡ay! entonces fatídica, agorera,
mi estrella se alza allá en el horizonte
diciendo "aún a padecer disponte
largo es tu cautiverio y tu gemir".

¿Qué le debí a mis sueños de esperanza,
qué a la luz de mi fe? Rudas y lentas
horas de tristes agonías, sangrientas
lágrimas, hijas de dolor y afán...
Las espinas del negro desengaño,
las redes de una vil hipocresía.
En el amor de la mujer, la fría
ceniza que restaba del volcán...

En diez y siete años otras tantas
pendientes que llevaron a un abismo
de mísero y tenaz escepticismo
mis creencias de plácida niñez...
Diez y siete Calvarios donde viera
la cruz del sacrificio levantada
y por la turba del dolor cercada
con frenética, vil insensatez...

¿Yo no tendré mi redención acaso
expiando la miseria de la vida?
¿No dejaré al cruzar, en mi partida,
ni un nombre, ni un recuerdo al porvenir?
¡Ay, pobre aquel que con la gloria sueña
y al humo vano del renombre fía
los hijos de su loca fantasía,
las esperanzas que miró lucir...!

.....

Vamos, pues, a colgar de los altares
de una edad borrascosa los despojos
que ayer mis tristes y abatidos ojos
miraron agruparse en derredor.
Vamos, pues, a postrarnos en la tumba
do yacen del ayer las ilusiones
y al compás de fatídicas canciones
saludar de esta aurora el resplandor.

No haya tregua y sigamos imprimiendo
doquiera exista espacio nuestra huella,
diciendo ¡adiós! a la esperanza bella,
diciendo ¡ven! al llanto y al pesar.
Ellos serán mis dulces compañeros
hasta que arranque de mi lira un día
mi postrero suspiro de agonía
que me lleve a otro mundo a despertar.

27 de abril 1862

Muestra típica del pesimismo romántico es esta composición.

De ella dice Pedro Henríquez Ureña que es "sorprendente, más que por la calidad de la forma por la elevación que da a manoseadas ideas románticas". El tipicismo de la tendencia se advierte sobre todo en los cuatro versos finales cuando ante la frustración por el desengaño se recurre a la evasión por la muerte. No otro fue el origen del llamado "mal del siglo", el suicidio.

B A N I

*A mi querido amigo
Fco. Gregorio Billini*

Ya diviso tus colinas,
ya tus palmares diviso,
encantado paraíso
que en mis delirios soñé.
Permite a un bardo de Ozama
que te admire y te bendiga
y que a su suerte enemiga
un adiós eterno dé.

Ya dejo mi hogar, mi cielo,
mi ciudad y mis amores,
porque allí no brinda flores
sino abrojos el gozar,
y vengo a ti, lindo valle,
en tu lecho de esmeralda
a tejer una guirnalda
para mi sien adornar.

Dámela sí, y en tus montes,
en tus bosques y llanuras,
en tus playas y espesuras,
en tu río murmurador,

beberé el raudal fecundo
de mi entusiasmo ferviente;
;tú serás mi musa ardiente,
tú mi genio inspirador!

.....

Valle de luz y de flores,
cuán bello a mi vista eres;
la cuna de mis placeres
miro por ti con desdén,
por ti, do tiene su trono
fijado la dulce Flora,
la Primavera su Aurora,
Naturaleza su Edén.

Con tus bohíos pintorescos
en cuyos techos de cana
cuando asoma la mañana
fulgura un sol tropical,
pareces movable nido,
colgado de las colinas,
mecido por los ondinas
de belleza sin igual.

Besa tus pies majestuoso
y murmurante en sus giros
el Banilejo, al suspiro
de la brisa entre el manglar;
y el pino sacude al viento,
plantado en la verde orilla,
la enhiesta frente que humilla
para sus linfas tocar.

Allí la cabra, en la cumbre
de los peñascos se asoma,
y corre de loma en loma
del agua huyendo al rumor;

y el pájaro enamorado
 al hender rápido el viento
 mezcla a este lánguido acento
 su trino conmovedor.

Y quién escuchar pudiera
 el lenguaje misterioso
 con que al bosque, al sol radioso
 que en oriente ve nacer,
 cuenta este río las historias
 que al resplandor de la luna
 ha mirado, una por una,
 en su margen suceder.

.....

¡Cómo se ostenta —ceñido
 de azulada bruma leve—
 con tintes color de nieve
 sombreados de carmesí,
 el Cucurucho altanero,
 centinela vigilante
 que anuncia al viajero errante
 que un paraíso hay allí. . .!

¡Ay! en su cumbre los años
 han puesto su mano ruda,
 y mientras que todo muda
 y se cambia en la creación,
 él, perenne, al Tiempo ha visto
 generaciones hundiendo,
 y ha resistido tremendo
 la ley de la destrucción.

.....

Allí está el Hato— el mugido
 de la vaca así lo anuncia—

que ya al aprisco renuncia
 porque se alza y brilla el sol;
 ya sacude su pereza;
 con lento paso camina;
 y en la sabana vecina
 pace el tostado pajón.

Ora un jinete, ligero,
 al potro enjaezado monta,
 y cruza, con marcha pronta,
 el bravo toro a enlazar;
 ora conduce el hatero
 su manada desde Paya,
 mientras con el tiple ensaya
 rústico, alegre cantar...

.....

Mas... ¿qué guarda, lindo valle,
 aquella eminencia inculta
 que tras las nubes oculta
 su grandiosa majestad?
 La miro, y antes mis ojos
 finge su cúspide altiva
 una sombra fugitiva,
 errante, en la inmensidad.

A ella corro y me sorprende
 no sé qué murmullo vago,
 que anuncia el siniestro amago
 de huracán asolador...
 ¡Ah, es un torrente!... Le veo;
 ruge, salta, y en la roca
 con rápido empuje choca,
 ¡tremendo, amenazador...!

En sus desiertas riberas
 apenas el árbol crece;
 todo en torno amarillece
 y se ve mustio morir;

llevándose en la corriente
troncos y hojas impelidas,
cual ve el alma suspendidas
ilusiones lejos huir...

Sigue, impetuosa cascada,
como el hombre, tu camino,
mientras tu último destino
señale el dedo de Dios;
que yo guardaré perenne
tu recuerdo en mi memoria,
y de mi vida en la historia
irá tu imagen en pos...

Campos, aves y torrentes,
colinas, palmas y flores;
sol de puros resplandores;
fascinadora creación;
¡ante vuestro inmenso encanto
no tiene el arpa un acento,
y trémulo y sin aliento
se anonada el corazón...!

1860-62

En la recopilación editada bajo el título de *La Lira* de José Joaquín Pérez, en 1928, aparece Baní con fecha de 1880, pero por el lugar que ocupa en la libreta manuscrita *Ráfagas Tropicales* su fecha de composición es de antes de 1862 y después de 1860. La versión que aparece en la *Lira* contiene variantes, en algunos versos, que hemos aceptado.

Si tenemos en cuenta la época en que fue escrita, cuando el poeta frisaba entre los quince y los diecisiete años, Baní tiene el significado de ser el primer testimonio del entusiasmo de José Joaquín Pérez por la naturaleza de su país, lo cual concierne a una de las características de su poesía.

Pedro Henríquez Ureña asienta que "en su juvenil composición Baní el entusiasmo por la naturaleza rústica llega a la exaltación" y Joaquín Balaguer, después de abundar de manera semejante, expresa que "nadie ha sentido con tanta intensidad como él la adusta y áspera poesía del yermo desolado:

Todo en torno amarillece
y se ve mustio morir..."

Hemos restablecido el agrupamiento de los versos en octavillas, como originalmente fueron compuestos, pues no hay duda de que la forma estrófica en cuartetos, que es la que se utiliza en la *Lira*, no favorece la armoniosa fluencia que es la mejor virtud de la composición.

16 DE AGOSTO

A los Dominicanos

Alzad entre la bélica
y atronadora liza
de libertad el lábaro
que el triunfo inmortaliza
y a los tiranos míseros
el polvo hace besar.

Cantad, hijos de América,
al son de los cañones
con voz potente, mágica,
a innúmeras naciones
el porvenir magnífico
que al fin vais a alcanzar. . .

Baldón de un pueblo, alzáronse
en bulliciosa orgía,
en delirante vértigo,
sicarios mil un día
y el pabellón raquíptico
de Iberia los cubrió.

Vendiéronse a un sacrílego
poder, en cambio al oro
que ambicionara un sátrapa,
quien el genial decoro
de los patriotas férvidos
con el terror ahogó.

Dos años, en las márgenes
de Ozama, gemidora,
la Libertad, sus ínclitos
guerreros vió que el hora
gloriosa, bella, espléndida
quisieron oír sonar,

para lanzarse intrépidos
en el combate; fieles
a recoger su lábaro
ceñido de laureles,
y el poderoso cántico
de redención alzar...

¡Al fin llegó! Y el impetu
atronador que llena
de la comarca el ámbito
do murmurante suena
el eco libre y raudó
del Yaque y del Camú,

anuncia que algún héroe
la Libertad proclama:
sobre su frente mírase
de un Dios la inmensa llama,
y entre su mano agítase
el pabellón de Cruz!

En ruina sus alcázares
miró el tirano fiero
y en su medroso ánimo,—
del crimen compañero—
ve alzarse espectro tétrico,
nuncio de asolación.

El son duro, terrífico,
de mil viles cadenas
despedazadas hiérole,

y entre las rudas penas
del ostracismo, mártires
inmola a su ambición.

¡Hijos del Yaque aurífero,
blandid el noble acero!
La libertad su trípode
en vuestro pecho fiero
tendrá y el rudo oráculo
fatídico escuchad.

Que lleva al campo, intrépidos
para lidiar, los bravos:
¡romped el yugo mísero
de estúpidos esclavos!
¡Volad, oh nobles Hércules,
a combatir, volad!

Asolador, magnífico
sangriento en la pelea
vuestro blasón heroico
espanto a Iberia sea:
que sois hijos de América
la libre —aunque fatal.

Ejemplo os da la pléyade
de las demás naciones
que al continente miranse
del Sud, alzar pendones
en sus gigantes cúspides
de gloria perennal.

Oculto, potentísima,
del Hacedor la mano
trazó sobre los límites
del cielo americano
el lema sacro, espléndido:
“Ser libres o morir”.

Y el mar en ronco estrépito,
 y el aura de los campos,
 del sol la lumbre vívida
 en sus dorados lampos,
 nos dicen, en son mágico:
 "Vencer sólo es vivir".

¡Esclava hija del trópico,
 Polonia americana!
 Tu acero empuña —y sálvate
 de la opresión tirana:
 la lucha es grande —arrójate
 conquista tu laurel.

Laurel que nunca alcánzase
 a hallar aquí en la tierra
 que sólo Dios en única
 creación para ti encierra. . .
 ¡Enjague Dios tus lágrimas,
 bendiga tu poder. . .!

Agosto, 1863

En la libreta Ráfagas Tropicales, bajo el título de Canto de Libertad. A los dominicanos, figuran la mayor parte de las estrofas de esta composición, escritas en agosto de 1863, en cuyo día 16 se inició la guerra de Restauración de la República Dominicana, anexada a España en 1861. Los versos, con algunos pasajes rehechos, fueron publicados en El Nacional, No. 32, del 15 de agosto de 1874.

Sin dudas que fueron inspirados por la noticia, llegada a Santo Domingo, del grito de Capotillo, que inició la guerra de Restauración. Así lo denuncian las estrofas cuarta y quinta.

En estos versos de temprana juventud comienza José Joaquín Pérez el empleo (aparentemente el primero que lo hizo en Santo Domingo) de la llamada estrofa manzoniana, a la manera del poeta romántico italiano Alejandro Manzoni en su oda El Cinco de Mayo, dedicada a la muerte de Napoleón, forma que fue acogida por el romanticismo hispanoamericano como una de sus innovaciones en su rebelión contra el tradicionalismo neoclásico. Tal agrupamiento estrofico, a base de heptasilabos de terminación esdrújula alternados y verso final de terminación aguda, se prestaba por su resonancia para satisfacer el propósito de "armonía imitativa, a tono con los lances de la pasión" en aquellas poesías destinadas a cantar las luchas por la libertad y los hechos heroicos.

LAS FLORES DEL TORRENTE

(Alegoría)

Dos flores un torrente que cruza el alto monte
en sus riberas quiso mirar siempre lucir;
y el rayo enamorado del sol, en su horizonte,
para las castas flores se vió bello surgir.

Siguiendo va en su curso, cantares pregonando,
la mole gigantesca que salta y rueda, y cae,
y a cada golpe rudo que va en las peñas dando
las flores estremece, que hacia su orilla atrae.

“¡Ay! pobrecillas flores, constantes, solitarias,
hijas de este desierto de atronadora voz;
¿qué hacéis junto al torrente? ¿por qué tan temerarias
la injusta suerte os lleva de un precipicio en pos?”.

Así cada viajero, atónito, decía
a aquellas blancas flores, si allí las vió al pasar;
de ellas los tiernos cálices el viento remecía,
“—felices así somos—” fingiendo replicar.

Los ecos de los bosques, santuarios de la calma,
solemnes templos mudos que alzara la creación,
vibrando respondían también:— “Feliz el alma
que escucha junto a otra alma, la voz de una pasión”.

¿Comprendes? Es el vasto desierto: la inclemente,
la mísera existencia que nos brindó el dolor;
las flores, nuestras almas; la voz de ese torrente,
el eco tempestuoso de nuestro dulce amor.

Las poesías de carácter amoroso abundan en el cuaderno manuscrito titulado "Ráfagas Tropicales". Como muestra de ellas se ofrece Las Flores del Torrente, incluida en La Lira como de fecha posterior a 1880. Por el lugar que ocupa en el mencionado cuaderno su fecha de composición es de 1865 a 1866 aunque se publicara posteriormente con ligerísimas modificaciones.

Digno es de señalarse que, en el primero y segundo verso de la penúltima estrofa, recurre por primera vez José Joaquín Pérez a comparar el bosque con un templo y un santuario, como reflejo de su profundo sentimiento de la naturaleza que a veces asumió fervores panteístas. Imágenes similares van a repetirse a lo largo de su producción.

¡ A D I O S ! . . .

*Al Ilustrado Presbitero
Fernando Arturo de Meriño
desterrado por Báez*

Proscrito ¡adiós! Aún veo sobre tu frente
ceñida del martirio la corona;
a otro cielo, a otra playa te abandona
de un sátrapa vulgar torpe opresión.
¡No importa! El lento giro de las auroras,
la ola que besa del bajel la prora,
llévente una esperanza bienhechora
con la voz que suspira en mi canción.

¡No importa! De ese déspota el encono,
ensañado del solio en la alta cumbre,
la insaciable, obsecada muchedumbre,
que lo eleva, mañana ha de vengar.
Que la ley del más fuerte, un débil soplo
aniquila del noble poderío
de la justicia, que tu heroico brío
y tu abnegado esfuerzo harán triunfar.

¡Cuál tu crimen hoy fue? Cuando la patria,
ya libre, agita su pendón glorioso,
y oprime con su pie del poderoso

la sangrienta e indómita cerviz;
cuando del cáliz —ya apurado— aparta
el labio, donde asoma una sonrisa,
y ve que de su triunfo inmortaliza
la memoria ¿—qué mal la hace infeliz?

¡Ay. . . ! Es que mira profanar su seno,
arrancando uno a uno sus blasones,
porque en viles, ingratos corazones
la ambición erigió sangriento altar.
¡I una turba frenética —proscrita
del patriotismo por la ley sagrada—
trae al suelo inmortal de la Primada
al que contra su vida osó atentar.

Y tú, —patriota, e hijo de la santa
ley que el Cristo enseñó desde el Calvario—
al intruso y odiado mandatario
haces la frente ante tu voz rendir.
Le recuerdas su crimen, le amedrentas,
del pueblo exaltas el furor, y un rudo
cautiverio señalas al que pudo
burlarse de la gloria y el sufrir. . .

De rabia y de salvaje ira el perverso
victimario tembló; de la conciencia
el eco aterrador, en tu presencia,
le hizo pensar en la venganza cruel.
Y arrojando el sarcástico, insolente
grito de maldición y despotismo;
viendo cercano el fondo del abismo
do va a hundirse su efímero poder,

al Apóstol, unjido por la noble,
salvadora, patriótica fe, lanza
su primera sentencia de venganza
la primera, inflexible proscrición,
Y tu, humilde discípulo del Cristo,

heroico defensor de sus doctrinas
de paz y de virtud, en pos caminas
de otra ribera, en alas del turbión. . .

¡No importa! sigue pregonando siempre
de la verdad el poderoso imperio;
revelando a la pobre humanidad,
leyendo el porvenir y su misterio.

Enseña a los tiranos que es el polvo
la deleznable imagen de su vida;
y que mañana en él, triste, abatida,
se verá su insolente majestad.

Dile a esta patria—ayer mísera sierva,
redimida después— hoy engañada,
que aguce presto la inflexible espada
de su justicia y su triunfante honor,
para que un día enlazando a su futuro,
la historia, su heroísmo sobrehumano,
diga que nunca pudo otro tirano
imponerle su cetro destructor. . .

¡Adiós! Mártir campeón de un noble pueblo;
desde otros tristes, apartados climas,
mira lucir en las gigantes cimas
de tu patria y mi patria, hoy infeliz,
la bandera que ya los fieles hijos
de Agosto van a enarbolar, librando
del anti-nacional, pérfido bando,
la abatida e indómita cerviz.

¡Aliénteles tu ejemplo! Y la corona
para tu frente inmaculada tejen;
cuando al tirano en la impotencia dejen
ese triunfo será tuyo también;
entonces, al cantarlo en la insonora
lira que ¡adiós! hoy, lánguida, te dice,

yo te diré: "tu predicción bendice
la Patria —libre ya—. Proscrito, ¡ven!...

1865.

Una muestra de la poesía política que tanto frecuentó el romanticismo hispanoamericano es esta composición de despedida al presbítero Fernando Arturo de Meriño, maestro del poeta, y quien fue expulsado por Báez el mismo día de su juramentación como Presidente de la República el 8 de diciembre de 1865.

Las circunstancias que rodearon aquel acontecimiento son bien conocidas: Meriño, como Presidente de la Asamblea Nacional Constituyente, recibió el juramento de Báez con un discurso lleno de entereza cívica y vibrante oratoria que le sirvió para enrostrar al nuevo mandatario, elevado al solio sorprendentemente por una asonada revolucionaria, su indiferencia ante la guerra restauradora que acababa de concluir contra España, y durante la cual Báez ostentó en el extranjero la faja de Mariscal de Campo español, y le prevenía además contra los vaivenes de la suerte política que en nuestros inestables países tan pronto lleva a pasar "del destierro al solio, como a descender del solio ante la barra del Senado".

La versión reproducida fue tomada del número 3 del periódico *La Opinión*, del 11 de junio de 1874, y es la misma que con ligeras variantes aparece en la libreta *Ráfagas Tropicales* con fecha de 1865.

TU CUNA Y SU SEPULCRO

A mi hija

¡Hija, no tienes madre! Yo bendigo
su memoria hoy en ti: la imagen eres,
aquí en la cuna, de la luz que sigo
en el perdido eden de mis placeres.

¡Hija, no tienes madre! A otro horizonte
voló tu astro de luz, flor sin rocío;
tras la cima cayó del pardo monte
dejándote en el triste valle umbrío.

Hija, yo —sin tu madre— ave que muda
a la peña su nido porque un día
fue a su bosque de amor borrasca ruda,
yo, ¿qué puedo ofrecerte, Eugenia mía?

Tú eres bello girón de la corona,
mustia ya, de mis últimos amores;
fragmento de una vida que abandona
su senda ornada de fragantes flores. (1)

Verde rama del árbol débil, seco,
do encontré una morada hospitalaria,

(1) su senda orlada de brillantes flores (Versión de 1866)

yo te trasplantaré donde oye el eco
del bravo mar mi roca solitaria.

Allí, libre del mundo y de amor ciego,
te cuidarán mis manos paternas
y serán para ti más fértil riego
de este llanto que vierto los raudales.

Ya has pisado el umbral do a verse alcanza
el campo estéril de la incierta vida. (2)
¡Dios te brinde, hija mía, la esperanza
de cruzarlo feliz y sonreída...!

¡Mañana! ¡El porvenir! ¡También perdidos
cual el pasado irán, pobre hija mía!
¡Por qué miré a tu cuna alzarse unidos
los tristes restos de mi esposa un día...?

¡Tu cuna y su sepulcro! Y yo besando
una flor entreabierto, otra marchita...
Y mis trémulos labios recitando
una historia... con lágrimas escrita.

Tú no la comprendiste; ella tampoco.
Muda tú... de inocencia... ¡Ella de muerte!
Mas cada vez que ese recuerdo evoco
yo no sé por qué quiero y temo verte.

Hija. si la felicidad es tan precaria,
si tú, cual ella y como yo, algún día
alzas de amor tu férvida plegaria,
nunca esperes la calma y la alegría.

Mientras más apacible el mar se cruza,
tiende la negra tempestad sus alas;

(2) el campo sin confines de la vida.
(id., id.)

y el árbol más y más se desmenuza
si ornado se halla de fragantes galas.

.....

¡Hija sin madre, huérfana en la cuna!
¡Pedazo de mi alma y de su vida!
¡Dios conmigo te brinde la fortuna;
cruza el camino alegre y sonreída!

José Joaquín Pérez casó en primeras nupcias con su prima Eugenia Pérez Troncoso fallecida al nacer la hija de ambos Eugenia.

La composición fue escrita en 1866 fecha con que figura en el cuaderno Ráfagas Tropicales. Con algunas modificaciones fue publicada posteriormente y esa es la razón por la cual aparece en La Lira de José Joaquín Pérez con la fecha de 1871.

Finalmente, en la versión publicada se suprime una estrofa completa, la penúltima, de la composición de 1866. Dice así:

¡Ay! ¿Tú morir? ¿El solitario nido
dejar que te labré junto a mi seno?
¡No! Vive y crece aunque después, vertido
apuremos del mal todo el veneno.

Esa estrofa refleja la incertidumbre del padre ante el precario estado de salud con que nació la hija.

H O J A S

(En un Album)

La hoja primera que del árbol cae
al ímpetu del viento que la mece,
y halla una tumba, que al pasar la atrae,
donde otra nace esbelta y reverdece.

He aquí la imagen que se ofrece al alma
cuando, al dejar en tu álbum su memoria,
en ti contempla la felice calma,
por ti recuerda su perdida historia.

Mis sueños, hojas fueron que en la cumbre
del árbol de la vida se mecían;
auras de amor en leda muchedumbre
sobre ellas, al pasar, languidecían.

La hoja primera... el raudo torbellino
un día la arrebató; su tumba cierta
le dio falaz y mísero el destino
allí donde a la vida otra despierta.

Tu,— la corona del amor tejiendo
como aquel árbol donde la hoja nace:—
yo, —mis hojas ya secas— esparciendo:
que una, en su tumba, para tí aquí yace.

En esta blanca página primera
mi nombre escribo y mi fatal memoria:
junto a los sueños que el placer te diera
vengo yo a unir mi pesarosa historia.

Así —detengo mi atrevida mano—
y quiera el cielo que estas blancas hojas,
cual las del árbol que adorné yo en vano
no entre el polvo mañana las recojas.

Ellas su aroma brinden al que venga
cual viajero, a grabar su nombre en ellas,
nombre que para tí siempre contenga
de eternas dichas, indelebles huellas.

Esta composición, tomada del número 5 del periódico 25 de Noviembre, del 8 de mayo de 1874, y prácticamente desconocida, es como un eco complementario de Tu Cuna y su Sepulcro por las alusiones que contiene a la muerte de la esposa y al nacimiento de la hija de ambos.

LA POESIA DEL DESTIERRO

En la proscripción encontraron los líricos del romanticismo hispanoamericano uno de los temas que frecuentemente dio pábulo a su inspiración. La insistencia es un reflejo de la inestabilidad política crónica cuyas eventualidades lanzaban un día al destierro a quienes, en la jornada anterior, se hallaban en el poder.

La amarga vicisitud del ostracismo la padeció José Joaquín Pérez antes de cumplir los 23 años de edad y perduró para él hasta seis años después.

La proscripción acendró, con acento de nostalgia o de júbilo, su evocación poética de la tierra nativa y de los afectos personales, o el regreso después de la ausencia, y contribuyó a cimentar la temprana popularidad que había alcanzado como cultivador del verso.

GUAIGUASA *

(Episodio del Destierro)

*A mi querido amigo y
compañero de destierro...*

I

¡Adiós! trémulo el aire en son doliente
a las riberas de la patria un día
donde la altiva libertad moría
con sollozos y lágrimas llevó.

¡Adiós! repitió el eco de los valles.
¡Adiós! dijo el Ozama en su corriente
y tras el horizonte, velozmente,
la noche todo en lobreguez lo hundió...

—¿Adónde van los hijos de Quisqueya
que, del sol tropical al vivo fuego,
bajo sus palmas, en feliz sosiego,
cantaron del amor el dulce afán?

Ved los rayos fugaces del crepúsculo
en sus pálidas frentes ya muriendo...
¡Son mártires de un crimen vil, horrendo;
no tienen patria, y a buscarla van!

* NA.—Islote desierto, cercano a Pto. Cabello (Venezuela), donde pasamos veinte días en cuarentena los proscritos de 1868 a consecuencia del triunfo de la revolución a favor de Báez.

II

Empuja la nave fugaz torbellino.
 Contienen sus iras las trombas del mar.
 ¿Adónde nos lleva furioso el destino?
 Procritos, ¡ay! ¿nunca tendremos hogar?...

¡Oh, el cielo nos quita la triste esperanza
 de alguna ribera tras ese confín!
 Y América brilla; y allá, en lontananza,
 al libre le ofrece su noble festín.

Detrás de esas olas dejamos un mundo
 de afectos y goces, de llanto y dolor;
 y al monstruo del Ganges sorbiendo iracundo
 mil vidas de seres que son nuestro amor.

La horrible epidemia nos sigue doquiera...
 ¿Escuchas? En medio del ruido del mar
 una honda agonía responde agorera...
 ¡Murió!... — dice el eco... ¡Nos hace temblar!.....

¡Horror!... Un cadáver flotando en las olas.
 ¡Satánico signo de inicua expiación!
 ¡Oh sátrapa, tiembla! El mártir que inmolabas
 llevaba en su frente de Cristo la unción. *

.....

Ya vemos el Puerto que manso refleja
 la enseña que a su Héroe Colombia entregó:
 mas ¡ay! esa tierra sagrada se aleja...
 ¡Llevamos estigma del cólera en pos!

Allá, entre las nieblas, aislado levanta
 sus rocas abruptas, do choca la mar,
 desierto un islote... y allí nuestra planta
 tan sólo podremos por fin estampar...

* NA.—El presbítero Dionisio N. de Moya muerto del cólera a bordo del "Dos Hermanos" cerca de Pto. Cabello.

III

¡Güaigüasa! El peregrino tu soledad bendice
tus arenas cálidos él besa con amor,
si hambriento ya y desnudo, en tí Dios le predice,
que al fin halla un consuelo del mundo en la extensión.

IV

¿Te acuerdas, dulce amigo? —Era la hora
en que el silbo del viento en los palmares
de otra orilla del mar, voz gemidora,
fingía traer de los paternos lares.

Como el árabe planta en el desierto
del *simoun* rudo ante el furor, su tienda,
así el proscrito ya ve huir, incierto,
del mundo lejos la escabrosa senda.

Y el pasado de amor y de esperanza
y su presente de letal martirio
ya cada leve ola, que se avanza
o se aleja, le cuenta en su delirio...

Ya el celaje postrero de occidente
el lejano confín del monte dora,
y del proscrito la oración ferviente
va a cruzar fugitiva y gemidora.

Entonces el misterio va acercando
almas rendidas del dolor al peso
y el aura nocturnal nos trae temblando
de una madre infeliz el casto beso.

El sueño de los mártires sombrea
la duda inicua con pesar profundo
y el insomnio tenaz fantasmas crea
mientras se aduerme fatigado el mundo.

—¡La Patria! —Envuelta en su cendal sangriento,
 con la mustia corona desprendida
 al borde de un abismo tiene asiento:
 ¡la empuja un monstruo, y se verá perdida!

¡Horror! ¡Horror! ¡Perdón, que es inocente!
 —Pobre huérfana ¿cuál es tu delito?...
 —Insaciable caníbal ¡ay, detente!
 ¡No la tortures, Satanás maldito!

.....

Espantosa visión la mente ofusca
 y parece que tiembla el duro lecho
 de arena y roca, do el descanso busca,
 quien halla el mundo a su dolor estrecho.

.....

Mas ¡ay! ya de la aurora el tenue rayo
 otro siglo de angustia en sólo un día
 le ofrece al proscrito en su desmayo.
 ¡Pálida luz que a la esperanza guía!

La oración matinal su labio mueve:
 busca en vano el errante peregrino
 quien le bendiga y con un beso leve
 en la lucha le aliente del destino.

Alza los ojos y no encuentra el cielo
 que en su nítido azul reflejó un día
 la ilusión de un amor que fue el anhelo
 de aquella infancia que tan presto huía.

Vuelve en torno la vista: el patrio río
 su raudo Ozama, con fragantes flores,
 no embalsama la brisa, ni el vacío
 llena el canto de alegres ruiseñores.

No hay verde musgo ni sutil la niebla
 la cumbre azul de la montaña oculta
 ni la antigua ciudad el ruido puebla...
 ¡Todo una vaga soledad sepulta!

Pero en cambio... sus lágrimas orea
 tibia ráfaga y óyese el estruendo
 de la costa do débil se cimbrea
 tostado el árbol que nació muriendo.

Y por límite... el mar, e iris de espumas,
 y piedras que calcina un sol de fuego,
 y sola allá, indecisa, entre las brumas,
 una ciudad en lánguido sosiego.

¡Oh terrible contraste! Allí se olvida
 de la noche, fugaz, todo el misterio.
 Allí... ¡cantos de goces a la vida!
 Aquí... ¡rudo gemir del cautiverio!

.....

¡Saludemos por fin del sol la lumbre!
 Huelle la arena la desnuda planta
 que allí, cerca, infinita muchedumbre
 de lindos caracoles se abrillanta.

Con ellos... las primicias del destierro
 brindaremos también a esas hermosas
 que, cual nosotros, el dogal de hierro
 por la Patria soportan valerosas.

Collares y diademas preparemos
 a las hijas, proscritas, del Ozama,
 a las que un día coronar veremos
 ¡los héroes mil que el patriotismo inflama!

Y después... a vagar, del seco arbusto
 en pos del tronco para tosca leña,
 ya que al fin, el destino, asaz injusto,
 ¡en humillarnos con tesón se empeña!

.....

¡Ah, ved! Ligero ese batel se avanza
 blanqueando al sol la empavesada lona:
 mas tímido al llegar... —“No hay esperanza”
 se nos dice ¡y... fugaz nos abandona!

¡No hay esperanza! Y todos los tormentos
quien ¡ay! exhausto, con valor domina
sin un mendrugo que roer, hambrientos,
¡sin una gota de agua cristalina!

—“¡Confía en Dios!”— dice entonces a mi oído
con expresión sincera y cariñosa
mi pobre padre enfermo y afligido.
¡Y escucha Dios nuestra plegaria ansiosa!

Sí, que al hermano, al infeliz proscrito,
la hospitalaria Venezuela ampara
y retorna el batel, y se oye el grito
de ardiente animación que el mar cruzara.

¡Ya tanto el porvenir no nos asombra!
Y preparamos, con creciente anhelo,
el rústico festín, que por alfombra
tiene la tierra y por techumbre el cielo.

V

¡Güaigüasa! nunca olvida tus arenales cálidos
ni las hirvientes olas de tu cerúleo mar
ni la ígnea caricia del abrasado trópico
el pobre peregrino que vuelve hoy al hogar.

La historia, aún palpitante, a cada fibra trémula
del corazón le arranca, de noble gratitud,
raudal inextinguible de bendecidas lágrimas,
y un himno al insonoro patriótico laud.

Jamás, jamás el labio se moverá sacrílego
para expresar del alma la noble indignación
con que a la frente adusta del patricida réprobo
la libertad le ordena lanzar su maldición.

¡Jamás! Tu nos brindaste un mundo entre tus límites.
De nuestra planta guardas la huella al porvenir.

Tu nombre hoy bendice la voz de aquellos mártires:
¡mi patria hoy a tu historia su nombre debe unir!

1874

Güaigüasa se conserva en manuscrito aparte de los ya citados. Tiene como fecha de composición la de 1874, esto es, el año del regreso del destierro. Sin embargo, por referirse a un episodio ocurrido al iniciarse la proscripción la colocamos a la cabeza de las poesías de destierro.

En el mes de enero de 1868 terminó el sitio puesto a la ciudad de Santo Domingo por la revuelta en favor de Buenaventura Báez, caudillo del partido rojo, lo que motivó el exilio de cerca de un ciento de partidarios del gobierno derrocado, el segundo del general José María Cabral. En la ciudad sitiada se había desarrollado la epidemia del cólera y por causa de ella los proscritos fueron puestos en cuarentena en el islote de Güaigüasa al llegar a las costas de Venezuela. En el trayecto pereció el presbítero Dionisio M. de Moya. Tal fue, a grandes rasgos, el suceso histórico.

Vale la pena observar que en esta composición el poeta trata de adaptar la variación métrica, de acuerdo con la consigna romántica, al movimiento de lo descrito.

En la dedicatoria se omite el nombre "del querido amigo y compañero de destierro" pero puede presumirse con fundamento que se aludía al poeta Manuel Rodríguez Objío fusilado por Báez después de su apresamiento en uno de los intentos fallidos contra la tiranía del llamado Gobierno de los Seis Años presidido por el caudillo rojo.

RAFAGAS

I

Auras marinas, sollozadores
ecos que cruzan la soledad,
 aladas brisas
de otras riberas, do mis amores
¡ay! me escuchasteis un día cantar;
sobre esta roca, do meditando
triste y proscrito me veis llorar;
 auras marinas
decidme al menos que allá, esperando,
hay quien lamente mi soledad.

II

Benditas horas que ayer volasteis
de un torbellino fatal en pos,
 dulces memorias,
celestes goces que ya pasasteis
¿por qué con lágrimas os dije adiós? . . .
Donde en el mundo mi incierta planta
tenaz y rudo destino guió,
 benditas horas,
nunca volvisteis; en ansia tanta
lo que amo sólo de mi fue en pos.

III

Angel tan bello ¿podrá olvidarse?
Amor tan casto ¿podrá morir?
Se prometieron,
lánguidas ambas, al encontrarse,
nuestras miradas el porvenir.
Y desde entonces cada sonrisa,
cada suspiro de amor febril
de ángel tan bello,
llorando siempre me trae la brisa
cuando a mis plantas viene a morir!

IV

Nido de flores que al pie de Ozama
mece el susurro de aura de amor,
las ilusiones,
Patria infelice, que el bardo ama,
en tí nacieron y tuyas son.
Y aunque ostentes negra corona
que adverso el hado te preparó;
nido de flores,
¡ay! mi recuerdo no te abandona,
¡guardas mi vida, guardas mi amor!

V

Azules ondas que vais perennes
cruzando abismos y a otro confín,
entre arenosas,
lejanas playas, ecos solemnes,
besos de espuma dais al morir;
ya tibio el rayo del sol os hiere,
ya os ciñe parda niebla sutil;
azules ondas
como a mi alma que no os espere
la muerte lejos de aquel confín.

VI

Id, y a la Eva que creó en mi sueño,
de mi ser mismo sonriendo un Dios,
 que placentera
al suyo ardiente mi labio uniera
y entre su seno me comprimió;
llevad mis cantos sollozadores
y en vuestro triste, postrer rumor,
 oiga esa Eva
una plegaria de mis amores
¡para que pronto nos una Dios!

1873.

En el cuaderno *Ráfagas Tropicales* figura una composición de noviembre de 1865, escrita en Saint Thomas, adonde había viajado el poeta, y en ella se evoca por primera vez desde tierra extranjera el suelo natal. La evocación bajo los sufrimientos del destierro se torna nostálgica a partir de *Ráfagas*.

En *Ráfagas* es de señalarse cómo la sensible reacción del poeta ante el panorama le permitió acertar con el ritmo que refleja el movimiento de las ondas marinas que "cruzando abismos y a otro confín, —entre arenosas, —lejanas playas, ecos solemnes— besos de espumas dais al morir"...

ECOS DEL DESTIERRO

¿Adónde vas, humilde trova mía,
así cruzando los extensos mares,
con el eco fatal de la agonía
que lanzo lejos de mis patrios lares? . . .

¡Ay! Dime si a mi triste afán perenne
darás —volviendo— plácida esperanza,
o si rudo el destino su solemne
sentencia contra el bardo errante lanza.

Dí si una pobre, triste, solitaria
madre que llora sin cesar, me augura
—dirigiendo hacia el cielo su plegaria—
penas amargas o eternal ventura.

Dí si aún resuena lúgubre en su oído
aquel ¡adiós! del alma que le diera,
o si en su seno casto, bendecido,
mañana reclinado verme espera.

¡Ay! ¡Dime, dime! En tan funesto día
dispersas vi mis ilusiones bellas;
campos de flores, do el reflejo ardía
de un cielo azul de nítidas estrellas.

Y hoy... la esperanza en abandono llora
en los escombros y cenizas yertas
¡de tantas dichas, que aún el alma adora,
de tantas dulces ilusiones muertas...!

Ve, ráfaga fugaz, del alma aliento,
cruzando abismos, a la patria mía;
que a tí no puede un sátrapa violento
imponerte su ruda tiranía.

Juega en las linfas del Ozama undoso,
besa los muros do Colón, cautivo,
de negra y vil ingratitud quejoso,
el peso enorme soportara altivo.

Y si en la Ceiba centenaria miras
muda ya el arpa que pulsé inspirado
con los trinos de amor con que suspiras
haz que vibre mi nombre ya olvidado.

Yo soy el pobre bardo peregrino
que aquellas flores sorprendió en su aurora,
y que, al suyo ligando su destino,
cuando ellas mueren, con tristeza llora...

Yo soy aquel cantor que entre su seno
la alondra cariñoso comprimía
mientras en el nido, de hojas secas lleno,
verdes guirnaldas con afán ponía.

Yo soy el trovador de esas colinas
que de Galindo en la feraz altura,
velado por las sombras vespertinas,
rindió culto al amor y a la hermosura...

Ve, ráfaga, suspira, gime y canta,
a mi ángel puro con tu incienso aroma;

ella el santuario de mi vida encanta
cuando su imagen en mi mente asoma.

Ve y si junto a mi madre, mi inocente,
dulce huérfana, implora por mí al cielo,
estampa un beso en su virgínea frente
signo de amor y paternal desvelo.

Y a todo lleva, humilde trova mía,
así cruzando los extensos mares,
el eco de la angustia y la agonía
que lanzo, ¡lejos de los patrios lares...!

1873.

A juicio de Pedro Henríquez Ureña, *Ecoss del Destierro* es la más delicada elegía de José Joaquín Pérez "como un nocturno susurrante, sin crescendos furiosos...".

LA VUELTA AL HOGAR

Ondas y brisas, brumas, rumores,
suspiros y ecos del ancho mar,
¡adiós! que aromas de puras flores,
¡adiós! que todo cuanto se alcanza,
dicha, esperanza,
¡y amor me llaman allá en mi hogar.

¡Ya ve el proscrito sus patrios lares!
Ve azules cumbres lejos sombrear
grupos de nieblas crepusculares,
y el ansia siente del paraíso
que darle quiso
Dios en el seno del dulce hogar. . . .

Si peregrino, si solitario,
otras regiones se fue a cruzar
la ley temiendo de un victimarlo,
¿el caos qué importa si un sol luciente
brilla en su frente
y hoy, sonreído, vuelve al hogar?

¡No más torturas en su alma libre!
¡No más memoria de su pesar!
¡No el odio estéril sus rayos vibre,
que el patriotismo ya sólo espera

por vez primera
calma y consuelo bajo el hogar!

Virgen de América, suspiradora
cautiva indiana, vuelve a gozar;
si atrás hay sangre, luz hay ahora...
Ayer el hierro y hoy es la idea...
¡Tu gloria sea
ver a tus hijos junto al hogar!

¡Cuán bella eres acariciando
todos unidos los que al vagar,
errantes unos y otros luchando,
sufrieron ruda la tiranía
que hacer quería
huérfanos tristes sin pan ni hogar...!

¡Ya no hay festines patibularios!
¡Ya no hay venganzas con que saciar
su vil conciencia crueles sicarios!
¡Ya no hay vencidos ni vencedores!
¡Sólo hay de flores
castas coronas en el hogar...!

¡Mi dulce Ozama! Tu bardo amante
a tus riberas torna a cantar,
y tras él deja, por tí anhelante,
lejanos climas y humilde historia,
tierna memoria
del peregrino vuelto al hogar...!

Bajo tus ceibas y tus palmares
sobre tu césped y entre el manglar
aún se oye el eco de los cantares
de aquella infancia, fugaz, que en horas
engañadoras
llenó sus sueños de amor y hogar!

Y ¡ven! le dice cada paloma
tímida y mansa que ve cruzar
desde la cumbre de enhiesta loma
cuando las alas tiende y su arrullo
mezcla al murmullo
del río que baña su dulce hogar.

Y ¡ven! le dice ronco el estruendo
que hace en las rocas lejos el mar. . .
¡El mar! que un día su adiós oyendo
fue de ola en ola su adiós llevando,
luego tornando
con hondos ayes del pobre hogar,

¡Y todo cuanto su ser le diera!
¡Ven! dice el polvo que va a besar,
donde mañana como postrera
ráfaga cruce su vida breve,
donde se eleve
su tumba humilde junto al hogar!

Así, —suspiros, brisas, rumores,
lánguidas ondas y ecos del mar—
¡adiós! decidme, que todo: amores,
gloria, esperanza, paz bendecida,
tiene hoy la vida
del pobre bardo vuelto al hogar. . .

1874

La Vuelta al Hogar, escrita a bordo del buque que le traía a la patria después de seis años de ausencia, puede calificarse como el más alto trofeo de la poesía de proscripción en Santo Domingo. Pedro Henríquez Ureña la llamó "el más intensamente lírico, el más radiosamente optimista grito de júbilo en la poesía antillana".

Dice Guillermo Díaz Plaja en Introducción al estudio del Romanticismo español, página 112, Espasa Calpe, Madrid, 1942: "Si notamos simplemente la presencia de un paisaje literario independiente del espíritu del poeta o del protagonista y otro que se presenta como una proyección o fusión de dicho espíritu, podremos establecer dos maneras

que, siempre procediendo de un modo esquemático, se producen históricamente según este cuadro de alternancia: Renacimiento-Barroco; Neoclasicismo-Romanticismo; Naturalismo-Nueva Poesía...".

En *La Vuelta al Hogar* esa solidaridad entre el poeta y el paisaje se manifiesta gracias a un decasílabo con gran acopio de términos bisílabos de acentuación vibrante que sirven al autor para reflejar su estado de ánimo jubiloso y, al propio tiempo, el ritmo de los versos, de pronunciados hemistiquios, trasluce el balanceo de las ondas del mar.

En la poesía hispanoamericana el tema de la vuelta al hogar no es extraño. Recordamos a José Antonio Pérez Bonalde en Venezuela con *La Vuelta a la Patria*; a Olegario V. Andrade en la Argentina con *La Vuelta al Hogar*; a Miguel Antonio Caro en Colombia con *La Vuelta a la Patria*, etc., etc.

QUISQUEYANA

*A mi amigo el distinguido
bardo José F. Pellerano.*

Yo he cruzado —al tibio, dulce
y melancólico rayo
del sol que ciñe en desmayo
su velo crepuscular—
esas desiertas sabanas,
esas montañas vecinas,
esas risueñas colinas,
esas playas y ese mar.

De todo guardo un recuerdo;
a todo llevo un suspiro;
ya del aura el tenue giro,
ya del viento airado el son;
y en cada tronco grabados
y en cada roca escondidos
y en cada flor esparcidos
sus sueños ve el corazón.

Allí, en cadenciosos tumbos,
viene el Ozama impelido,
por el follaje ceñido
de su margen oriental,
y, en su curso, de Galindo
aromas y flores trae,

y después rugiente cae
al hondo seno del mar.

Allá se destaca triste
la ruina del Almirante,
página ilustre y gigante
de nefanda historia ayer,
espectro que oye y recoge
de la ciudad los clamores,
donde orgullosos señores
tuvieron su impuro harén.

Acá, sentado en las rocas
do el mar sus olas estrella,
del tiempo adusto la huella
llevando en su frente audaz,
la extensa costa vigila
el alto, sombrío Homenaje,
al que rinde vasallaje
el buque extraño al pasar.

Ante su mole arrogante
la frente baja y humilla
la vecina Torrecilla
que avanza su punta al mar,
faja de verde follaje
que engalanada se ostenta
cuando en ella transparenta
su lumbre el sol matinal.

Tras las olas que allí, humildes,
iris levantan de espumas,
se ve, ceñido de brumas,
de la Caleta el perfil;
do va ligera la barca,
del pez dorado que asoma
y de la mansa paloma
la pesca y la caza a unir.

Y es este seno de rocas
 que responde en ronco ruido
 ante el solemne rugido
 de las olas de la mar,
 la mansión de aves pacíficas,
 Cueva de las Golondrinas,
 que en nidos de algas marinas
 pasan vela nocturnal.

¡Oh! cómo el contraste presta
 profundas meditaciones
 si en formidables legiones
 del piélago surge allí
 el tiburón que, famélico,
 contra su presa se ensaña
 y en sangrientas olas baña
 la roca... ¡y el nido al fin!

.....

¡Qué pavor el alma hiela,
 si en la Boca del Infierno
 ve, en cambio variable, eterno,
 con ruido amedrentador,
 teñirse tenaz la onda
 de fatídicos colores,
 y a sulfurosos vapores
 dar perenne exhalación...!

.....

Bajo esa bóveda oscura
 de peñascos que se enlazan,
 y desprenderse amenazan
 en su rudo retemblar,
 ¡cuántas veces, confiado,
 la infantil edad me viera
 del Tripero a la ribera
 en turbión de olas rodar...!

Y luego, trepando al Faro,
tender la mirada ansiosa
y en vaga y vertiginosa
confusión, no distinguir
ni los campos, ni los mares,
ni las montañas, ni el cielo,
ni acá, entre compacto velo,
el Matadero y San Gil.

.....

Magnífico panorama
lejos las costas ofrecen,
do sus anchas hojas mecen,
junto al esbelto palmar,
los uveros y los mangos,
y el naranjo que sombrea
rústicos techos de enea
de tanto campestre hogar.

Y en el extenso vacío,
de altos javillos cercado,
la Sabana del Estado
con su verde pajonal,
do el buey perezoso paca,
piafa el caballo altanero,
y enlaza al toro, certero,
el más ágil mayoral.

Y más allá... ¡la delicia
de nuestros días estivales,
al pie de lindos cocales
con dulcísimo rumor,
bordando la extensa playa
los caracoles marinos
que reflejos peregrinos
dan, a la lumbre del sol!

¡Güibia! ¡Güibia! en tus orillas
más de un suspiro dí al cielo

cuando, libre de albo velo,
 en tus aguas sorprendí
 más de una virgen confiada
 en mi niñez candorosa...
 ¡Ah! y entonces... ¡cuán odiosa
 esa tierna edad creí!

.....

Contéplase allá sombrío
 un esqueleto de piedra,
 que ostenta de musgo y yedra
 la corona sepulcral.
 Es un vestigio solemne
 de esas épocas gloriosas
 de epopeyas luminosas,
 de sublime heroicidad.

¡San Jerónimo! Ante el fuego
 de sus rotos torreones
 caídos vieron sus pendones
 pueblos extraños ayer;
 y aún hoy —cuando audaz la planta
 sus laberintos visita—
 en cada piedra palpita
 de esos héroes el poder.

Y allí coqueteando, alegres,
 al pie del mudo gigante
 tantas quintas, de elegante
 aspecto, siguiendo van,
 con sus frescos bosquecillos,
 sus pájaros a millares,
 bulliciosos palomares,
 ¡todo fantástico, ideal...!

.....

¡Cuadro sublime! A las faldas
 de esos montes que la niebla

con sus albos grupos puebla,
so la cumbre verdi-azul,
cruza el Jaina, serpea el Nigua,
y en valles y pedregales
hay palmas, cañaverales,
juegos de sombra y de luz.

¡Y tras ellos San Cristóbal!
¡Baní!. . . Ese valle de flores,
síntesis de los primores
del quisqueyano pensil.
¡Y el lindo palmar de Ocoa!
¡Y los conucos del Vía
y la pompa y bazarria
de otras bellezas sin fin!

Y si tornamos la idea
desde el pueblo de Los Minas,
que entre flores campesinas
destaca su majestad,
las soledades inmensas
de las pampas orientales
horizontes perennales
ofrecen aquí y allá.

Y los Tres Brazos enlazan
bosques de robles y encinas,
hatos mil y mil colinas
y anchas vegas de labor,
que fecundan Yabacao,
el Ozama, el Isabela,
en cuyas linfas su estela
mil canoas dejan en pos.

Y encadenándose luego
ríos y montes y llanuras,
cañadas, riscos y alturas,
del Cibao y Samaná,
tocan al límite extenso

donde la riqueza ostenta
la región más opulenta
de inagotable caudal.

.....

¡Oh! Bendiga Dios la tierra
de los libres, paraíso
donde Dios brindarme quiso
mi hogar, mi gloria y mi amor.
Y que el polvo que reciban
mis pobres restos un día
sea tu polvo ¡patria mía!
y oigas mi postrer adiós.

1874.

Si *La Vuelta al Hogar* recoge la explosión jubilosa del poeta al percibir la proximidad de la tierra natal, *Quisqueyana* es el testimonio de su reencuentro con el ambiente cuyas impresiones y recuerdos contribuyeron a la formación de su sensibilidad.

Menéndez y Pelayo dijo de esta composición que era "abundantísima y florida". Flérida de Nolasco estima que el tema del localismo está realizado en ella con "más emoción, con sentimiento más delicado, con más poesía, con mejores aciertos, en una palabra, que en el eximio humanista venezolano" (Andrés Bello).

Quisqueyana puede quedar como una estampa de la vieja ciudad de Santo Domingo. Muchos de los puntos señalados en ella han desaparecido o se han transformado al paso de los años, el progreso y los acontecimientos. Así ocurre con las alturas de Galindo, hoy urbanizadas; la Cueva de las Golondrinas, ubicada al extremo sur de la actual calle Hostos y hoy desaparecida; el Matadero, entonces en lo que es hoy un recodo de la avenida George Washington; el fuerte de San Gil, donde comenzaba la parte occidental de la muralla de la ciudad y de la cual restan apenas unas piedras; el fuerte de San Gerónimo, volado por una explosión y la Sabana del Estado, cuyo comienzo lo ocupa ahora el Parque Independencia.

FANTASIAS INDIGENAS

Las Fantasías Indígenas representan la culminación del estro puramente romántico de José Joaquín Pérez y al propio tiempo constituyen la obra sobresaliente que en lo poético produjo en Santo Domingo la influencia del romanticismo.

Al aparecer en 1877 fueron también el primer libro de versos de un solo autor publicado en Santo Domingo.

El indio como motivo de inspiración poética cuenta con antecedentes relativamente nutridos en la literatura hispanoamericana. Todavía en plena conquista Alonso de Ercilla hizo del araucano el protagonista principal de su gran poema, La Araucana, que para muchos es lo más próximo a la epopeya clásica que pueden ofrecer las letras en nuestra lengua. Ercilla establece una tradición que más o menos es continuada a través del período colonial. Pero con la independencia política que estimula, bajo el influjo romántico, la pretensión de independencia literaria, el motivo indígena cobra también significación nacionalista, esto es, aparece como recurso favorable para la realización de la consigna romántica de nacionalizar la literatura, tanto por lo que podía tener de repudio a lo español como de reafirmación de lo propio. En Santo Domingo ambas derivaciones se adaptaban perfectamente a las circunstancias del medio en la etapa subsiguiente a la guerra de Restauración contra España.

Pero es de preguntarse hasta qué punto la evocación literaria del indio correspondía en Santo Domingo al propósito de llevar esencias autóctonas a las letras. La temprana desaparición del aborígen en la isla, así como su incipiente cultura, dejaron pocas huellas visibles de su existencia tanto en lo material como en la esfera del espíritu. Sin embargo, el aura legendaria que rodea su memoria ha sido un ingrediente activo en la subyacen- cia anímica del pueblo dominicano. Comprobado esto, la preservación de su recuerdo en las letras satisface un cometido nacionalizante que se arraiga en nuestros propios orígenes. En abono de la afirmación cabe inquirir si Homero no preservaba, con respecto a los griegos de la época clásica, una realidad inexistente para entonces, envuelta en nebuloso clima legendario, pero de indudable gravitación anímica. Tan extraordinario ejemplo nos lo trajo a cuenta la presunción de Héctor Incháustegui Cabral de que si el elemento aborígen hubiera logrado preponderancia entre nuestros factores humanos, José Joaquín Pérez "sería nuestro Homero, el cristalizador de nuestras grandes leyendas primigenias". (1)

Por lo demás, en el aspecto idílico del indio, personificación del "buen salvaje" en estado de naturaleza, no corrompido por la civilización, el romanticismo hispanoamericano recibió el ascendiente de la Atala de Chateaubriand y el indio vino a ser un complemento de la visión paradisíaca de la naturaleza americana la cual también, como se sabe, gozó de la preferencia de los románticos hispanoamericanos como otro ingrediente nacionalizador de la literatura.

La trayectoria del indigenismo en Santo Domingo recoge composiciones en verso de Javier Angulo Guridi con Maguana, de 1840 y La Cicuta, de 1842, y La Ciguapa, en prosa, de 1876. También su hermano, Alejandro Angulo Guridi, escribió una novela corta, Los Amores de los Indios, en 1843. Aunque estas obras con excepción de La Ciguapa, fueron escritas y publicadas en Cuba, en donde los autores estaban exiliados, es de presumir que fueron conocidas en Santo Domingo a su debido tiempo.

(1) De Literatura Dominicana Siglo XX, página 353, Publicaciones de la Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, R. D.

El cultivo del tema indigenista es continuado ya en Santo Domingo por el primero de los citados en el párrafo anterior al componer el drama Iguanona, en verso, en 1867, publicado en 1881, así como el romance Escenas Aborígenes, de 1872.

Los puntos de contacto entre Javier Angulo Guridi y José Joaquín Pérez son fáciles de advertir además de que existen testimonios escritos en que el segundo proclama la admiración literaria que desde su niñez profesaba al primero. Puede presumirse por tanto que José Joaquín Pérez se sintió estimulado en parte por el ejemplo de Angulo Guridi. También puede haberlo animado el conocimiento durante sus años de destierro en Venezuela de los poetas Fermín Toro, José Ramón Yepes y Francisco Guaicapuro Pardo quienes incursionaron en el género en la nación sudamericana. Toro había fallecido en 1865 pero su nombre ha perdurado desde entonces.

En Santo Domingo, con la desaparición de la raza indígena, ocurrida en las primeras décadas de la colonización, el recuerdo del aborígen permanecía rodeado de una comprensible aureola de sentimentalidad y tal vez esta circunstancia, probablemente similar a la del Uruguay, explica la hondura lírica que alcanzó la poesía indigenista en ambos países.

Se atribuye a José Joaquín Pérez haber comenzado a escribir un drama sobre Anacaona pero al parecer el propósito lo abandonó luego.

Pedro Henríquez Ureña coloca a las Fantasías Indígenas junto al Enriquillo de Galván y el Tabaré de Zorrilla de San Martín como las mejores obras que produjo el romanticismo indigenista hispanoamericano. (1)

El lirismo de las principales Fantasías se denuncia en primer término en el profundo sentimiento de la naturaleza. En ciertos pasajes la sensibilidad ante el panorama natural hace accesible zonas de depurada exquisitez. No se trata solamente de la aptitud descriptiva que resume en detalles e imágenes lo contemplado sino de la traducción en la melodía y el ritmo del verso de las sensaciones con que ha reaccionado el mundo interior ante las impresiones recibidas.

(1) La Lira de José Joaquín Pérez, Santo Domingo, 1928, pag. XI.

La factura del verso en las Fantasías tiende hacia la simplicidad sin rebuscamientos retóricos ni recargos enfáticos. Tal vez su rasgo más sobresaliente, en las composiciones más características, sea el de una espontánea fluidez. Como el poeta era esencialmente lírico su aptitud para la épica no es tan resaltante aunque la soltura en ciertos pasajes en romance hizo que Hostos considerara que debió escribir el Romancero de Quisqueya.

Pero, en lo que se refiere a la estructura de la estrofa, requiere mención el hecho de que el uso frecuente de la asonancia, que se advierte después del regreso de Venezuela, se manifiesta en las Fantasías con la aparición de asonancias graves dobles y de mezcla de asonancias y consonancias en estrofas de cuatro versos. En Santo Domingo, bajo el influjo romántico, la asonancia al estilo del romance, esto es, alternada, es relativamente común, pero la mezcla de las dos rimas aparece sólo en Salomé Ureña, de manera esporádica, siempre con asonancias agudas y en estrofas de más de cuatro versos.

También parece difícil hallar los dos procedimientos que comienza a usar José Joaquín Pérez en las Fantasías en los poetas españoles e hispanoamericanos contemporáneos, pues hasta donde llega nuestro conocimiento después de larga indagatoria, nos hemos tropezado con la doble asonancia en el argentino José Mármol y en el colombiano Jorge Isaac, pero invariablemente utilizando vocablos de terminación aguda para la rima de los versos segundo y cuarto, sin duda en busca de mayor densidad fónica. Los poemas del autor de María aparecieron en 1865 y su famosa novela, que tiene versos, en 1867. (1)

Para la tendencia al uso de la asonancia en la etapa postrera del romanticismo no debe descontarse el influjo de Bécquer, muy extendido en Hispanoamérica, como con cariz ostensible se percibe precisamente en otro poeta indigenista, el uruguayo Zorrilla de San Martín, cuyo Tabaré se publicó años después que las Fantasías. (2)

(1) Nuestra indagatoria la movió una observación del profesor Manuel Rueda cuya espontánea asistencia en las labores tipográficas tiene nuestro sincero reconocimiento.

(2) "El influjo de Bécquer es dominante en la forma poética de Tabaré", dice el notable crítico uruguayo Alberto Zum Felde, Proceso Intelectual del Uruguay, Pág. 104, Editorial Claridad, Montevideo.

En las Fantasías se recurre con frecuencia al vocabulario indígena cuya explicación hizo necesaria la anotación correspondiente. Esas notas del autor se distinguirán en la presente edición con las letras NA. Igualmente es necesario indicar que a veces, por exigirlo la medida del verso, el autor suprimió los acentos de las palabras indígenas nitaino y huitío.

Para la versión que sigue hemos tenido en cuenta el manuscrito de 1876, la edición de 1877 y la que figura en la Lira de José Joaquín Pérez, así como el ejemplar de la edición de 1877, que aparentemente se reservó el poeta y el cual contiene algunas anotaciones suyas.

Por la confrontación de estas fuentes se advierte que el orden de las composiciones del manuscrito de 1876 y de la edición de 1877 está alterado en la Lira de 1928 no sabemos por cuál motivo. Asimismo, las tres últimas composiciones de la edición de 1877, o sea el Areito de las Virgenes de Marién; Vanahí, la Hija del Yareyal y el Adiós de Anacaona no figuran en el manuscrito de 1876, lo que indica su elaboración posterior, como lo confirma el propio poeta en la primera nota de Vanahí, al expresar que esas composiciones pertenecían a la Segunda Colección de las Fantasías.

El orden de las poesías lo hemos vuelto a ajustar al establecido en 1876 y 1877.

En la versión manuscrita y en la edición de 1877, figura al final la leyenda Flor de Palma o La Fugitiva de Borinquen ofrecida en una prosa de períodos breves y trazo enérgico de personajes y acontecimientos.

Tanto en el manuscrito como en la edición príncipe se afirma, al concluir la obra, que se trata del final de la primera colección, lo que concuerda con el propósito atribuído al autor de continuar las Fantasías.

IMPRESIONES

*Al autor de las
Fantasías Indígenas*

Quejas del alma, vagos rumores;
lejanas brumas, rayos de luz,
fragante aroma de índicas flores,
himnos de guerra, cantos de amores,
brotan al ritmo de tu laud.

¿Quién recorriendo tus Fantasías,
hijas del trópico abrasador,
vibrar no siente las armonías
de aquella raza que en otros días
poblar sus selvas Quisqueya vió?

Sobre la cumbre de las montañas,
de las palmeras bajo el dosel,
al grato abrigo de las cabañas,
y hasta en las grutas al hombre extrañas,
haces del indio la sombra ver.

Y el aire cruza triste lamento;
y el eco suena del tamboril;
y al valle indiano, y al ave, al viento,
a todo presta tu blando acento,
fuego, armonía, vida y matiz.

Y el junco verde que en la onda gira,
la tumba sola que arrulla el mar,
y el ave errante que allá suspira,
notas perennes dan a tu lira,
tristes historias llenas de afán.

Entre sus bosques afortunados
no escuchó nunca la indiana grey,
dulces areitos tan acordados
como tus cantos privilegiados,
vagos preludios de ignoto edén.

Parece, bardo, que el genio ardiente
de estas regiones habitador
templó tu lira suave y doliente
y en ígnea lumbre bañó tu frente,
dando a tus ritmos inspiración.

Que —si inspirado suena tu canto,
poblando aéreo la soledad—
ávida el alma te sigue, en tanto
que dulces notas de nuevo encanto
fascinaçoras haces vibrar.

Cuando al transporte del númen cedes,
cuando tu mano hiere el laud
y a la armonía fácil accedes;
¡ay, quien pudiera, como tu puedes,
dar a sus trovas música y luz!

.....

Pues de una fama ya merecida
tus Fantasías vuelan en pos,
mientras acepto, reconocida,
de esos cantares llenos de vida
con noble orgullo la ofrenda yo;

¡oh de la patria de Anacaona
cantor amante, bardo feliz,

ciñe con flores de nuestra zona
la que prepara, digna corona,
para tus sienes el porvenir!

Salomé Ureña

Santo Domingo, 1877.

Para la época de aparición de las Fantasías Indígenas Salomé Ureña había conquistado ya un sitio destacado entre los cultivadores del verso en Santo Domingo. José Joaquín Pérez le dedicó su obra que así es muestra de la estrecha amistad que de por vida uniría a ambos. En respuesta, la poetisa compuso las presentes Impresiones que figuraron al frente de la edición original de las Fantasías.

La obra fue dedicada también de manera expresiva al Pbro. Fernando Arturo de Meriño quien fue maestro del poeta.

**IGI AYA BONGBE *
(Primero muerto que esclavo)**

Un día cantaba —al eco
del tamboril sagrado,
y en el altar postrado
del tutelar Zemí— (2)
el indomable indígena
que alegre e indolente
ceñía la noble frente
de nardos y alelí. (3)

Bajo el dosel de palmas
del bosque solitario
alzaba su santuario
la numerosa grey;
y en diumbas (4) y en areitos (5)

* NA.— La tradición no ha conservado sino una estrofa de este himno de guerra de los ciguayos que poblaban la isla.

(2) NA.—Idolo de barro, madera o piedra, que adoraban los indios y que eran los medianeros entre ellos y la divinidad.

(3) Así en la edición original y en la versión manuscrita. En la Lira: "de nardo y de alelí".

(4) NA.—Danza indígena.

(5) NA.— Cantares con que obsequiaban a sus dioses, conservaban la memoria de las acciones guerreras, celebraban sus amores y enterraban los muertos.

de ritmo misterioso
caciques poderosos
dictábanle la ley.

Bohechío, el Gran Cacique,
señor armipotente,
orna la altiva frente
de palmas y laurel;
y dilatada y rica
Jaragua sus llanuras,
sus selvas, sus alturas,
le brinda, siempre fiel.

Su hermana predilecta,
la linda Anacaona,
que ciñe la corona,
también pulsa el laud;
y encanto es de su corte,
donde a la par fulgura
riqueza y hermosura,
valor, genio y virtud.

Ante el potente brazo
de Caonabo, el atleta,
Maguana, la coqueta
región del Sur, se ve;
que Ocoa, el Nigua, el Jaina
y el Yaque fertilizan
y el triunfo solemnizan
de una indomable fe...

Marién —donde gobierna
su tribu numerosa
la mano generosa
de Guacanagarí,—
con majestad se extiende,
bañada por dos mares,
con puertos a millares,
los más bellos de Haití.

Intrépido los reales
 de su poder asienta
 —en vasta y opulenta
 comarca— Guarionex,
 allí do brinda el coiba (1)
 fragante su tesoro,
 do el cigüeyano el oro
 brillar mira a sus pies.

Acá Higuayagua el trono
 sostiene culminante
 de Cayacoa, arrogante
 e indómito adalid,
 que su sagrado suelo,
 do cruza el limpio Ozama,
 defiende, con brío y fama,
 contra el feroz carib. (2)

Patria de tantos héroes,
 Quisqueya, en su alta gloria,
 también lega a la historia
 mil nombres con honor:
 nitainos (3) de felices
 regiones tributarias
 con sus virtudes varias
 la llenan de esplendor:

El siempre heroico Hatuey,
 el digno Tululao,
 el ínclito Bonao,
 el fiel Mayobanex;
 Guaroa, el temible; el grande,
 tenaz Tocubanama;
 el denodado Guama;

(1) NA.—El tabaco.

(2) NA.—La vecindad de Higüey con los caribes hacía que estos invadiesen la isla con frecuencia.

(3) NA.—Caciques subalternos que gobernaban las provincias del cacicazgo.

el leal Manicatoex;
y al par de Guarocuya,
de su enemigo estrago,

dominador del lago
azul de Caguaní, (1)
Guatiguaná, el guerrero
del Yaque caudaloso,
rival del valeroso,
potente Mairení.

Felices los ciguayos
y sin temor dormían
—en chozas que cubrían
de guano y de yarei—
tendidos en hamacas
riquísimas y suaves
de lindas plumas de aves
y blanco sarovei. (2)

Les da la zona ardiente
del trópico su fuego;
y —en voluptuoso y ciego
deleite tentador—
las vírgenes suspiran
y al pie de los altares
entonan los cantares
de su nupcial amor.

Pero en fatal instante,
del caracol guerrero
el eco ronco y fiero
cruzó la soledad;
pues turba advenediza
de allende el mar Caribe
perder ya les prescribe
su bien, su libertad.

Entonces al combate
se lanza el indio altivo,

(1) NA.—Nombre indígena del Lago Enriquillo en Neiba.

(2) NA.—Algodón.

y, rudo y vengativo,
doquiera triunfador,
derriba los altares
donde a plantar se atreve
la Cruz el siempre aleve
falaz conquistador.

Los ámbitos resuenan
con bélica armonía,
y Yaque, Ozama, Vía
Camú y el Garavuai, (1)
repiten en la onda
que crece y va ligera,
este himno, por doquiera
que un indio libre hay:

II

“¡Oid, tribus ciguayas!
Yo voy en son de guerra
a defender la tierra
que Louquo (2) protegió,
y audaz el arijuna —(3)
que en fragua trae el trueno
y rayos en su seno—
aleve profanó.

“Yo voy a herirlos todos
con mi azagaya aguda;
caciques, dadme ayuda,
¡volad a combatir!
Templadme el arco rudo
del ínclito guerrero:
¡morir antes prefiero
que no esclavo vivir!

(1) NA.—Hoy llamado Río Grande.

(2) NA.—El Gran Ser, Dios.

(3) NA.—Extranjero.

“Venganza los hermanos
que caen sin aliento,
con quejumbroso acento
pidiéndolos están,
llevemos, con la llama
del fuego que devora
la furia asoladora
del hórrido huracán.

“Yo mataré al cacique
de la horda sanguinaria...
Si acaso me es contraria
la suerte al combatir,
llorad sobre mi tumba,
pues noble y altanero,
;morir antes prefiero
que no esclavo vivir!

“Yo arrancaré su enseña
de mi feliz dominio;
saqueo y exterminio
doquiera llevaré;
y en la inflamada hoguera
sus miembros palpitantes
en rápidos instantes
gozoso arder veré.

“Quiero secar sus carnes;
comer, en mis cabañas,
de sus propias entrañas;
de su agonía vivir.
si así no lo obtuviere
de mi destino fiero,
;morir antes prefiero
que no esclavo vivir!

“Sus rubias cabelleras
arrancaré a millares;
ellas, en mis hogares

de adorno servirán;
y en copas de sus cráneos,
cual chicha (1) deliciosa,
mis hijos y mi esposa
su sangre beberán.

“Oid, tribus ciguayas,
el himno de la guerra:
por mi sagrada tierra
yo voy a combatir;
y si del arijuna
feliz triunfo no adquiero,
¡morir antes prefiero
que no esclavo vivir!”.

(1) NA.—Bebida efervescente hecha de maíz.

El supuesto verso indígena en que se inspiró esta Fantasía la investigación moderna se inclina a considerarlo de extracción africana. Su resonancia eufónica así parece confirmarlo.

La aptitud descriptiva de José Joaquín Pérez aprovecha toda la primera parte del poema para ofrecer una reseña sucinta de los diversos cacicazgos en que estaba dividida la isla, de los jefes aborígenes y de nombres y particularidades geográficas, como introducción a las restantes Fantasías.

EL JUNCO VERDE

*“Jueves 11 de Octubre... Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao...
Con estas señales respiraron y alegráronse todos”.*

Diario de Navegación del Almirante.

I

Fugaz sobre el cerúleo Mar Caribe,
al soplo inquieto de la brisa, vuela,
y el dulce rayo matinal recibe
del inmortal Colón la carabela.

El, de pie y en la prora, absorto mira
en lontananza vago punto verde,
que, cual juguete de las ondas, gira,
y en la vasta extensión del mar se pierde.

—“¡A virar!”, grita trémulo, agitado,
con la emoción del que, temiendo, espera,
y ve en el porvenir ya realizado
lo que un sueño falaz tan solo era.

Dócil cede la nave; en pos se lanza
de eso que informe en el abismo vuela:
¡dulce y vago vislumbre de esperanza
con que el alma del nauta se consuela!

En febril ansiedad Colón suspira,
sus ojos el espacio devorando
y ya, a la luz crepuscular, se mira
cerca el objeto ante la proa flotando. . .

—“¡Hosanna! ¡Gloria!”— de rodilla entona.
“¡Oh, bendito el Señor por siempre sea!”
Y a un éxtasis de dicha se abandona
aquel genio inmortal que un mundo crea.

Agrúpase la turba que, insolente,
sacrificarlo a su furor quería
y dobla humilde, con fervor, la frente
ante el noble coloso que la guía. . .

Pero. . . ¿qué ha despertado así el delirio
de esos hijos del mar? ¿Cuál es el bello
talismán de esa fe, cuando el martirio
graba en sus almas tan horrible sello? . . .

—“¡Mirad —dice Colón— he aquí mi gloria!”
Y del océano su potente mano
recoge un junco verde cuya historia
guarda un profundo y misterioso arcano.

Aquel junco, viajero solitario
en la vasta extensión del mar, encierra
el *fiat* fecundo, poderoso y vario:
la esperanza inmortal de luz —¡la Tierra!

Reliquia del amor que la ígnea zona
ofreciera al intrépido marino;
rico florón de la primer corona
que sonriendo le ciñe ya el destino.

Por eso él a su seno lo comprime,
y en él sus labios afanoso sella;

pues ese junco el corazón redime,
donde el pesar profundizó su huella.

II

Mientras la brisa nocturnal soplando
rauda empuja la frágil carabela,
el extenso horizonte contemplando
en dulce insomnio, el Almirante vela.

¡Noche de sombras, de perenne anhelo,
en que cada celaje que fulgura
—débil reflejo de la luz del cielo—
el nuevo mundo que soñó le augura!

La sutil, vaporosa y áurea niebla,
nuncio del alba, en el espacio gira,
y el mar y el aire y los confines puebla
y todo aliento de placer respira.

Del topa de La Pinta, que se avanza,
“¡tierra!”, dice una voz; y el eco vibra;
y ese grito sublime de esperanza
conmueve el corazón en cada fibra...

Allá —entre la infinita muchedumbre
de las galas que espléndida atesora,
tras la bruma lejana—, enhiesta cumbre
surge al beso del rayo de la aurora.

“¡Mundo de amor, risueño paraíso,
verde oasis de luz en mi desierto
yo te bendigo, porque en tí Dios quiso
brindarme al fin de salvación el puerto!”.

Así exclama Colón; y en la ribera
de esa ignota región de maravilla,
en el nombre de Dios, con fe sincera,
tremola el estandarte de Castilla.

La hermosa Guanahani, (1) donde el lucayo
en su cabaña, que ceñía de flores,
viera pasar en lánguido desmayo
una vida de paz, dicha y amores,

fue la primera do la ruda planta
estampó esa falanje triunfadora
que —al dulce amparo de la fe— levanta
suplicio vil junto a la cruz que adora.

III

Después que de Colón y de Castilla
la fama el triunfo por doquier pregona,
y ya Quisqueya, conquistada, brilla
cual joya de la ibérica corona;

Colón regresa a sus antiguos lares,
y al pie de los monarcas protectores,
de sus conquistas en lejanos mares
depone los magníficos primores.

Pero en su pecho, y recamado de oro,
de ricas perlas y coral, se mira
portentoso y espléndido tesoro,
reliquia santa que entusiasmo inspira.

Es un pedazo de aquel junco verde
que en las algas del mar vio confundido,
y que allí guarda, porque allí recuerde
que está su corazón agradecido.

Con él lleva doquiera vinculado
un mundo de esperanzas y delirio;
con él la adversidad ha consolado
cuando la ingratitud le dio el martirio.

(1) NA.—Llamada por Colón El Salvador.

En la prisión, en el fatal camino
de su infortunio, lo llevó a sus labios;
con él lloró su singular destino:
la gloria que a la envidia causó agravios.

Y cuando aquella frente victoriosa,
donde un mundo encerró la Omnipotencia,
al rudo peso de calumnia odiosa,
sobre un lecho de mísera indigencia,

el reposo encontró que nunca hallara
en el seno radiante de su gloria,
fue su tumba del junco verde el ara
donde el mundo hoy venera su memoria.

Tanto en el manuscrito de 1876 como en la edición original la referencia al dato histórico sobre el hallazgo por Colón de un junco verde, referencia que encabeza la composición, fue tomada de las Memorias para la Historia de Quisqueya de José Gabriel García. En la Lira se cambió por un extracto del Diario de Colón, de acuerdo con la nota manuscrita del autor, que figura en el ejemplar de las Fantasías de 1877, que aparentemente perteneció a aquel y que sus descendientes conservan.

La referencia tomada de José Gabriel García expresaba: "...el hallazgo de un junco verde y un pedazo de madera labrada después... contribuyó a despertar en los ánimos las más lisonjeras esperanzas... J. G. García (Memorias para la Historia de Quisqueya)".

Asimismo, el verso final de la última estrofa del apartado segundo del poema, que decía en la edición original "doquier suplicios en infausta hora" fue cambiado en La Lira por "suplicio vil junto a la cruz que adora" en atención a la variante hecha por el autor en el mencionado ejemplar de las Fantasías de 1877.

Pero en la versión de La Lira se omite la estrofa tercera del apartado segundo del poema. Precisamente a propósito de esa estrofa habíamos observado en nuestra obra Evolución Poética Dominicana, página 157:

"No es difícil comprobar, examinando aisladamente algunos versos y estrofas, como lo que confiere eficacia lírica a los mejores pasajes de las Fantasías Indígenas es el traslado al verso de la melodía percibida por los sentidos en la contemplación del panorama.

La sutil, vaporosa y áurea niebla,
nuncio del alba, en el espacio gira,
y el mar y el aire y los confines puebla
y todo aliento de placer respira.

Véase en efecto cómo en esta estrofa, copiada de El Junco Verde, la concurrencia de sustantivos, calificativos y verbos afines en la evocación sensible esfuma el panorama descrito: sutil, vaporosa, alba, espacio, gira, mar, aire, confines, aliento, respira, y contribuye a ello también el frecuente empleo de la conjunción y.

Pero el ritmo con que estos elementos semánticos se organizan sintácticamente no es menos ilustrativo. Los acentos predominantes del primer endecasílabo corresponden a los vocablos vaporosa y áurea; los de cuarta y octava del segundo, a alba y espacio; los de las mismas sílabas del tercero y cuarto, a aire, confines, aliento y placer. Agréguese además que en el segundo endecasílabo, la segunda acentuación predominante, la de la octava sílaba, sirve de adecuado apoyo a la acción que indica el último término del verso, esto es, la de girar. Prodúcese así una reiteración de efectos expresivos y de ritmo que, por lo menos en parte, explicaría cómo el poeta pudo imprimir en el verso las huellas sensoriales grabadas en su psiquis por la percepción del panorama y que es eso justamente lo que da atributo poético a la estrofa". (Sobre la reiteración como recurso poético, Carlos Bousoño, Teoría de la Expresión Poética, página 209, Editorial Gredos, Madrid).

Por último digamos que dentro del rigor cronológico parecería que El Junco Verde debió encabezar las Fantasías seguido del Igi Aya Bongbe.

GUARIONEX

I

Del timbal —en son de danza—
vibra el eco por doquier,
y en sus arcos los guerreros
ponen flechas —que al través
de los troncos, con certera
y asombrosa rapidez—
clavan siempre, en homenaje
al cacique de su grey.

Mas ¿en dónde está el intrépido
el fogoso Guarionex,
el primero en los combates,
que se olvida del placer,
y sus triunfos no celebra,
ni de su ídolo a los pies
hoy recibe las coronas
que merece su poder?...

Allí, en rústico canei,
que ornan ramas de ciprés,
de cortezas de bambúes
y cojines de magüey (1)

(1) NA.—Madera blanda y filamentosa.

hay un lecho, do reclina
voluptuosa la alta sien
una indiana que parece
descendida del Turey. (2)

No la heroica zambra tiene
el más mínimo interés
para ella; y aspirando
el aroma del vergel,
ya dormita, mientras vela
silencioso en el dintel
un guerrero que la admira
con erótica avidez.

Luce altiva la ancha frente
del guerrero maguanés
rojas plumas, que el impulso
de la brisa hace mecer;
y el robusto pecho adornan
arabescos que el pincel
envidiara de un artista
por su rara esplendidez.

De su rica aljaba el cinto
como el sol brillar se ve;
y el bruñido arco sostiene
en su mano con desdén,
descansándolo en el dorso
de su firme y ancho pie. . .
mas, ¿quién es el que así vela
a las puertas de ese Edén?

II

—“Duerme, paloma del bosque indígena,
mi favorita virgen de amor;

(2) NA.—El cielo.

y de tu aliento la pura ráfaga
mueva las flores de mi ilusión.

Si en el combate rayo mortífero
lanzando el bronce, viene hacia mí,
miro tu imagen, que brilla espléndida,
y que —sonriendo— me hace vivir.

Por tí desdeño las diumbas plácidas
que —enardecida, con noble fe—
me ofrece alegre la tribu indómita
rindiendo parias a mi poder.

Duerme, arrullada por esos cánticos,
indiana virgen, hija del sol,
mientras mi labio te besa trémulo,
y huye el odioso conquistador”.

III

Así el cacique de Maguá, el potente
Guarionex, a su ídolo decía,
en tanto que ya enviaba de occidente
su adiós al mundo, agonizante el día.

El rumor del timbal el bosque —en lenta
y postrer armonía lejana— hiere
y Nonún (1) melancólica se ostenta,
cuando el reflejo de la tarde muere.

El indio en su cabaña en paz dormita;
en la selva el cocuyo centellea;
mansa el áura los árboles agita;
el arroyo entre flores juguetea;

y ya, cautiva del amor, reposa
la hurí del paraíso quisqueyano

(1) NA.—La Luna.

que las primicias de la dulce esposa
ofrece a su cacique soberano.

IV

Veloz el tiempo corre
amor, gloria, esperanza,
delirios de la vida,
sonríen en dulce calma
al infeliz indígena,
a la inocente raza
que adusto y cruel destino
al cautiverio lanza.
Apóstoles fervientes
de caridad cristiana,
—trayendo por enseña
la Cruz, y en vez de armas
la luz del Evangelio,
la unción de la palabra,—
un día de la límite
Marién —bella comarca,
donde un cacique reina
que fiel y mutua alianza
con los conquistadores
de allende el mar formara,—
dos frailes misioneros
al cacicazgo avanzan
do Guarionex, felice,
su rica tribu manda.

Sencilla y candorosa
la grey de Maguá, en calma
escucha esa doctrina
de paz y esperanza;
y el Dios de los cristianos
recibe en las cabañas
del indio agreste el culto
que en breve se propaga.

Abjúranse los ídolos,
y del bautismo el agua
cayendo va en las frentes,
regenerando el alma.

Guaicavanú, el primero
con su familia abraza
la ley que en el Calvario
al universo salva;
y hasta el cacique intrépido,
a quien la luz exalta
de aquella fe bendita,
comienza a confesarla;
pues ya —desde su trono
donde las flores lanzan
al aire sus aromas
cuando aparece el alba,—
rodeado de su esposa
y de su prole, ensaya
los cánticos fervientes
de la oración cristiana.

V

El aleve español, que su dominio
a Guacanagarí, su incauto aliado,
impone ya, cual triste vaticinio
de un porvenir de sombras rodeado,

extiende hasta Maguá su omnipotencia,
y, de lujuria y oro vil sediento,
oculto tras la cruz que reverencia,
lanza doquier su corruptor aliento...

De apostura gentil, joven, valiente,
siempre afable, cortés y aún lisonjero,
un hidalgo español, dulce ascendiente
ejerce en el indígena guerrero.

En su corte le acoge hospitalario;
de su opulencia disfrutar lo mira;
sus arcas colma de oro; y necesario
le es ya el afecto que el hidalgo inspira.

Al fin llega don Luis de Barahona
a ser de Guarionex el consejero;
y casi su poder éste abandona
por saciar la ambición del extranjero.

VI

Era una de esas noches tropicales
en que todo al mortal habla de amores:
el viento, el mar, el pájaro, las flores,
y en dulce soledad el corazón.
Rodeada del misterio, en su cabaña,
la esposa del cacique indiano vela,
y, en su pálida frente, algo revela
que la turba fatal vacilación.

¡Inquieta, a cada leve ruido, a cada
voz que murmura en el follaje el viento,
deja escapar el comprimido aliento;
observa y nada ante sus ojos ve.
¿Qué aguarda esa deidad, del indio encanto,
del Sereutma (1) felice compañera?
¿Es que él acaso en excursión guerrera,
a las regiones de Carib se fue? . . .

No, que ya en el umbral de la cabaña
una sombra de súbito aparece. . .
En sus sienes el áura no remece
las plumas del guerrero de Maguá;
ni trae el arco en la robusta mano,
ni la aljaba en el cinto centellea,

(1) NA.—Título de honor equivalente al de Grandeza.

ni ella rápida acude, cual la idea,
ni entre sus brazos a estrecharlo va.

El que asoma su faz sobre ella ostenta
brillante casco de bruñido acero,
y la espada del noble caballero
se mira en su costado relucir.
Blanca es su tez; su cabellera rubia;
expansiva y fogosa la mirada;
y en ella, por los párpados velada,
se ve la llama del amor surgir.

“¡Hijo hermoso del Dios de los cristianos!
¿Qué quieres tu de mí? Tu sierva escucha,
por tí la fe con el deber en lucha
tortura mi alma en ansiedad febril”.
Así dice la reina cigüeyana
a quien, humilde y a sus pies se inclina,
en señal de que nada le domina
que oculto lleve sentimiento vil.

—“Oye, princesa de Magua, —responde—,
ya que el fiero cacique de esta tierra
hoy tu belleza y juventud encierra
dejándote en perenne soledad,
yo quiero que libertes tu existencia
de la ruda pasión con que un salvaje,
a Dios haciendo criminal ultraje,
te condena a perpetua adversidad”.

“Tu nueva religión quiere que todo
por ella lo abandones en la vida;
y a redimir tu corazón convida
ante las aras de otro amor también.
Ella no quiere que quien rinde culto
a irrisoria e idólatra creencia,
en sacrilega unión, de tu conciencia
manche el santuario, desterrando el bien”.

“Si deseas aún salvarte, aquí en mis brazos
te ofrece amparo contra el mal, la suerte:
¡yo, unido a tí, desafiaré la muerte;
tu, unida a mí, complacerás a Dios!
¡Bella flor del Cigüey! tu amor imploro;
tu ídolo olvida y tu pasión funesta;
ofreciendo al Señor, como protesta,
nupcial modelo de virtud los dos. . .”.

Dice, e imprime en la mejilla ardiente
de la india incauta dilatado beso;
y ella se entrega al voluptuoso exceso,
sin lucha henchida de fatal pasión;
porque ya aquel hidalgo —bello huésped
de la corte opulenta de su esposo—
había turbado su nupcial reposo
con sueños de tenaz fascinación.

Por eso ella le sigue muy confiada
y su trono y sus lares abandona;
prefiriendo a la indígena corona,
de ese efímero amor el triste bien. . .
¡Pobre cacique cuyo honor ultraja
el vil hidalgo a quien su honor confía!
Y ¡ay de la raza hipócrita, si un día
él vibra el rayo vengador también! . . .

VII

De Maguá en los confines dilatados,
do el cigüeyano armipotente habita,
do el Yaque, el Jima y el Camú y el Yuna
anchas vegas y montes fertilizan,
doquiera el eco atronador se escucha
que “guerra a muerte y exterminio” grita;
y la venganza popular enciende
en el pecho del indio noble ira,
Guarionex, indignado, a la cabeza

de sus bravas legiones, las incita;
los misioneros con horror rechaza
que la cristiana religión predicán;
y los altares de aquel Dios incruento
que él, inocente, venerar quería
con sangre mancha; y con voraz incendio
doquiera en sus dominios los derriba,
violando las imágenes sagradas
cuyo culto escarnece y abomina.
No queda en pie una cruz ni un oratorio
que le recuerde al infeliz indígena
la religión con que el feroz caribe
de allende el mar lo esclavizara un día.
Quince mil combatientes (1) en el bosque
frente al baluarte "Concepción" dominan
al castellano, que temiendo vela,
y horrible plan de destrucción medita.
Bartolomé Colón, que allí gobierna,
al frente de una hueste reducida
en una noche a Guarionex asalta,
sus falanjes dispersa y acuchilla,
y aquel cacique noble que —confiado
en su poder y su valor dormía—
cae prisionero del contrario bando
que cruel suplicio a soportar le obliga.
Pero el campeón audaz y denodado
afronta firme, la cerviz erguida,
la suerte ruda que sufrir le ordena
tanta infamia, tantísima ignominia.
No le abandonan sus vasallos fieles
que en torno a su prisión de noche y día
llorando, con lamentos y alaridos,
el aire y el espacio ensordecían.
Temiendo está Bartolomé que aquella
raza indomable se levante altiva,
a rescatar al prisionero, y triunfe
siendo ya más prudente y previsiva;

(1) NA.—Dr. A. Llenas.— Apuntes históricos sobre Santo Domingo.

y al cálculo prestando la apariencia
de piedad y nobleza e hidalguía,
libre al cacique Guarionex declara,
y lo devuelve a su ciudad querida,
así creyendo que tal acto fuera
prenda de gratitud para el indígena,
que con areitos de placer lo obsequia,
y siente el alma de entusiasmo henchida.

Mientras tanto el infame Barahona,
causa de tal desolación y ruina,
que ya a la esposa del cacique mártir
por otro amor tan criminal olvida,
purgando está su culpa en el destierro,
al que —invencible— su temor lo obliga.

VIII

En un espeso bosque, abandonada y misera,
llorando en desventura su criminal amor,
la pobre cigüeyana, la penitente adúltera,
recuerda su pasado de luz y de esplendor:

“—Perdóname, cacique, si un día tu *eracra* espléndida
donde tenía mi prole y mi tranquilo hogar,
abandoné en los brazos del español, que el ídolo
de mi mayores hizo del templo derribar.

“Yo fui la esclava dócil de aquel cristiano espíritu
que me decía: —Si adoras tu nueva religión
se grata a Dios, y rompe los relajados vínculos
que a un indio te sujetan, para obtener perdón.

“Si fui yo pecadora, ¡perdón! cacique, implórote;
culpable mi ignorancia del crimen sólo fue;
cristiano don Luis era, y en su mirada lánguida
hallar creí un tesoro de amor, de gracia y fe.

“Mas hoy ;si yo pudiera con mis ardientes lágrimas
borrar todo el pasado, regenerarme así,
vivir siempre a tus plantas, morir tu amor pidiéndote
Pero ;ay! todo es infamia, tormento para mí.

“En expiación te ofrezco los días que paso exánime
en este bosque donde me abandonó el traidor
que vino al paraíso de nuestra raza indígena
hollada hoy por la planta de un vil conquistador”.

IX

Cuando la noche tiende su velo,
cuando agoniza la luz del sol,
de agreste tumba, que el bosque guarda,
surge un lamento desgarrador;

y el indio es fama que nunca llega
junto a esa tumba para llorar,
porque una sombra cruza perenne
del bosque espeso la soledad.

Dicen que un día, de aquella tribu,
fue allí el cacique batallador,
y oyó eco triste que le decía:
“—Venganza de ellos, a mí perdón!”.

Esa es la tumba de aquella indiana
que abandonando su amor, su hogar,
murió ignorada, sin que el buitío
le conjurase su adversidad.

Pobre cautiva, que las regiones
de Coibai (1) cruza sin luz ni amor,
sin que un areito fúnebre se alce
para consuelo de su aflicción.

(1) NA.—Purgatorio.

Sobre la ciba (2) de su sepulcro
no hay inscripciones, ni al tutelar
Zemí se eleva sauce mortuorio
que lo proteja de impuro mal.

Cuando las aves pasan, no entonan
allí su canto conmovedor,
y sólo grazna siniestro el buho
cual mensajero de hondo terror.

X

El viajero que hoy cruza los dominios
do el gran cacique Guarionex un día
su poder y sus glorias extendía,
combatiendo al audaz conquistador,
ve el Santo Cerro que en su cumbre ostenta
un Santuario, en memoria de la hazaña
que diera el triunfo a la indolente España
y a la cruz del humilde Redentor.

Al pie de este sencillo monumento
yacen los restos de una noble raza
a cuyo nombre la memoria enlaza
heroicos rasgos de genial virtud.
El tiempo ha destruido sus vestigios
en tanto que se escucha todavía
como una voz de horror y de agonía,
de anatema a la infame esclavitud.

Allí con sangre de inocentes víctimas
templo al amor y a la piedad se eleva;
do la voz de matanza sonó, lleva
el eco la armonía de la oración.
Y por aquella altura dominado
un valle extenso que el Camú fecunda.

(2) NA.—Piedra.

se alcanza a ver, do el castellano funda
 el fuerte colonial La Concepción.
 Sobre éi alzó sus torres altaneras
 una ciudad alegre, populosa,
 que entre el polvo y en ruinas hoy reposa,
 presa de un cataclismo sin igual.
 Y —móvil aún la tierra que la cubre—
 la incierta planta se hunde en el escombro,
 do contempla el viajero con asombro
 Las Tembladeras de la Vega Real.

La tradición nos cuenta que allí mismo,
 en el bosque vecino, es que se escucha
 el siniestro alarido de una lucha,
 ayes confusos que cruzando van;
 y es allí que una voz acongojada
 “¡venganza, perdón!”, grita al pasajero
 y en la noche, en el eco lastimero,
 “¡venganza!” clama con perenne afán.

Esa es la voz de la olvidada tumba
 de la adúltera esposa del guerrero
 que el arco audaz blandió contra el acero
 del rudo y vil conquistador después.
 Y así de Dios la poderosa mano
 desgracias tantas sin cesar aumenta
 en la tierra infelice y opulenta
 del heroico cacique Guarionex.

Guarionex es la segunda de las Fantasías en extensión. Posee un fondo histórico originado en la Historia de las Indias de Bartolomé de las Casas. En diversas oportunidades, Las Casas se refiere a las injurias y malos tratos que recibieron el cacique Guarionex y sus súbditos de los españoles y especialmente a los agravios inferídoles en la persona de su mujer. (Historia de las Indias, edición del Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 1965, México, tomo I, en particular páginas 448 y 452). El poeta desde luego adorna los hechos con su fantasía y personifica y da nombre a los protagonistas del drama. Al contrario de lo que afirma Las Casas, pinta a Guarionex con marcial apostura cuando, según dice el dominico, era de natural pacífico y concilia-

dor, lo que no le valió sin embargo para evitar su aciaga suerte. En efecto, Guarionex pereció ahogado mientras se le trasladaba a España después de tres años de duro cautiverio en Santo Domingo.

La relativa atadura histórica de Guarionex gravita sin duda para dar a la Fantasía una más caracterizada índole épica y a veces las exigencias propias de la narración sustraen el verso de José Joaquín Pérez del acento lírico que le era más favorable. Por eso, Joaquín Balaguer, que considera esta composición como "una de las de mayor fuerza descriptiva y de fondo más intensamente dramático" señala sin embargo como pasajes que en su opinión podrían amoldarse a la prosa los siguientes del apartado VII del poema:

Quince mil combatientes en el bosque
frente al baluarte Concepción dominan
al castellano, que temiendo vela
y horrible plan de destrucción medita.
Bartolomé Colón, que allí gobierna
el frente de una hueste reducida,
en una noche a Guarionex asalta,
sus falanges dispersa y acuchilla,
y aquel cacique noble que, confiado
en su poder y en su valor, dormía,
cae prisionero del contrario bando
que cruel suplicio a soportar le obliga.

.....

Temiendo está Bartolomé que aquella
raza indomable se levante altiva,
a rescatar al prisionero, y triunfe
siendo ya más prudente y previsiva;

.....

En Guarionex José Joaquín Pérez utiliza el conflicto amoroso para poner de relieve el choque entre las dos razas y en eso es fiel a un recurso de puro cariz romántico cuyo ejemplo sobresaliente fue el Tabaré de Zorrilla de San Martín.

TOELLA *

Reclinada muellemente
en una frágil canoa
que empuja blanda corriente,
iba la hija inocente
del cacique Cayacoa.

De palmas verde dosel
templa del sol los rigores,
y su sien fragantes flores
ciñen, cual símbolo fiel
de sus primeros amores.

Grupos de lindas indianas
dulces areitos le entonan,
mientras se miran lejanas
ya las nieblas que coronan
las colinas quisqueyanas.

Cerca se ostenta, ceñida
de incomparable verdura,
isla a Toella querida
donde va a pasar su vida
entre placer y ventura.

* NA.—Nombre indígena de la isla Catalina.

Pero casi ya al tocar
a su encantada ribera,
en los abismos del mar
se ven las olas chocar
en confusión ruda y fiera.

Y ante el empuje violento
los tripulantes en vano
luchan con heroico aliento:
todo, en tan fatal momento,
lo sumerge el oceano.

Y en tantísimo abandono,
con la náufraga piragua
halla su tumba en el agua
una heredera del trono
del cacique de Iguayagua...

Cuando el cuerpo de Toella
llevó a la isla una ola,
se erigió a la indiana bella
una tumba que descuella
en aquel desierto sola.

Allí saluda el viajero
su vaga y doliente sombra;
por eso a esta isla primero
Toella el indígena nombra.

Dice Manuel de Js. de Peña y Reynoso acerca de Toella:

“La cuarta leyenda, Toella, es la sencilla explicación de la etimología del nombre indígena Toella, que los primitivos pobladores del país daban a La Catalina, una de nuestras islas adyacentes. Esta sencilla explicación consiste en la animada historia del naufragio de una virgen indiana...”.

LA TUMBA DEL CACIQUE

Sobre la tumba del guerrero llora
la vestal de los templos de Quisqueya,
y en su lágrima ardiente y tembladora
ya la luz del crepúsculo destella.

El trono de un cacique era su asiento;
ceñían su arco las triunfales flores,
cuando un conquistador, de oro sediento,
quiso hacer siervos los que halló señores.

Del Zemí ante el altar postrado un día,
al resplandor de luz fascinadora,
vio un genio del Turey que le decía:
—“¡Noble cacique! por tu patria llora. . .

De otros climas vendrá con hierro y fuego
para diezmar tus tribus inocentes,
turbando con la guerra su sosiego,
falange inicua de implacables gentes”.

Y hoy la raza feliz y predilecta
de los ciguayos sin temor reposa,
en miserable condición abyecta,
sometida a una ley ignominiosa.

Padre Louquo: si el duelo empapa en llanto
la mejilla que el beso del sol quema,
sobre el sepulcro del guerrero en tanto
el indio grave misterioso emblema.

¡Emblema de exterminio y de venganza;
siniestro augurio del poder que un día
lance al fondo del mar, con fe y pujanza,
al que hoy celebra su sangrienta orgía!

Sacerdotisas de la grey esclava:
¡llorad sobre la tumba del guerrero
que ayer blandiera la potente clava
por redimirnos del poder ibero!

Monótono el tambor el eco lance
al son de vuestro areito quejumbroso;
y de las sombras en el reino alcance
para su alma el inmortal reposo.

La Tumba del Cacique por el número de versos es la más breve de las Fantasías. Como se advierte, carece de nudo dramático limitándose a ser una elegía por los caciques que perecieron en las luchas de la conquista. El clima lírico no está así comprometido. Dice Manuel de Js. de Peña y Reynoso:

“La quinta, La Tumba del Cacique, viene a ser una sentida elegía escrita sobre la tumba de todos los caciques de la isla; de todas aquellas nobles e inocentes víctimas de la nueva civilización. No hay en ella una sola estrofa, un solo verso que deje de corresponder al asunto”.

EL VOTO DE ANACAONA

Esbelta, como junco de la orilla
de Ozama rumoroso, y sonrosada
como esos caracoles que tapizan
el extenso arenal de nuestras playas;

por finas plumas de variados tintes
las sienes levemente acariciadas,
y de perlas y conchas carmesíes
moviendo el cuello entre radiantes sartas;

con primor exquisito elaborado
un flotante cendal de hilo de palma
ciñendo el talle, al recorrer los campos
de su tierra feliz y codiciada. . .

Tal es la digna esposa del valiente
e indómito cacique de Maguana;
¡paloma tropical que el ala tiende
y del águila el nido amante guarda!

Su mirada es de luz y amor; su areito
eco dulce del valle y la montaña,
preludio del laud de ocultos genios
que el aire pueblan cuando asoma el alba.

Todo es perfume si su labio mueve,
y aliento de su voz le presta al aura;
todo es contento si, al pasar, le ofrece
sus sonrisas al indio en su cabaña.

Ella ignora que vive para reina;
y de Caonabo en la robusta espalda,
si al cinto —en conchas incrustado— cuelga
y ata, sonriendo, la flechera aljaba;

si el arco besa que al guerrero brinda
y él, con cariño, su cintura enlaza;
¡eso es cuanto su anhelo solicita,
eso tan sólo a su ambición le basta!

Cervatilla que rápida y alegre
por colinas de flores cruza ufana,
sin saber que las ondas de un torrente,
ya descarriado, por el monte saltan.

Así de la inocencia en el sendero
siempre venturas encontró su alma;
pero ¡infeliz! ignora que muy presto
del bronce al estridor la muerte avanza.

II

Tronco inflexible de robusta ceiba,
que oculta al cielo azul con su ramaje,
sostiene un trono de bambú que cercan
festones y guirnaldas de azahares.

Humo leve el dosel perfuma y forma
nubes que saca jugueteando el aire
de urna esculpida de luciente concha
del culto entre simbólicas imágenes.

Presto, al sonar del tamboril, la gruta
del sacrificio que a sus dioses lares

destina el indio, numerosa turba
del cacicazgo con fervor invade.

Y viene la gentil Anacaona,
sacerdotisa del Turey, ya madre
de la bella, sin par Higuamota,
a quien pendiente de su seno trae.

El aire se ensordece al timbre agudo
de voces infantiles y timbales
con que, en torno a su reina, rinden culto
del indio de Maguana las falanjes.

Ella llega al altar; férvida entona
areito misterioso; a su hija hace
la urna besar, porque el fragante aroma
del alma ahuyente los futuros males.

Todos a Higuamota, indiana virgen,
frutos de rojo y de dorado esmalte,
en cestillos de juncos y de mimbres,
ofrecen, de su amor en tierno gaje.

La hija del cacique armipotente
y "señor de la casa de oro", (1) afable,
la ofrenda mira y aceptar parece
del pueblo de su reina el homenaje.

Y al punto, cual la verde enredadera
de lianas que a un palmar el viento atrae,
asidas de la mano, en diumba aérea,
vienen grupos de indígenas vestales.

Cantan, y el beso maternal recibe
la bella Higuamota, mientras se hacen

(1) NA.—El nombre de Caonabo significa "Señor de la casa de oro".

votos al cielo, que en la frente imprime
de aquel ángel su luz dulce, inefable.

III

Llora la reina de Maguana en tanto
la ausencia de su amor, y en los clamores
del cantar, por la selva, —“¡Ven, Caonabo!”—
parece que una voz murmura entonces.

¿Do está el guerrero de la invicta raza
a cuyo soplo de huracán veloce,
como mangles flexibles, se arrastraran
de bravos adalides las legiones?

¡Oh! Por el valle, cual lejano trueno
de nubes mil en iracundo choque,
rápidos vienen los confusos ecos
a dar triste compás a esas canciones.

Y es que el guerrero en la batalla el arco
templa, retando a la feroz cohorte
del aleve invasor de clima extraño
que Guacanagarí, débil, socorre.

Ya del templo resuena en los umbrales
pavoroso el cercano son del bronce,
y a dejar solitarios sus altares
la inquieta multitud ya se dispone;

mas, cual presa de un súbito delirio
de patriótica fe y amor, entonces,
—la frente levantando de improviso,
donde brillan del genio los fulgores—,

de Caonabo la fiel y digna esposa,
su hija arrancando de su seno, corre,
y del trono en el ara la abandona
como holocausto que al destino opone.

—“¡Indianos —dice— si al postrer suspiro
del padre de la luz, los opresores
de mi raza no caen... el sacrificio
acepten de mi hija nuestros dioses!...”.

Pasan instantes en mortal angustia...
Y ya —en vez de fatídicos clamores
del combate— los víctores anuncian
estrageo y ruina en los vecinos montes.

Luego... Caonabo, en el altar postrado,
ceñido el arco de triunfales flores,
de Anacaona en los amantes brazos
¡a su hija salva y su poder impone!...

Entre la versión del manuscrito de 1876 y la de la primera edición de 1877, que es la que ofrecemos, se comprueba el cambio de cinco versos, a saber:

1º—El primero de la segunda estrofa decía:

Por purísimas plumas de albos cisnes
en vez de
Por finas plumas de variados tintes

2º—El tercero de la misma estrofa decía:

y de rojos corales y rubíes
en vez de
y de perlas y conchas carmesíes

3º—El primero de la tercera cuarteta decía:

Del indígena arte elaborado
en vez de
Con primor exquisito elaborado

4º y 5º—Por último, el primero y el segundo de la novena cuarteta decían:

Ligera cervatilla que el pie breve
por colinas de flores lleva ufana

en vez de

Cervatilla que rápida y alegre
por colinas de flores cruza ufana

Todas las variantes fueron sin duda afortunadas por más de una razón y contribuyeron a perfeccionar definitivamente el poema.

Los más numerosos y favorables votos entre las composiciones de las Fantasías Indígenas los ha obtenido El voto de Anacaona. "Grandioso relieve escultórico" expresa Pedro Henríquez Ureña. "Poema de belleza ejemplar y uniforme —manifiesta Joaquín Balaguer— que bastaría por sí solo para mantener en torno al nombre de su autor un aura de popularidad iluminada".

En realidad, las cualidades características del endecasílabo de José Joaquín Pérez alcanzan en El voto de Anacaona niveles sobresalientes. El verso se despliega con naturalidad exenta al parecer de artificio y acarrea en alto grado sustancialidad estética debido a la imagen y al ritmo. En un intento de explicar estos extremos hemos dicho: "...Pero grado de exquisitez notoria alcanza (el endecasílabo) en la descripción de Anacaona al comienzo de El Voto de Anacaona. La suave rima de los endecasílabos asonantes armoniza con el ritmo sosegado que definen los acentos principales, siempre sobre palabras que, gracias a ellos, destacan el significado a cuyo efecto concurren: esbelta, junco, orilla, rumoroso, sonrosada, caracoles, tapizan, arenal, playas:

Esbelta, como junco de la orilla
de Ozama rumoroso, y sonrosada
como esos caracoles que tapizan
el extenso arenal de nuestras playas.

O produce la sensación de graduada movilidad por idéntica causa el ritmo de los dos endecasílabos siguientes, el primero de doble acentuación predominante, por lo cual adquiere la cadencia animada del movimiento descrito en el próximo, y éste, con el acento principal sobre el adverbio "levemente" que por anteceder a "acariciadas" introduce dentro de lo semántico y auditivo un efecto de perceptible sosiego:

Por finas plumas de variados tintes
las sienes levemente acariciadas".

Observaciones similares las soportan todos los endecasílabos de El Voto de Anacaona en mayor o menor medida.

Todo es perfume si su labio mueve
y aliento de su voz le presta al aura

.....

Tronco in lexible de robusta ceiba
que oculta al cielo azul con su ramaje

.....

Humo leve el dosel perfuma y forma
nubes que saca jugueteando el aire

.....

frutos de rojo y de dorado esmalte

.....

Y al punto, cual la verde enredadera
 de lianas que a un palmar el viento atrae

En resumidas cuentas, parece puede decirse que El Voto de Anacaona es uno de esos casos no frecuentes en que el instinto poético logra aunar los recursos del arte, en cuanto éste es técnica, con la sutil intuición que permite develar en el verso el secreto de la sustancia estética subyacente en el significado y la articulación de la palabra. No es poco lo que contribuye a ello la suave musicalidad de la rima que se debe a la doble asonancia con vocablos graves en cada estrofa, procedimiento que, por primera vez, pone en práctica José Joaquín Pérez.

El vestigio de verdad histórica que contiene esta Fantasía se reduce a la mención de la hija de Anacaona, Higuamota, bella india que para 1498, provoca la pasión del español Fernando de Guevara, episodio que refiere Las Casas (Tomo II, págs. 143, 144). Esto indica que para la época en que Caonabo, esposo de Anacaona, hacía la guerra a los conquistadores, o sea varios años antes (1493), ya Higuamota había dejado de ser la pequeña criatura a quien su madre pudiera traer pendiente de su seno como se describe en el poema.

LA CIBA DE ALTABEIRA *

(La Piedra de la Virgen)

Diáfano, azul, va corriendo
entre blancos pedregales,
y llevando en sus raudales
silvestres flores al mar,
el Nigua —que los dominios
de un cacique altivo baña,
terror de la cruel España,
noble y valiente sin par.

Cuando el indiano tranquilo
reposaba en su su canei, (1)
tejiendo del savorei
el blanquísimo vellón;
y acudía de otros climas
con saqueo, incendio y guerra,
a profanar esta tierra
advenediza legión;

a la margen de ese río
una bellísima indiana,

(*) NA.—Los indios, después de la conquista, llamaban Altabeira a la madre de Dios.

(1) NA.—Choza o caserío indio.

de la tribu de Maguana
la más admirable hurí,
habitaba placentera,
sin cuidados ni temores,
como entre aromas y flores
el errante colibrí.

Eran lánguidos sus ojos
cual de gacela del valle;
ágil y esbelto su talle
como palma de yarei;
pero nunca aquella virgen
tuvo su ilusión primera
doblando su alma altanera
del amor ante la ley.

Sólo a la luz del santuario
del bosque, al Zemí, en sus lares,
los areitos populares
cantaba con efusión
y a las ofrendas del culto
consagrando sus desvelos,
sentía la luz de los cielos
inundar su corazón.

Ella tenía el vago
presentimiento del día
en que su raza sería
sumida en esclavitud,
y, cual víctima propicia
de su piedad, la primera
en holocausto quisiera
inmolar su juventud.

Una mañana preciosa
en que, al pie de una colina,
llenó de agua cristalina
el rústico canarí, (1)

(1) NA.—Vasija de barro.

cuando mecía un tamarindo
sus leves hojas al viento,
un dulce y extraño acento
oyó resonar allí.

A huir tímida se apresta
pero algo turba su planta;
y cuando absorta levanta
los ojos, delante ve,
sobre una piedra del río,
resplandeciente y hermosa
una visión portentosa
que le inspira ardiente fe.

II

—“Oye, indiana —le dice— desde el cielo
tu vida contemplé: ¡pura es tu alma!
En tu ferviente religioso anhelo
del bien supremo alcanzarás la palma.

“Yo sé que es tu pasión y tu delirio
víctima ser por redimir tu raza;
nada hay grande en el mundo sin martirio;
¡tu dulce nombre al porvenir enlaza!

“Yo soy la Virgen que llevó en su seno
al Dios de los cristianos: ¡cree y espera!
Y el perdón de ese Dios piadoso y bueno
obtendrás de tu vida en la carrera”.

III

La visión desaparece
y con inefable luz
los ámbitos se iluminan
del inmenso espacio azul.

Queda la indiana en un éxtasis
de hinojos en oración,
ornada la altiva frente
de misterioso esplendor;

y oye cantos rumorosos
de indefinible placer;
y ve espíritus que cruzan
las regiones de un Edén.

Desde entonces por aquellos
campos la llaman :—“de Haití
la Virgen predestinada
a su raza redimir”.

IV

Peregrinando por esos montes
tribus indianas sin rumbo van;
las lleva el soplo del hado adverso,
porque han perdido su libertad.

Del arijuna legión potente
para imponerles su religión,
cautivo el rayo trae en el seno
del bronce airado y atronador.

Pero un día llega, y en el santuario
del Zemí agrupa toda su grey,
Caonabo, el indio más indomable,
que en ella ejerce vasto poder.

Allí al sagrado buitio consulta
y, al eco ronco del atambor,
oye el oráculo que le presagia
cercano el día de redención:

si casta virgen que en su almo espíritu
de Louquo encierre la pura luz
al Zemí ofrece, con la existencia,
el sacrificio de su virtud...

V

Ceñida de esplendores
la frente, avanza trémula,
y como poseída
de inspiración profética,
oyendo aquel augurio
del misterioso oráculo,
la encantadora virgen
del Nigua y con voz dulce,
sonriendo, en vago éxtasis,
entona fervorosa
este solemne cántico:

“—Yo soy la destinada
para ofrecerme víctima
propicia y redentora
del oprimido indígena.
Yo soy la digna sierva
del poderoso espíritu
que del Turey descende;
la que escuchó el profético
mandato de Altabeira
sobre la ciba rústica;
y quiere que allí mismo
al trono de los mártires
ascienda yo —en alas
del fuego— hasta el emperio,
para romper los lazos
del cautiverio indígena”.

VI

En una piedra que las ondas bañan
 del Nigua con estrépito sonoro,
 cuando la aurora con sus rayos de oro
 los montes inundaba de esplendor,
 el buitio —noble anciano predilecto
 de aquella tribu indígena— encendía
 la hoguera ardiente do inmolar debía
 la víctima ofrecida al patrio amor.

Bellas guirnaldas de fragantes flores
 la frente inmaculada le coronan
 y cantares melódicos entonan
 mil vírgenes en torno a la deidad,
 quien, sonreída y con placer avanza
 del sacrificio a la sagrada pira,
 donde aquel ángel redentor admira
 con su hermosa y serena majestad.

Cuentan que allí también la turba atónita
 vio bajar la visión resplandeciente
 y cubrir a la víctima inocente,
 que exclamó así con fervoroso ardor:
 —“¡Altabeira, recibeme en tus brazos
 redimiendo mi tribu pecadora
 y del Turey la gracia bienhechora
 inspírale al tenaz conquistador!”.

VII

Desde entonces aquella blanca piedra,
 que el fuego casi calcinó, en su historia
 de un noble sacrificio la memoria
 debe siempre en los siglos perpetuar;
 y puede aún el viajero que atraviese

del Nigua los desiertos pedregales,
besada por sus rápidos raudales,
la Ciba de Altabeira contemplar.

El inocultable gusto romántico por el misterio, los presagios y los poderes sobrenaturales, esto es, por todo lo que estuviera más allá de la realidad inmediata, se hace presente en esta Fantasía, en la cual el cariz épico armoniza con un suave lirismo.

Llama la atención el apartado V del poema en el cual el concierto eufónico de los versos descansa exclusivamente en terminaciones esdrújulas alternadas.

GUACANAGARI EN LAS RUINAS DE MARIEN

...“Guacanagari, agobiado por el peso del remordimiento, lloraba inconsolable su falta de previsión sobre las ruinas de su ciudad querida, y buscaba en la espesura de los bosques un asilo contra el odio de los extranjeros y el desprecio de sus conciudadanos”.

J. G. García.—Memorias para la Historia de Quisqueya”.

¡Cómo yace entre escombros solitaria
mi opulenta ciudad, en donde un día
de la invicta Marién la tributaria
grey a mis plantas con amor veía!

Allí mi alcázar cubre la ceniza
y sangre de mi raza generosa,
que se vertiera en furibunda liza,
mancha el santuario do el Zemí reposa.

Cómplice incauto del poder protervo
que en el nombre de Dios amor mentía,
llorando vivo como oscuro siervo
cuando dueño de todo me creía...

Las diumbas en las rústicas cabañas
por las zambras troqué del extranjero,
y el arco triunfador por las extrañas
y alevés armas de cortante acero...

En vez de los areitos melodiosos
de mis bellas, purísimas vestales,
escuchaba los cantos vergonzosos
de nocturnas y torpes bacanales...

Ví inmolar uno a uno —a la execrable
ambición de esa turba— mis hermanos,
y la horca, de vidas insaciable,
yo levantaba con mis propias manos...

La tumba con horror hoy me rechaza;
todo lo mancho con mi impuro aliento;
mi nombre es la ignominia de mi raza;
mi existencia es un cruel remordimiento...

¿Adónde iré a ocultarme? Por doquiera
me sigue mi traición. “¡Traidor!” me grita
la voz de esos escombros lastimera;
“¡traidor!” el viento que la selva agita...

Cada sombra anatema vil me lanza;
cada luz me parece un vasto incendio;
cada ruido, un combate; una asechanza
veo doquier para infame vilipendio...

¿De qué ya sirve mi vivir precario?
¿Y qué alcancé de mi ambición tan necia?
Me aborrece el inicuo victimario...
La víctima infelice me desprecia...

¡Adiós, bella ciudad de mis amores,
escombros que sepultan mi grandeza,
donde al lado de mis progenitores
no voy a reclinar ya mi cabeza!

Ellos también levantarán su frente
del polvo del sepulcro destrozado,
pidiendo maldición con voz doliente
para quien su memoria ha profanado...

¡Piedad, sombras, piedad! Yo fui el verdugo
de esa raza infeliz que os veneraba
y hoy, ante el peso del terrible yugo
de mi conciencia, mi existir acaba...

Yo voy al fondo de la selva umbrosa,
solitaria mansión de los que gimen,
a cavar con mis lágrimas mi fosa
en expiación de mi tremendo crimen...

Dos variantes se advierten entre el manuscrito de 1876 y la primera edición de 1877. El segundo verso de la primera cuarteta originalmente decía:

mi ciudad opulenta, donde un día

En la cuarta cuarteta, en el último verso, se cambió el adjetivo viles por alevos para que el verso dijera:

y alevos armas de cortante acero.

La crítica ha seleccionado siempre a Guacanagarí en las Ruinas de Marién como una de las mejores Fantasías. "Espléndido monólogo, en el cual se presiente al dramaturgo romántico" la llama Pedro Henríquez Ureña.

Vale la pena señalar cómo una vez más, a igual que a lo largo de toda su obra poética, la devoción de José Joaquín Pérez a la naturaleza se muestra en su evocación de la selva en los dos primeros versos de la última cuarteta, con las cuales la compara a una "solitaria mansión".

Yo voy al fondo de la selva umbrosa,
solitaria mansión de los que gimen,
.....

La benévola acogida que dispensó a Colón, en su primer viaje, la mantuvo el cacique Guacanagarí después del sangriento episodio de exterminio de la guarnición dejada por el Descubridor en la célebre fortaleza de la Navidad, probablemente porque el indio estaba empeñado en demostrar que no había tenido culpa de lo sucedido.

Pero esa actitud la extremó con posterioridad al despiadado inicio de la conquista hasta el punto de que Las Casas, que en oportunidades alaba su bondad, no se exime de calificarlo de traidor (págs. 404-05 de la edición citada de su Historia).

Solidarizándose con aquel calificativo José Joaquín Pérez interpreta en esta Fantasía el torturante remordimiento del desventurado cacique indígena de cuyo destino final no guarda testimonio la Historia.

VAGANIONA *

I

El indio de la montaña
oye a veces en el viento
profundísimo lamento
que cruza la soledad;
y en el rústico canei,
que cubre nocturna sombra,
algo fatídico nombra,
cual nuncio de adversidad.

Es que canta en la espesura
la doliente Vaganiona,
cuando la tumba abandona
do la encerrara su amor.
Es su alma cándida y pura,
que en un ave convertida
de la historia de su vida
cuenta el intenso dolor.

II

Vaganiona era una virgen
de los valles de Maguana,
flor de una sola mañana,

* NA.—Ave que canta en la noche, y cuyo trino doloroso parece que es un lamento de su desgracia.—W Irving.

la más bella del pensil.
Inocente como el ángel
soñador de la esperanza,
que va con dulce confianza
del mundo en las redes mil.

Cuando salía con el alba
a trepar por las colinas,
y de flores campesinas
ornaba la casta sien,
¡le formaban coro alegre
los matinales rumores,
y los pájaros cantores
de su predilecto Edén!

Pero nada es comparable
a la voz de Vaganiona,
si su dulce areito entona
en la agreste soledad.
Es su canto un ritmo aéreo
de vaga melancolía,
es celestial melodía
de infinita vaguedad.

Vaganiona era la hija
de un nitaino tributario,
que el opulento santuario
de su Zemí protector,
tenía en perfumada gruta
circuída de altos palmares,
do la brisa de los mares
producía grato rumor.

Un día en que el magüei (1) sonoro
la tribu al templo llamaba
do el nitaino celebraba

(1) NA.—Instrumento en forma de pandero hecho con la concha de un pez.

de Vaganiona el natal,
y las vírgenes de Ocoa (2)
dulces ofrendas de amores
en cestas de lindas flores
le venían a consagrar,

el buitio, que de la suerte
penetra en la sombra oscura,
a Vaganiona le augura
el incierto porvenir.
—“Serás —le dice— la hermana
del avecilla canora
que ha de cantar en la hora
en que va el sol a morir”.

Todos callan y confusa
la muchedumbre se inclina;
nadie el sentido adivina
de la oscura predicción.
Y a una señal del nitaino,
la vertiginosa diumba,
del tamboril que retumba
indica el creciente son . . .

III

Un día llega en que la virgen
de las márgenes de Ocoa
no recorre las colinas
de la selva rumorosa,
ni con guirnaldas de flores
la cándida frente adorna,
ni da al aura sus cantares,
cuando el alba tornasola
las nieblas de la mañana,
mensajeras de la aurora.

(2) NA.—Río del sur.

En su cabaña la tarde
 la sorprende silenciosa,
 palidecen sus mejillas,
 cubren su frente las sombras,
 y su sueño es intranquilo
 porque cada leve hoja
 que sacude el soplo errante
 de la noche, la acongoja,
 fingiéndole una plegaria
 de tristísima memoria.
 ¡Ay, es que un amor perdido
 la inocente Vaganiona
 en el fondo de su alma
 recuerda infeliz, y llora!

Hubo un tiempo en que cruzaba
 por valles, riscos y lomas,
 oyendo del dulce Guaima
 las palabras seductoras,
 pero llega infausto día
 en que la planta invasora
 del arijuna profana
 las flores de nuestra zona,
 y el indio —que en los combates
 ve las huestes numerosas—
 por defender sus derechos
 los hogares abandona.

De Guaima aguza las flechas
 la sensible Vaganiona,
 de flores orna su arco,
 y estampando cariñosa
 un beso en su frente altiva,
 bélicos himnos le entona,
 señalándole la senda
 “¡de la muerte o la victoria!”.

Pero Guaima tiene un alma
 intrépida y valerosa,

que templó la fragua ardiente
del sol de la índica zona,
y ciego se lanza al campo
del bronce a la airada boca,
y —sin temor al peligro—
la contraria hueste acosa.
Empero, al último empuje,
cuando vuela a la victoria,
el plomo aleve y certero
el corazón le destroza,
y cae el audaz guerrero
de su tribu prez y honra,
¡y entre sus labios expira
el nombre de Vaganiona!

IV

Desolado está el hogar
donde, triste y solitaria,
al son del eco del mar
Vaganiona iba a lanzar
melancólica plegaria.

Era una tarde: sombría
la niebla en el horizonte
al sol la frente escondía;
y la tórtola gemía
en la soledad del monte.

De dos encinas frondosas
cuelga una hamaca, tejida
de varias plumas vistosas,
por las auras rumorosas
de la selva remecida.

Sola allí una virgen lanza
apenas un leve aliento,
mientras a escuchar alcanza

como un eco en lontananza
de agudísimo tormento.

Es la infeliz Vaganiona
que la fragancia respira
de las flores de su zona
y a quien allí se abandona
porque su alma al cielo aspira. (1)

Cayendo la sombra va
de lo alto de la montaña,
y envuelve la noche ya
al indio que triste está
al umbral de su cabaña.

Legión de lindas vestales
predilectas del Turey,
con flautas y con timbales
los areitos funerales
cantan de la indiana grey.

Y al fondo del bosque umbroso,
que antorchas mil iluminan,
para buscar se encaminan
el cadáver, que al reposo
de los sepulcros destinan.

Pero ¡ay, en vano! La nada,
el implacable vacío,
en vez de su sombra amada
sólo le muestra el buitío
a la turba consternada.

Y en el espejo ramaje
de la encina corpulenta
algo triste el eco alienta:

(1) NA.— Práctica que —según la tradición— tenían los aborígenes de abandonar a los agonizantes en el bosque para que sus almas se extasiaran en el ramaje de los árboles antes de emprender su viaje a las regiones del cielo.

es el fúnebre homenaje
de un ave que se lamenta.

Cumplida todos creyeron
la sagrada profecía
que del oráculo oyeron
de Vaganiona en el día,
y que nunca comprendieron.

.....

Desde entonces se le nombra
Vaganiona al ave errante
que —cuando el sol vacilante
envuelve nocturna sombra—
lanza su trino expirante.

Y si insomne el indio vela
en su choza solitaria,
ese canto su alma hiela,
porque algo triste revela
Vaganiona en su plegaria.

Vaganiona contiene una verdadera Fantasía, en toda la extensión del término, pues el poeta teje sobre una simple referencia del escritor romántico norteamericano Washington Irving acerca del ave nocturna así denominada una trama legendaria de indudable lozanía lírica.

El apartado III de Vaganiona lo señala Hostos como muestra de la especial aptitud de José Joaquín Pérez para el manejo del romance. (Lo que no quiso el lírico quisqueyano, Revista Ilustrada, número 24, julio de 1900, Santo Domingo).

El verso de Vaganiona es armonioso en su simplicidad y concuerda con el clima legendario del poema.

EL ULTIMO CACIQUE

“Cotubanamá, llevado a Santo Domingo, murió ahorcado, y con él concluyó la última resistencia de los indígenas”.

Dr. A. Llenas.— Apuntes Históricos de Santo Domingo.

Nebuloso el crepúsculo vertía
del ocaso —en su trémulo oscilar—
tibios reflejos de la luz del día,
como postrera y lánguida agonía,
sobre las ondas del cerúleo mar;

cuando rústica, indígena piragua,
donde reina perenne confusión,
va dividiendo con empuje el agua,
dejando atrás las costas de Iguayagua,
cual rápida, fugaz exhalación.

Tienen algo siniestro las miradas
de los que en ella amontonados van,
y —al horizonte sin cesar clavadas—
de una isla las costas vislumbradas
devoran con creciente vivo afán.

¿Quiénes son los que así, desheredados,
de su tierra natal, su patrio edén,
lanzándose a la mar desesperados
se ven a los peligros condenados
en pos quizás del inseguro bien?

II

Bajo las palmas enhiestas
del bosque, al vago rumor
de ese concierto sublime
con que saludan a Dios
la agreste naturaleza
y el humilde corazón,
en indolencia apacible,
sin cuidado ni temor,
la hamaca de leves plumas
en su rústica mansión
colgaba el indio inocente
de Iguayagua habitador.

Era esa tribu temida
de Quisqueya en la extensión,
por su indómito coraje
si tendía el arco veloz
cuando al combate llamaba
del lambí (1) guerrero el son.
La tumba de Cayacoa,
del opulento señor
que en lides mil el primero
fundó su dominación,
siendo del feroz caribe
el constante triunfador,
cantos de gloria perennes
recibía en ovación,

(1) NA.—Caracol grande que produce un sonido monótono y prolongado.

como una eterna memoria
de su inquebrantable ardor.

Cotubanama, el guerrero
de gran prez, al que "el feroz"
apellidaba el intruso
e inicuo conquistador,
el trono de los caciques
ocupaba en la región
vasta y rica de Yguayagua,
paraíso seductor,
sagrado y último asilo
que codicia el español.
Ya doquiera las legiones
de Guamiquina (2), en veloz
y exterminadora marcha,
su fatal dominación
imponen al pobre indígena,
que a la virgen de su amor
ve en brazos de aleve monstruo,
mientras el látigo atroz
cruza su espalda, y la tierra
se inunda con su sudor.

La fortaleza de Higüey
formidable posición
había caído al empuje
del indígena valor;
y sus ruinas incendiadas,
su vasta desolación,
eran silenciosa tumba
del castellano opresor.

III

El vértigo tenaz de la venganza
cegaba al español; sangre quería

(2) NA.—Jefe superior, nombre que los indígenas daban a Colón.

para saciar su sed; raudales de oro
para hartar su famélica codicia.

Y así jamás tan formidable hueste
se vio en el campo del combate unida
como aquella que al último cacique
a arrebatarle sus regiones iba.

Allí Esquivel, el poderoso esbirro
del implacable Ovando, conducía
las hordas, de Maguá conquistadoras,
y de Marién la tribu envilecida.

Coronas mil de fuego en un instante
las cumbres de los montes iluminan
señal de alarma que —cual rayo— cunde
en toda la extensión que el indio habita.

Cotubanamá, al resplandor siniestro
de esas llamas, sus campos recorría;
y el *Igi aya bongbé* con estentórea
voz por doquiera resonando iba.

Allá en el corazón de ocultas selvas,
en cavernas profundas y escondidas,
el sexo débil y la infancia hallaron
albergue contra la tremenda ruina.

¡Qué de sangre sorbió la ávida tierra!
¡Cuántos huesos poblaron las campiñas!
¡Qué furor de matanza dominaba
a aquellas hienas, del Turey malditas!

Sólo quedaba ya, como recuerdo
de aquella raza poderosa, invicta,
el héroe de Iguayagua que en los campos
de Boyá, casi solo, resistía.

Pero la gloria no encontraba lauros
para ornar esa frente noble, altiva,
allí donde erigiera un día el destino
“la tumba de los últimos indígenas”. (1)

El héroe en vano presentó desnudo
el pecho a las ballestas enemigas
y, antes que sucumbir cual siervo, emprende
su retirada a inaccesibles cimas.

Aliento aún sobra al adalid, e intenta,
rodeado de su corte y su familia,
sustraerse al furor de los que triunfan,
e ir a poblar una desierta isla.

Cruza animoso los sangrientos campos
de su amor y poder llenos un día,
y que riegan sus lágrimas ahora
en cruelísima eterna despedida.

Y al llegar a la playa, cuando toca
ya su pie la piragua bendecida,
matando a dos perseguidores, salva
su existencia, su honra y su familia.

Y esa es la embarcación que rauda cruza,
cuando la luz crepuscular vacila,
hacia la costa —adonde presto llega—
que a la desgracia salvación le brinda.

IV

En esas verdes montañas
que al nítido azul del cielo
ofrecen diáfano velo
de alba niebla matinal,
hay una gruta que encierra

(1) NA.—Javier Angulo Guridi.— Geografía de la Isla.

la postrer página escrita,
donde el recuerdo palpita
de una infamia sin igual.

Allí el último cacique
halló un refugio a la saña
con que hundió el poder de España
de su raza el porvenir;
allí a ocultar fue los restos
de su perdida corona;
y allí a la fe se abandona
de poder libre morir.

En esa gruta resuenan
los areitos populares
con que, en rústicos altares,
su Zemí tutelar,
la esposa fiel del cacique
votos de amor y ternura
en medio a su desventura
quiere siempre consagrar.

A veces Cotubanama
por los altos riscos iba
tras la torcaz fugitiva
o el tímido zorombí; (1)
mientras que sus tiernas hijas
sembraban huertos de flores
y en domésticas labores
pasaban la vida allí.

En la tarde se encendían,
cuando la sombra bajaba,
lucientes hachos de cuaba (2)
y lámparas de copey; (3)

(1) NA.—Pato de varios colores.

(2) NA.—Madera resinosa con que se alumbraban los indígenas.

(3) NA.—Idem. Idem.

y había en la gruta, alumbrada
con fantástica apariencia,
ágil diumba, a la cadencia
del sonoro magüey.

Era una vida felice
para quien ya, solitario,
ve que el destino contrario
lo lanza a la perdición.
Y aquella desierta isla
que nadie profanaría,
seguro asilo sería
en tan ruda proscrición.

V

Dos veces ya Nonún en su carrera
del Turey la región cruzado había,
y en cenizas y escombros por doquiera
su lumbre melancólica vertía.

Era todo gemidos en el viento
que agitaban los rústicos palmares,
cual eco fugitivo del lamento
de los dioses del indio tutelares.

Aún la saña española perseguía
por selvas intrincadas los vestigios
de la raza que mártir sucumbía,
haciendo de maldad raros prodigios.

Nada al odio cedió; y en sus afanes
por destruir, los precedía doquiera
la rabiosa legión de hambrientos canes,
émulos dignos de la raza ibera.

¿Dónde estaba el cacique cuya vida
del vencedor oscurecía la gloria?

¿Y cómo no dejar siempre extinguida
su sangrienta fatídica memoria?

.....

¡Pavorosos designios de la suerte!
¡Sarcasmo horrible de la fe que, ciega,
al hombre nunca en su camino advierte

que a inevitable perdición se entrega!
Esquivel a la playa acude un día,
porque anclada está allí una carabela
que recursos cuantiosos le traía
enviados de la fiel Nueva Isabela. (1)

Dos esqueletos insepultos mira;
junto a ellos, las armas reconoce;
funesta presunción eso le inspira
y saborea de la venganza el goce.

Cruza el mar y en la noche, cauteloso,
la isla cercana con su gente aborda;
va a su frente Juan López, animoso
y digno jefe de la hambrienta horda.

Sorprenden a dos indios vigilantes;
a uno aquel tigre sin piedad degüella;
y en pos del otro siguen anhelantes,
pues la gruta les marca con su huella.

Casi al tocar el codiciado albergue,
do la familia del cacique mora,
hallan un indio que la frente yergue
con expresión siniestra, aterradora.

—“¿Quién eres?” —le pregunta López. —“Soy
Esquivel” (2) —le responde. —“¡El es!” — murmura

(1) NA.—Ciudad construída en la orilla izquierda del río Ozama.

(2) NA.— Según Emil Nau, —en su Histoire des caciques d’Haití— era para los indígenas una señal de amistad y respeto darse ellos mismos el nombre de las personas a quienes tributaban esos sentimientos.

la turba— “¡Rinde el arco!”— “A hacerlo voy”;
y la flecha asestar presto procura.

Juan López, hombre ágil, corpulento,
con el fiero cacique lucha en vano;
hiere a éste un soldado, y sin aliento

cae al punto a los pies del castellano.
Matarle intentan; Esquivel se opone;
para deleite del infame Ovando
prisionero a llevarle se dispone,
aqueste triunfo a su señor brindando.

Mas, ávida de sangre, acometida
de salvaje furor, ebria se avanza
la ruda soldadesca, do reunida
la pobre prole del cacique danza.

¡Para nadie hay piedad! La virgen bella
el fresco labio de purpúrea rosa
siente manchado por la impura huella
del sucio beso de la turba odiosa.

Y así violada, su cadáver rueda
bajo los pies, en el sangriento lodo
do está la madre, que expirando queda,
porque esa hueste lo profana todo.

¡Para nadie hay piedad! Allí doquiera
la muerte erige pavoroso imperio,
en tanto que concluye en la horca fiera
del último cacique el cautiverio.

VI

Adamani (1), la isla desierta y solitaria,
conserva aún de ese drama sangriento la señal:
la Gruta del Cacique, do eleva una plegaria,
doliente y misteriosa, la brisa nocturnal.

(1) NA.—Nombre indígena de la isla Saona.

Aquellas tristes playas, de aspecto peligroso,
visita sólo el náufrago o el pobre pescador,
y si en la gruta alberga, escuchará medroso
de sombras y fantasmas el lúgubre clamor.

Allí insepultos cráneos —que si su mano toca
son ya leve ceniza— podrá en la sombra ver;
y es fácil que su mente le finja, en danza loca,
mirarlos el espacio, fugaces, recorrer.

Aún junto a las grietas —donde silvestres flores
al seno de la gruta su suave aroma dan—
se ven manchas de sangre que nunca, destructores,
los años y los siglos que pasan borrarán.

Que allí en esa gruta, la ignominiosa afrenta
del bárbaro e inicuo, falaz conquistador,
a guerra y cruel venganza hoy otra raza alienta
que es libre y no soporta ya el yugo de un señor.

El Ultimo Cacique tiene un fondo histórico al cual fue bastante fiel el poeta. En este sentido, es la más histórica de todas las Fantasías. El tema es la persecución y muerte del cacique Cotubanamá, cuyas atroces escenas, de increíble crueldad, narra Las Casas como testigo presencial en su Historia de las Indias, páginas 261-70 de la edición del Fondo de Cultura Económica que ya hemos citado. No cabe duda de que recorriendo aquellas macabras páginas el poeta sintió crecer su indignación contra los crímenes de la conquista y eso explica los duros calificativos que se dedican a los conquistadores a lo largo del poema.

De El Ultimo Cacique dijo Hostos que era “una de las Fantasías más bellas de José Joaquín. Relato de un hecho histórico; dibujo de un atleta moral, que simbolizaba todos los anhelos, todas las zozobras, y, al fin, toda la desesperación de una raza perseguida; episodio final del siniestro poema de la Conquista, se ha impuesto al poeta, que le ha consagrado tiempo, espacio, esfuerzo y entusiasmo. En general, es una bella pieza; pero, en general, es una obra malograda”. Esta última aserción la hizo Hostos dolido de que el poeta no se cifiera al romance para su obra, y a fin de confirmar su juicio contra ta los endecasílabos de la iniciación del poema con los octosílabos de su segunda parte.

AREITO DE LAS VIRGENES DE MARIEN

Coro

*Bellas hijas de Elim (1) y del Turey,
el areito de amor al viento dad,
y al son del tamboril y del magüey
aéreas en torno del Zemí danzad.*

I

El momento feliz en que la vida
Louquo potente e invisible creó
la raza de Quisqueya, ennoblecida,
del caos confuso, ante la luz surgió.

Cacibajagua, la caverna ardiente
que guarda en su región Maniatibel (2)
fue la cuna inmortal de Elim luciente,
padre fecundo de la indiana grey.

(1) NA.—El Sol.

(2) NA.—Creían que el Sol había salido de una caverna que estaba en los dominios del cacique Maniatibel.

En ella el germen de la tierra indiana
inmóvil, mudo, mirase flotar,
y un beso de la luz de la mañana
hizo un ser amoroso palpitar.

Convertido fue en árbol, donde el viento
llegó en torno sus alas a batir,
y las hojas nacieron de su aliento
y los campos se vieron sonreír.

Del Turey derramó vaso de aromas
sobre el árbol de vida el Gran Zemí,
y montañas, erial, valles y lomas,
todo se adorna en la naciente Haití.

Coro

*Bellas hijas de Elim y del Turey,
el areito de amor al viento dad,
y al son del tamboril y del magüey
aéreas en torno del Zemí danzad.*

II

Nació de ese árbol, en tan bella hora,
fecunda, esbelta, misteriosa flor,
castísima gemela de la aurora,
hija inocente del primer amor.

Y, a la sombra del árbol, dulce arrullo
alzaron las palomas de Marién
cuando el naciente, virginal capullo,
abrió la flor para esparcir el bien.

Pobláronse las vastas soledades
de seres mil en infinito amor,
que el inmenso confín de las edades
llenan de gloria, de virtud y honor.

El santuario del bosque, las cabañas,
que sombrean las palmeras y el bambú,
las pampas que circundan las montañas,
las vegas que regando va el Camú,

del culto de Marién ya propagado
repiten el sonoro yaraví, (1)
mientras el perfume del aloe sagrado
lanza al aire el luciente canari.

Coro

*Bellas hijas de Elim y del Turey
el areito de amor al viento dad,
y al son del tamboril y del magüey
aéreas en torno del Zemí danzad.*

III

Con flores de la ígnea índica zona,
con raras conchas del caribe mar,
llevad tejida la inmortal corona
que vais a los Zemís a consagrar.

Bulliciosas, ceñidas con la pompa
del misterioso rústico jardín,
el aire vago vuestro areito rompa
y llegue al trono en que se asienta Elim.

Deslizaos, como en medio de las hojas
la tierna madre, la primera flor,
cuando sintáis vuestras mejillas rojas
al beso ardiente del primer amor.

Dejad henchirse vuestro seno altivo
cual la fruta sagrada del mamey

(1) NA.—Cantar.

cuando el dardo os arroje fugitivo
el dios fecundo de la indiana grey.

El Gran Zemí es el padre de la vida;
de él nos viene la luz del corazón,
el aire puro que al placer convida,
el principio inmortal de la creación.

¡Feliz momento en que al amor se dieron
todos los hijos del Supremo Ser!
Felices los que —amando— se rindieron
unidos a su omnímodo poder!

Coro

*Bellas hijas de Elim y del Turey,
el areito de amor al viento dad,
y al son del tamboril y del magüey
aéreas en torno del Zemí danzad.*

El Areito de las Vírgenes de Marién fue de las Fantasías elaboradas después del manuscrito de 1876 pues no figura en el mismo. En sentido general, de las tres dos han merecido preferente aprecio crítico: el Areito de las Vírgenes de Marién y el Adiós de Anacaona.

El Areito lo coloca Pedro Henríquez Ureña junto al Voto de Anacaona y El Junco Verde, calificándolo de “admirable y extraordinario”. En verdad que casi uniformemente el endecasílabo exhibe en esta composición las mejores cualidades de que supo dotarlo José Joaquín Pérez. Sin embargo, el segundo verso de la cuarta estrofa, que originalmente decía “inmóvil, mudo se veía flotar”, Henríquez Ureña se permitió cambiarlo por “inmóvil, mudo mírase flotar”, preocupado sin duda por la contracción de adiptongo que requería la forma original. La innovación figura en Cien de las Mejores Poesías de la Lengua Castellana, publicada por la Casa Kapeluz, de Buenos Aires, en 1937, bajo la dirección del humanista dominicano, quien consideró el Areito como digno de ser incluido en tan exigente selección. El cambio lo hemos acogido.

Asimismo, ya antes hemos señalado (Evolución Poética Dominicana, pág. 158) el perjuicio que causa a la melodía y al ritmo del verso primero del tercer apartado del poema la contigüidad de dos esdrújulos “Con flores de la ígnea índica zona”.

En cambio, son numerosos los versos cuya tersa armonía se ve favorecida por la coincidencia de los acentos rítmicos con las palabras que subrayan la sensible percepción de lo descrito, como se advierte, entre otros, en los siguientes:

.....
y un beso de la luz de la mañana
hizo un ser amoroso palpitar.

.....
y las hojas nacieron de su aliento
y los campos se vieron sonreír.

.....
fecunda, esbelta, misteriosa flor
castisima gemela de la aurora.

.....
abrió la flor para esparcir el bien

.....
Bulliciosas, ceñidas con la pompa

.....
el aire vago vuestro areito rompa

.....
el aire puro que al placer convida
.....

EL ADIOS DE ANACAONA

La reina que Jaragua adoró un día,
la hija del Númen de la indiana grey,
la tierna esposa, que a su sien ceñía,
triple corona de envidiable bien;

cautiva en sus dominios, que a los viles
falaces hijos del Turey cedió,
al profanar sus campos y pensiles
de Ovando la sacrílega legión; (1)

viendo su cuello —de nobleza erguido—
al peso de oprobiosa adversidad
con la argolla infamante, a un poste uncido,
cual una miserable criminal;

cuando ya la esperanza no venía
a verter en su triste corazón
el consuelo que siempre prometía
el genio que su vida protegió;

su areito de dolor profundo eleva,
a todo dando, en angustioso afán,

(1) NA.—Ovando cargó de cadenas a Anacaona después que ésta le brindó la más franca y noble hospitalidad.— Fernando A. de Meriño (Elementos de Geografía de la República Dominicana).

este adiós que al confín el eco lleva
gimiendo por la extensa soledad:

I

—“La saña vil del triunfador lo quiere
y dócil voy de mi destino en pos;
para mi tribu la esperanza muere;
trono opulento de Jaragua ¡adiós!”.

II

“Nunca tal vez a reposar yo vuelva
bajo este cielo que contemplas tú,
mansión de arrullos de mi agreste selva
dormida al beso de mi lago azul”.

III

“Adiós, sombras dolientes, adoradas,
de mis mayores que llorando estais,
porque vuestras cenizas veneradas
insultó la más torpe iniquidad”.

IV

“Adiós, ¡oh padre de mi zona ardiente
radioso Elim, generador del bien!
Ya no alumbran tus rayos en mi frente
la corona del genio y del poder”.

V

“¡Melancólica reina del misterio,
apacible Nonún, oye mi adiós,
y en mis noches de largo cautiverio
mis lágrimas reflejen tu fulgor!”.

VI

“Verdes colinas del extenso valle.
que el Maguana gentil regando va,

dejad que gemidor mi areito ensaye
donde mi adiós escuchareis vagar”.

VII

“Adiós, montañas de mi hogar paterno
donde a Caonabo mi destino uní,
donde su beso apasionado y tierno
hizo de amor mi corazón latir”.

VIII

“Adiós, ondas fugaces, transparentes,
del Yaque, circundado de bambú,
donde aún ruedan los dulces e inocentes
suspiros de mi ardiente juventud”.

IX

“Adiós, Mijo de flores coronado,
adiós, Jura, de límpido raudal,
dulce Ocoa fugitivo y arrullado
por las brisas del índico Palmar”.

X

“Adiós, ¡oh juncos del sonoro Nigua!
del aurífero Jaina atronador;
frondosa copa de la Ceiba antigua
que de Ozema la cuna cobijó”.

XI

“Adiós, troncos de abeyes y altas jaguas
que a sus plantas vio el indio sucumbir
y tornarse en las rápidas piraguas
do cruzaba yo el terso Caguani”.

XII

“Adiós, palmeras de esmeralda y oro,
enhiesto y melancólico pñar,

donde posa cantando el tocororo,
donde anida y arrulla la torcaz”.

XIII

“Adiós, yagrumo de silvestres galas,
deslumbrante catei, yaya gentil,
donde las leves transparentes alas
posan siempre el sunsún y el tomeguín”.

XIV

“Adiós, ¡oh tu, gallardo cocotero!
de altísimo penacho cimbrador,
donde activo trabaja el carpintero (1)
para dar a su prole protección”.

XV

“Adiós, baitoa flexible, alto jagüey,
cabilma y magestuoso guayacán,
que se va, para el rústico caney,
con el hacha de piedra a derribar”.

XVI

“Adiós, vellones de color de nieve
que al aire mece el sarovei gentil,
con que la cuna perfumada y leve
de mi hija tierna, angelical, tejí”.

XVII

“Adiós, ¡oh todo cuanto vida tiene,
cuanto la vida y el placer me dio! . . .

(1) NA.—No se sabe el nombre indígena de este pájaro.

Y si morir para gozar conviene,
¡gozad si os digo mi postrer adiós!”.

XVIII

“¡Hija del corazón, mártir sublime,
heredera infeliz de un pobre hogar,
huérfana y sola para siempre gime;
tu destino también será fatal!”.

XIX

“¡Adiós! No hay en tu frente una corona;
y en ella, al darte este postrer adiós,
¡ay, no puede imprimir, si te abandona,
su último beso el maternal amor!”.

Ya hemos dicho que esta Fantasía no forma parte del manuscrito de 1876 lo que prueba su elaboración posterior a esa fecha. En ella aparece por primera vez la mezcla de consonantes y asonantes, estos últimos de terminación aguda.

El nutrido vocabulario indígena, toponímico y de animales, plantas y cosas, parece avenirse con la hipótesis de que dentro del carácter de despedida que tiene el poema, quiso el autor reafirmar la intención evocadora de la desaparecida raza aborigen y de la parte de su legado que sobrevive en el complejo cultural dominicano sobre todo por el lenguaje.

El acentuado lirismo de esta Fantasía ha hecho que la crítica la coloque entre las de más notorio valor poético de la obra.

En el tercer verso de la séptima estrofa rinde de nuevo el poeta pleitesía a su devoción naturalista empleando otra comparación para la selva:

Nunca tal vez a reposar yo vuelva
bajo este cielo que contemplas tú,
mansión de arrullos de mi agreste selva
dormida al beso de mi lago azul.

Hemos restablecido la numeración romana de las estrofas que figura en la edición original y fue suprimida en La Lira. Lo mismo en los Areitos.

VANAHI
LA HIJA DEL YAREYAL *

D E D I C A T O R I A

*A mi distinguido amigo
Francisco Gregorio Billini*

¡Dulce bardo del valle de las flores,
sinsonte del pensil primaveral,
la felice mansión de tus amores,
la síntesis de todos los primores,
deja que ensaye en mi laud cantar!

Allí —do en horas de placer, contigo,
también vi un día mi juventud correr;
donde tu hogar su cariñoso abrigo

* NA.—Tanto esta leyenda como El Areíto de las Vírgenes de Marién y El Adiós de Anacaona, pertenecen a la segunda colección de las Fantasías Indígenas que se publicará después de ésta; pero el autor ha querido colocarlas aquí para dar más extensión a la obra.

diera al cantor y al invariable amigo
como una ofrenda de esperanza y bien—;

allí —do juntos por los prados fuimos
en las mañanas del ruisueño abril;
do las palomas arrullar oímos;
donde las flores entreabrirse vimos
al beso del fugaz barrancolí—;

allí —donde en tropel y bulliciosas,
de las colinas jugueteando al pie,
como enjambres de aéreas mariposas,
las hijas de Peravia cariñosas
iban coronas para ti a tejer—;

allí —donde en el Cerro, de alta cumbre,
o en el Güera, de blanco pedregal,
del cielo azul a la esplendente lumbre,
libres siempre de ingrata pesadumbre—
alzamos el unísono cantar—;

allí es donde, en su rumbo, hoy le señalas
al vago numen de la indiana grey
rústicas pompas y silvestres galas
para que —ornando las humildes alas—
venga a cubrir mi enardecida sien;

y le dices que cuente aquella historia
que repiten los ecos del confín,
cuando evocan perennes la memoria
del nombre que otra edad, llena de gloria,
dio al valle de la hermosa Vanahí.

Y yo, que amo esa tierra inolvidada,
yo, que en constante y fervoroso afán,
de la indígena raza infortunada
quisiera la memoria, vindicada,
en los siglos futuros perpetuar;

deseo que el canto en mi laud se ensaye,
y que las brisas de mi patrio Edén
repitan por el monte, el río, el valle,
por doquiera que un alma noble se halle,
el nombre de tu plácido vergel.

Y a fin que él vaya unido a tu memoria
como a mi alma el recuerdo de tu hogar,
para tí, que hoy me inspiras, sea la gloria,
aceptando esta ofrenda transitoria
que a tu genio tributa mi amistad.

I

Ya el tamarindo sus menudas hojas
sacude, al soplo del sutil terral,
sobre la choza de yarey do el hijo
del raudo Güera (2) dormitando está.

Y allí, en la cumbre solitaria, enhiesta,
que envuelve un manto de esmeralda y tul,
donde altanero el Cucurucho mira
valle que inunda vagorosa luz;

cuando ya, triste y nebuloso, al seno
de las montañas descendiendo va
el sol, que dobla la cansada frente
y vacila temblando al dormirar;

errante sombra el viajador contempla
y algo se siente en la extensión surgir
que es cual remedo de un concierto vago
de los ecos lejanos del confin.

Parece entonces que la altiva cumbre
diáfana, aérea e impalpable está;
que el río y el valle y las colinas cruzan
voces perennes de angustioso afán.

(2) NA.—Nombre del río de Baní.

Parece entonces que hasta el cielo vierte
en cada tenue, nocturnal fulgor,
llanto de un alma que perdida y sola
busca anhelante su feliz mansión.

Y ya en el junco del flexible guano,
ya en el umbroso, corpulento abey,
del corbanal en los plateados troncos
o en la erguida cimera del ciprés,

vagar se siente, fugitiva, leda,
cual si implorase con humilde voz
para una vida de pesar, aliento,
para una falta de su amor, perdón.

Ya alborozada en la sonora margen
del Güera finge que cantando va,
y que en la linfa los suspiros lleva
del genio de la agreste soledad.

También al lecho, donde vela insomne
púdica virgen que el placer soñó,
llega, y cual ritmo de un preludio lánguido
férvida entona su canción de amor.

Y trae en todo los recuerdos plácidos
de otra edad de ilusiones y de fe,
algo de un cielo de las almas, donde
¡Dios derramó la plenitud del bien!

II

Junto a un bosque solitario
que rodean enhiestas palmas,
y entre múltiples colinas
tras las cuales se levanta,
como una virgen que arrullan
los sueños de la esperanza,
la aurora —cuando refleja
su luz purísima y diáfana—

se ostenta un valle que fuera
mansión de una tribu indiana
donde el invasor ibero
no había hollado con su planta
las lindas flores que al cielo
ofrecen perenne gala.

Es un edén aquel valle
de la región de Maguana,
y de él en torno los grupos
de pintorescas cabañas,
con techumbres de yareyes
y setos de nívea palma,
parecen bandas de cisnes
que vienen de las montañas
a empapar en la corriente
del límpido río sus alas.

Allí raudo y apacible
va el Güera al mar con sus aguas
por entre espeso boscaje
de esbeltas sonoras palmas.
y abeyes de erguidas copas
que adornan flotantes lianas,
junto a guanales que cruzan
sus penachos de esmeralda
formando bóveda aérea
donde los pájaros cantan;
y circuido de altos pinos,
juncos y mimbres y cañas;
áureas arenas besando
donde brillan conchas blancas
y caracoles preciosos
que mil colores esmaltan,
cuando el cielo se ilumina
con los fulgores del alba.

Es ese valle el asilo
predilecto de las gracias,

y allí pudorosas vírgenes,
que a Elim sus votos consagran,
en el santuario le elevan,
al compás de diumbas plácidas,
el areito misterioso
de la nupcial esperanza.

Cuando apenas aún el eco
del tamboril resonaba
alegre anunciando el día
a la tribu de Maguana;
cuando todo era silencio
en el valle y la montaña
y dormía el indio indolente
en su voluptuosa hamaca,
libre de penas la vida,
llena de sueños el alma;
cuentan que todos oyeron
voces cruzando en el aura
como suspiros dolientes
del fondo de las montañas,
como algo que era el presagio
de una inminente desgracia
que a los hijos de Cigüey
muy de cerca amenazaba.

Aunque hacia el templo corrían
mudo el oráculo estaba,
porque el buitío en sus preces
vanamente lo invocaba.

Doquier consternado el indio
huyó entonces a su cabaña
esperando algo siniestro
que su espíritu inquietaba,
como cuando al horizonte
imperceptible aún avanza
oscura sombra de nube
que trae en su seno el rayo

para lanzar en los campos
la furia de la borrasca.

III

En esos días de duelo
y de terrible afán,
en una agreste choza
que el sol no alumbra ya,
porque su techo cubre
con bella magestad
la bóveda sombría
de espeso yareyal,
tendida en suave hamaca
con voluptuosidad,
tejiendo —de cogollos
de verde palma real,
con orlas incrustadas
de conchas de la mar—
un ancho, transparente,
finísimo cendal,
hay una hermosa joven,
indígena beldad
de ojuelos brilladores,
de labios de coral,
de frente ancha y serena
donde se ven flotar
multicolores plumas
que aprisionando están
la espesa cabellera,
del ébano rival,
que hasta sus pies tendida
besando el suelo va
en ondas que perennes
la brisa hace rizar.
Sus piernas y sus brazos,
de morbidez sin par,
las ciñen cincelados
brochetes de metal

cuyo fulgor brillante
envidia al sol le dan.
Al pie de esa bellísima
indígena vestal
en un pulido tronco
sentado un indio está
que la contempla estático
y en amoroso afán.
Gallardo es el mancebo;
muy tierna es aún su edad;
su porte es distinguido
y tiene aire marcial.
Su rudo arco es flexible;
riquísimo el carcaj;
su cabellera ondeante;
enérgico el mirar;
y es fácil su palabra,
y es firme su ademán.

IV

¿Quiénes son esos hijos de la raza
que libre habita ese risueño edén,
bajo dosel de resonantes palmas
ostentando riquezas y poder?

Oigamósles: su voz tiene ese ritmo
cadencioso, animado, del compás
del rumor de las selvas y los ríos
que interrumpe la agreste soledad.

—“Vanahí, cuando Elim desmaye, entona
conmigo areito de fatal adiós. . .”.

-“Partes ¿por qué, mi bien?”- ¿Por qué? ¿Lo ignoras?
¿No sabes que sin patria no hay honor?

¿No sabes que hoy el indio mira alzarse
vagos espectros de terror y afán,

y que eso anuncia que sus dioses lares
quiere alguno del templo derribar?

“¿No sabes que es entonces vilipendio,
según de Louquo la sagrada ley,
el arco destemplar en el sosiego,
dejándolo a los pies de una mujer?”.

—“No lo ignoro, Guarién; más de mi vida
¿quién consuela el dolor, lejos de tí?
¿quién del amor que sin cesar me inspiras
vendrá aquí a iluminar mi porvenir?”

“¿Y si el presagio de funesta lucha
se cumple, y marchas al combate tú;
si en él encuentras horrorosa tumba,
¿qué será de mi triste juventud?”

—“Ora al Zemí para que el triunfo alcance
la grey del gran Caonabo, el salvador
de la tierra infeliz que rudo invade
un destino de mísera opresión.

“Si el *calimete de la paz* no humea
en medio a la cabaña paternal,
y hacia los campos a encender la hoguera
del sacrificio nuestra raza va;

“en el combate protectora imagen
será siempre la tuya para mí;
sonriendo la veré doquiera guiarme
y el triunfo a su mandato conseguir”.

Un beso y una lágrima sellaron
esas promesas de su tierno amor;
de ella quedaba el corazón cuitado;
él, rápido, hacia el campo se lanzó.

V

Ya en ecos sonoros
repite el confín
los bélicos aires
que da el tamboril.

Atónita vaga
la tribu doquier,
en grupos compactos
del bosque al través.

El buitio va al templo
y en santa oración
ofrece holocausto
al dios protector.

Su oráculo evoca
y al punto el Zemí,
temblando en el ara,
se escucha gemir.

Y observa la tribu,
llena de inquietud,
que inunda sus ojos
fosfórica luz.

Elim se oscurece;
fatídica voz
resuena, que infunde
terrible pavor:

“¡Indianos! —exclama—
Mabula (1) tenaz
impone a Quisqueya
destino fatal:

(1) NA.—Genio del mal.

armada del trueno
y el rayo veloz
el Gran Lago (2) cruza
potente legión,

forjando ya el yugo
que debe oprimir
la raza escogida
que adora al Zemí.

Debeis ya la hoguera
sagrada encender:
¡templad vuestros arcos,
morid o venced!" . . .

VI

Las altas cimas de las montañas
despiden rayos, rojo fulgor,
que el cielo tiñen con los reflejos
de un gran incendio devastador.

Bien cual fantasmas que evoca un sueño
ya por los campos corriendo van
tribus indianas rudas rugiendo
como las trombas del huracán.

¿Quién es el jefe de esas cohortes?
¿quién les da aliento para sentir
ese entusiasmo con que a las armas
vuelan, ansiosas por combatir?

¿Quién, sino el fiero y audaz cacique,
de la Maguana noble señor
aquel soberbio titán indiano
Caonabo, el genio desolador? . . .

(2) NA.—El mar.

¿Y quién al lado se ve arrogante,
joven, sonriendo, cruzar también?
¿quién, sino el hijo feliz del valle
el denodado y dulce Guarién?

VII

La señal terrible suena
y ya se emprende la marcha:
¿a do van los adalides
de las tribus de Maguana?
—Van al impío cacicazgo
que un traidor de aquella raza

a una horda aventurera
en funesto día entregara;
van a luchar incansables,
por sus dioses, por su patria,
y a llevar el exterminio
doquiera asienten la planta.

Sus agudas flechas mojan
en la mortífera savia
del manzanillo y el guao,
y llevan duras macanas
a cuyo golpe, los cráneos
en pedazos rotos saltan:
¡son los hijos de la muerte,
los genios de la venganza!

¡Oh, mirad como los montes
y los altos riscos saltan,
y como el espacio atruenan
los himnos que en coro cantan
en que cada nota es rayo
que vibra, parte y abrasa,
dejando solo cenizas
que el huracán desparrama!

Ya a los límites se acercan
de la invadida comarca
donde las huestes iberas,
en su criminal alianza
con el marianés cacique,
celebran ruidosas zambras;
do, en torno a la cruz que adoran,
templos soberbios levantan
juntos a fuertes torreones
que a su defensa preparan.

Pronto en el campo enemigo
se extiende la voz de alarma,
y el eco atruenan disparos
de arcabuces y lombardas;
es que al combate se aprestan
las fuerzas recién aliadas
y —levantando sus tiendas—
a encontrar las otras marchan.

Ya se divisan: el choque
es formidable: ¡dos razas
van el destino de un mundo
a poner en la balanza!
¡Qué furiosa es la embestida,
qué confusa es la algazara,
cómo el humo denso cubre
la atmósfera y las montañas,
cómo brilla y centellea
el fulgor de las espadas,
cómo las flechas el aire,
silbando, atraviesan raudas,
qué de alaridos siniestros,
qué pavorosa matanza!

Allí están —de un lado, el héroe
invencible de Maguana;
del otro, el infiel cacique
cuyo semblante retrata

la tortura que destroza
todas las fibras de su alma.
Caonabo ansioso le busca
en medio de la batalla;
¡pero en vano! pues esquiva
de ese atleta la mirada.

¿Y Guarién? ¡Mirad! A todos
impávido se adelanta,
ante su flecha se lleva,
como una enorme avalancha,
filas enteras que caen,
estandartes que se arrastran
en aquel polvo sangriento
que huella firme su planta.
Indeciso está el combate;
más, de repente, se cambia
todo en favor del ibero,
pues que la misma pujanza
de las indígenas fuerzas
su perdición les prepara,
y son más potentes siempre
las españolas lombardas
que arrojan más cerca el fuego
con que la muerte propagan.

¡Oh! ¿qué fatal nueva cunde
en las falanges indianas
que las turba, contraría,
desalienta y anonada?

Guarién, cercado de pronto
por una aleve emboscada,
la arremete valeroso,
y cuando ya al jefe mata,
y a dos hiere, él también cae,
y así que a matarle avanzan
se escucha una voz que grita:

—“¡Deteneos, que no se mata
así a un valiente! Dejadle
y prisionero a mi eracra
llevad ese jefe indiano
que es honra de nuestra raza”.

¡Vencidos están los héroes,
triunfadora está la infamia!
¿Por qué Dios así protege
a quien sus leyes ultraja?

VIII

¡Cómo ha quedado solitaria y triste
la flor del yareyal,
cómo de sombras su corola viste,
cómo al dolor su corazón resiste
de ausencia tan fatal!

Cuando en la cumbre azul de la montaña
duerme el radioso Elim,
ella viene al umbral de la cabaña
y a llorar a las flores acompaña
su prematuro fin.

¿Qué es para ella sin Guarién la vida?
—Un valle de aflicción,
fuente ya seca cuyo cauce anida
esa arena infecunda, removida
por soplo de aquilón.

En el templo, las preces matinales,
cuando suena el magüey,
eleva sin cesar; y en los raudales
de su llanto, consuelos perennales
implora del Turey.

Un día creyó que del Zemí la frente
comenzaba a sombrear

una fúnebre aureola, y de repente
sintió su corazón desfalleciente
y opreso de pesar.

¡Misterio tan fatídico algo encierra!
De entonces la infeliz
ve un negro augurio que su mente aterra,
y se inclina llorando hacia la tierra
como flor sin matiz.

Y sus ojos devoran el camino
donde fijos están;
y a la flor y a la brisa, al suave trino
del ave, y a la estrella su destino
demanda con afán.

IX

Extiende la noche sus alas: el viento
agita furioso los árboles ya,
y finge profundo, terrible lamento,
o en silbos agudos perdiéndose va.

No hay pálida estrella que lance fulgores;
las nubes se agrupan en todo el confín;
la tierra se oculta tras densos vapores,
y todo parece que toca a su fin.

¿Quién es esa virgen que va solitaria
cruzando por cimas de horrible fragor,
que avanza incansable, y audaz, temeraria,
no hay nada que a su alma le inspire temor?

¿Adónde dirige tan firme la planta?
Parece una sombra que en la tempestad,
de oscuros abismos la frente levanta
y dice a los vientos furiosos —¡soplad!

¡Miradla! es la hija del plácido Güera,
la casta paloma del índico edén,

la tórtola viuda, la pobre viajera
que, loca de amores, va en pos de Guarién.

¡Oh! lejos, muy lejos, está su adorado;
mas ¿qué hay que no venza constante el amor?
Torrentes y montes doquiera ha cruzado
y todo parece que alienta su ardor.

Mas, pronto ya toca los lindes do un día
sus reales funestos pusiera la grey
que —hipócrita— al yugo las tribus uncía
de Dios profanando piadosa la ley.

X

Es medianoche: en silenciosa calma
yace durmiendo la ciudad altiva
que al vencedor de la inocente raza
lauros y flores entusiasta brinda.

Allí, en alcázar opulento, el genio
que dos mundos atónitos admiran,
sueña —en los brazos de ilusión mecido—
con el vasto poder de sus conquistas.

Y cerca de su lecho, en muelle hamaca,
pasa las horas en tenaz vigilia,
aquel monarca, su vasallo dócil,
que ya la frente ante el pesar inclina.

La sangre de su raza tiñe ahora
aquellos campos que le dieron vida,
y en vez del dulce aroma de sus flores
aliento impuro por doquier respira.

Parece que una voz, del fondo mismo
de su conciencia, sin cesar le grita
y le acusa llamándole ¡perverso,
insensato, traidor y parricida!

En un terrible instante en que se cree
 ser presa de una ruda pesadilla
 observa que hacia él, pausadamente,
 una sombra sus pasos encamina.

Salta del lecho, se incorpora, y trémulo
 “—¿quién eres y qué buscas aquí? —grita—
 serás tú la implacable, aterradora,
 fatal imagen de la cruel Inima?”. (1)

“—No, Guacanagarí; no temas; vengo
 de unas tribus lejanas y enemigas,
 sólo a implorar de tu piedad consuelo
 para mi alma doliente y afligida.

“Yo soy del valle hermoso que en Maguana
 el Güera con sus aguas fertiliza,
 donde el amor mi corazón sintiera
 que por Guarién, tu prisionero, abriga.

Yo vengo aquí para que tú, cacique,
 señor y dueño de esta raza invicta,
 devuelvas a su tribu ese valiente,
 ¡devuelvas a mi ser toda la vida!”.

—“¡Mujer! Osada eres ¿quién te dijo
 que en esta eracra penetrar podías?
 ¿ni quién que yo para salvarlo tenga
 todo el vasto poder del Guamiquina?

“Salvarte debes tú; vete e impide
 que, en tí mirando criminal espía,
 de tí sospeche el español, y ahora
 junto al mismo Guarién pierdas la vida.

—“¡Oh monarca infeliz! ¿Ese es el premio
 que alcanzas ya de tu imprudencia inicua,

(1) NA.—Primera esposa de Guacanagarí, a quien se dice hizo éste morir de celos y pesar.

y hoy sólo eres miserable esclavo
de quienes nuestra raza sacrifican?”.

—“¡Mujer, déjame en paz! Torna a tus lares.

—“¡Adiós, débil monarca, maldecida
de Louquo sea tu traición infame
y que el mismo arijuna te maldiga!”.

XI

Desconsolada, abatida,
la pobre indígena sale
y sus lágrimas enjuga
de la tibia noche el aire.
El silencio reina en torno
de las tiendas que ve alzarse
y una idea cruza su mente
en aquel terrible instante.
—“¡Oh, si yo pudiera —exclama—
invisible deslizarme
y allí do Guarién se encuentra
penetrando al fin, salvarle!
¿Dónde será que el inicuo
conquistador, en infame
prisión a Guarién encierra?
¡Ah, será allí donde alzarse
esa oscura eracra miro! . . .
¡Animo, pues y adelante!
Y si caigo en poder de ellos
muy dulce será mirarle,
y aunque fuere en el suplicio
¡también morir abrazándole!”.

XII

Con resuelto continente
y con cautelosa planta,
hacia el Fuerte —entre las tiendas
allí esparcidas— avanza.

Ya casi tocando va
el terraplén de la entrada,
cuando una voz en la sombra

—“¿quién vive?” —rápida exclama,
y un sonido se apercibe
cual si un arma prepararan.
Heroica entonces, más diestra
que corza de la montaña,
de un solo salto se encuentra
frente a quien la amenazaba.
Con una mano le sella
el labio; la otra señala
la puerta tras que supone
que Guarién preso se halla:

“—¡Abre!” —dice al centinela
que atónito la rechaza;
pero el ademán altivo,
la belleza de la indiana,
a quien contempla al reflejo
de una mortecina lámpara,
todo al fin fácil lo vence,
lo confunde y anonada.

“—¿Qué quieres?” —“¡Guarién!” —responde—
con un suspiro del alma,
y le hace al fin que comprenda
que, si le franquea la entrada,
le brinda por recompensa
una cantidad no escasa
de oro igual al que en su cuello
y en su diadema resalta.

Nada había entonces que fuese
para la española raza
más atrayente que el oro
que su codicia buscaba.

Así que —al brillo— al instante
 el corazón se le ablanda
 al centinela, y la puerta
 se abrió para dar entrada
 a la indígena que, heroica,
 pronto a su ídolo abraza
 diciéndole: —“Ven, huyamos
 al fondo de las montañas,
 antes que en un vil suplicio
 entreguemos nuestras almas”.

—“¿Dónde está el oro?” —pregunta
 el rudo español con ansia. . .

—“Ven a buscarlo” —le dice,
 y casi del viento en alas
 los tres, corriendo, ya lejos
 de aquella ciudad se escapan.

XIII

Mientras cunde la alarma en el campo
 del absorto, temido español,
 de las cimas de un monte ignorado
 van los tres fugitivos en pos.

¡Oh, que loco entusiasmo domina
 a los hijos del Güera al saber
 que en sus lares, ya libre, se encuentra
 su indomable caudillo Guarién!

¡Cuántas diumbas alegres! ¡Cuán presto
 retumbando se escucha el timbal,
 y en sonoros areitos la brisa
 lleva el eco por la soledad!

Vanahí, la heroína, hacia el templo
 conducida en un trono se ve,
 mientras púdicas vírgenes, flores
 arrojándole van a sus pies.

El oráculo allí se consulta;
rica ofrenda recibe el Zemí;
porque todo a la tribu presagia
un risueño feliz porvenir.

XIV

De oro colmado el español sediento
en pago vil de su traición se mira;
pero pronto a su alma un pensamiento
el odio a los indígenas inspira.

No puede soportar que aquella raza
a su inocente libertad se entregue;
y un proyecto satánico se traza
con que a perderla fácilmente llegue.

Emprendiendo su marcha cauteloso,
después que el oro infamador abarca,
y sin que diese treguas al reposo
retorna de Marién a la comarca.

Allí dice, en pretexto de su ausencia
que siguiendo la pista al prisionero
quería él —vivo o muerto— a la presencia
fiel conducirle de su jefe ibero;

mas que, cuando alcanzarle ya podía,
libre en su tribu el prisionero estaba;
que allí, a servirles de seguro guía,
a las fuerzas que enviasen se prestaba.

Describiendo aquel valle despertaba
la codicia en la imbécil muchedumbre,
porque dijo que el oro allí brillaba
de las colinas en la enhiesta cumbre;

mostrándole a la turba que le oía
pedazos del metal envilecido

que, como pago a su traición, había
de los dos fugitivos recibido.

XV

Sobre las verdes colinas
juega el rayo de la aurora,
y la palma cimbradora
mece el aura matinal.
Todo es luz, todo armonía
en el índico caney;
suena el rústico magüey,
da su eco al aire el timbal.

Grupos de vírgenes bellas
de Peravia descendiendo
van al valle, recogiendo
en bullicioso tropel,
en sus cestillos de enea
lindas guirnaidas de flores
ofrenda que a los amores
brinda el fragante vergel.

Con ellas —cantando areitos
de indefinible ternura—
van por la extensa llanura
a la cabaña que allí,
bajo copados yareyes
que sutil el viento mece,
santuario de amor parece
donde habita Vanahí.

Llegan, poniendo a sus plantas
el florífero tesoro,
y formando alegre coro
en torno de la beldad;
Guarién está allí, a su lado,
hermoso, altivo, sonriendo,
las ofrendas recibiendo
con dulce afabilidad.

¿Qué motiva esa entusiasta
y bulliciosa alegría?
—Es que ha llegado ya el día
en que una plácida unión
ligará dos puras almas
en cuyos sueños de amores
vertieron hados traidores
la hiel de la decepción.

XVI

Al templo va la cándida,
la tropical paloma,
entre risueñas vírgenes
y en áureo palanquín;
en torno, al aire agítanse
penachos de albas plumas,
y aromas fragantísimos
inundan el confín.

Guarién, en vago éxtasis,
camina allí a su lado
felice contemplándola
con inefable amor,
mientras la tribu férvida
que su heroísmo adora,
con entusiastas vítores
le aclama su Señor.

Del templo ya los ámbitos
resuenan con las preces
con que el nupcial oráculo
evoca el buitio ya;
y —en el altar postrándose
la indígena pareja—
la bendición benéfica
por fin a unirla va . . .

XVII

Pero ¡ay! ¿qué ruido los aires hiere?
¿Qué pavorosa visión fatal
cruza el recinto de aquel santuario
como un presagio de adversidad?

Pálidas quedan las puras vírgenes
que, del areito nupcial al son,
en diumba aérea, ricas ofrendas
le consagraban al casto amor.

Es que una horda de aventureros
hijos de Iberia, cercan doquier
el templo augusto, pidiendo a gritos
que allí entregado le sea Guarién.

Ciego de ira, Guarién se lanza;
la tribu toda le sigue allí,
y arremetiendo contra la hueste
traba horrorosa, tremenda lid.

Encarnizada la lucha crece;
doquier la sangre corriendo va
manchando el templo, donde refugio
buscan las hijas del Yareyal.

Hubo un instante fatal, siniestro,
en que de nuevo parte Guarién
contra un compacto grupo que asesta
todos sus tiros tan sólo a él.

¡Ay del caudillo del valle ahora!
¿Quién a salvarle se atreverá
si ya le cercan, y su cabeza
parece en tierra por fin rodar?

¡No! Que allí vela quien a su vida
de ángel custodio le sirve fiel,

la que su rudo, feliz destino,
heroica siempre supo vencer.

Cual si del aire formada fuese,
como una etérea visión, así
rauda aparece la indiana virgen
que aquel combate va a decidir.

Más cuando el plomo, buscando el pecho
de su adorado Guarién partió,
escudo frágil halló en su seno
¡ay destrozando su corazón!

¡Cayó la virgen inanimada,
tiñendo el valle su sangre está!
Pero llorando juran vengarla
todos los héroes del Yareyal.

Con furia tanta contra la hueste
del castellano traban la lid,
que ya no quedan sino despojos
de aquel sangriento fatal festín.

¡Ni uno tan sólo con vida alienta!
Del exterminio sombra letal
como un sudario los miembros cubre
que allí, dispersos, doquiera están.

XVIII

Honda tristeza, soledad y llanto
es el valle feliz de los amores:
todo se envuelve con funéreo manto
del ocaso a los últimos fulgores.

Allí Guarién sobre el cadáver llora
de la que fue su vida y su delirio;
de aquella que por él, hora tras hora,
probó el cáliz amargo del martirio.

La tribu los suntuosos funerales
de la virgen purísima prepara,
y bajo los espesos yareyales
en su tumba, de un templo eleva el ara.

Desde entonces el valle —do radiosa
su cima el Cerro de Peravia eleva,
en que la heroica Vanahí reposa—
¡el dulce nombre de esta mártir lleva!

XIX

Allí, en la cumbre del Cucurucho
donde los guanos y el yareyal
trémulos fingen vago ropaje
de aéreo fantasma, crepuscular;

allí, do tienen ocultos nidos
la barranquera y el tocoroi;
do entre silvestres, nocturnas flores,
de los cocuyos rielas el fulgor;

allí es do el hijo del raudo Güera
oye perenne la voz surgir,
que al monte, al valle y al río le cuenta
toda la historia de Vanahí.

Y aún hay quien diga que en el lamento
de aquella sombra se oyen también
estas palabras, que el eco lleva,
y hacen las brisas estremecer:

—“Ese es el valle de mis amores
donde mi raza no existe ya,
donde el olvido rodea mi tumba,
donde es mi reino la soledad.

Que unos inicuos conquistadores,
ebrios de sangre, dignos de horror,

mi tumba y templo después hollaron
con insensata profanación.

Y escarneciendo van mi memoria
cuantos habitan este confín,
pues hoy, al valle de mis amores,
dan otro nombre, llaman Baní...".

Vanahí es la más extensa de las Fantasías y la que tiene un carácter narrativo más acentuado. Esta circunstancia presta oportunidad al poeta para utilizar una amplia variedad métrica (exaxílabos, heptasílabos, octosílabos, decasílabos, endecasílabos y dodecasílabos) en obediencia a la pretensión romántica de libertad métrica adaptada "a los lances de la pasión" o sea, en los poemas narrativos, a la índole de lo descrito. Obsérvese, a este respecto, el apartado IX del poema, en el cual el animado ritmo del dodecasílabo bimembre semeja traslucir el ansioso peregrinar de Vanahí en busca de Guarién el cual es descrito en el pasaje:

.....
¡Oh! lejos, muy lejos, está su adorado:
más ¿a qué hay que no venza constante el amor?
Torrentes y montes, doquiera ha cruzado
y todo parece que alienta su ardor.
.....

Acerca de esa polimetría dice un autor:

"Si hay un rasgo inconfundible, típico de la métrica romántica, ese no es otro que la polimetría. Es característica notoria y, al mismo tiempo, rasgo definidor. El romántico, que proclamaba sus ansias de libertad, encontró aquí la manera de proclamar la importancia del tema por encima de más o menos ceñidas combinaciones métricas. Con otras palabras, encontró en el metro cambiante el instrumento paralelo a la diversidad de pasiones o de situaciones del poema". (Emilio Carilla, *El Romanticismo en la América Hispánica*, Editorial Gredos, Madrid, 1958, pág. 231).

También es de notar la versatilidad de rima. En el apartado IV se utiliza de nuevo la doble asonancia pero, esta vez, concertando los versos segundo y cuarto de cada estrofa con vocablos agudos. Igualmente cabe observar las esdrújulas y consonancias del apartado XVI.

José Joaquín Pérez fue devoto asiduo de las bellezas naturales del valle de Peravia, en donde se asienta la población de Baní, que frecuentemente visitó. Le unió asimismo estrecha amistad a Francisco Gregorio Billini, banilejo ilustre en cuyo gobierno sirvió como Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Testimonio de aquella devoción y esta amistad fueron su composición Baní, de primera juventud, que figura en el cuaderno manuscrito Ráfagas Tropicales, y la dedicatoria de Vanahí a Billini, en la cual hizo galas de una idílica evocación de la naturaleza de la región banileja.

AREITOS

EL

I

Son tan lánguidos tus ojos,
bella indiana que yo adoro,
¡que por ellos diera mi arco,
mi corona y mi tesoro!

II

Rojos corales como tus labios,
plumas de cisnes de albos destellos
te daría, hermosa, para collares,
para diadema de tus cabellos.

III

Tu cintura es la índica palmera
de la colina que alumbró la aurora;
y es tu planta cual brisa que ligera
mueve apenas las flores que enamora.

IV

Dos caracoles color de rosa
a las riberas del lago azul (1)
son tus mejillas junto a tus ojos,
do amor refleja su pura luz.

V

Ni hay en las hojas de la selva umbría,
ni hay en las ondas del inquieto mar,
si sopla el viento, como hay en mi alma,
por tus amores, tan perenne afán.

VI

Si mece tu hamaca el sopro
de la montaña,
y duermes, soñando amores,
en tu cabaña;
yo siempre velo, porque en tu aliento
me revelas que es mío
¡tu pensamiento!

VII

Si las flechas de mi aljaba
lanza el arco cimbrador,
no hieren tanto como los rayos
de tus miradas mi corazón.

ELLA

I

Tu eres del margen del sonoro Nigua
el verde, esbelto, cimbrador bambú,
do a enlazarse amorosa en la mañana
va la silvestre campanilla azul.

(1) NA.—Según Lamartine, en su novela histórica titulada Cristóbal Colón, Almoila, la india que gobernaba la tribu del Ozama, tenía los ojos azules.

II

De Jobobaba (1) la gruta espléndida,
la misteriosa urna del sol,
no tuvo un astro como el que brilla,
cual tú, en mi cielo de casto amor.

III

Dicen que tienen tus ojos
reflejos de tempestad,
relámpagos que iluminan
y hacen las sombras temblar;
pero al fijarlos en mí
con lánguida vaguedad,
miro en tus ojos el cielo
y en él mi dicha brillar.

IV

Con mis cabellos tejí la cuerda
para tu arco de vencedor;
y en ella puse fragantes flores
como un emblema de casto amor.

V

Mi cabaña es un nido de paloma
medio oculto en las flores del vergel;
pero, al mirar el águila que asoma,
nunca tímida el vuelo aquella toma,
pues de ambas nido la cabaña es.

VI

Rizadas plumas
color del iris del cielo traigo
para la frente del héroe indiano

(1) NA.—Una de las creencias de los indígenas era que el sol y la luna habían salido de una cueva llamada Jobobaba o Cacibajaguá en tierras del cacique Maniatibel.

terror del rudo conquistador;
 rubíes de fuego,
 marinas conchas, lucente nácar,
 para su cinto, para su aljaba,
 pues él me nombra
 su favorita virgen de amor.

VII

De nardos y alelíos es mi corona,
 la tuya de oro es;
 aunque son ambas de la misma zona
 la mía pongo en tu frente de cacique
 la tuya, tú, a mis pies.

Los areitos, remedos de las canciones de los indígenas, ofrecen campo propicio al lirismo del poeta, y con inconsecuencia frecuente en los románticos, que atribuyen a las supuestas inspiraciones de sus personajes conocimientos, sentimientos e ideas que ellos no podían tener por la época y el ambiente en que vivieron, aquí los cantores indígenas nos hablan de cisnes y águilas, aves ambas desconocidas por nuestros indios.

Además de por su brevedad, estas pequeñas composiciones tienen dos aspectos dignos de advertirse, que no son ajenos a su clima poético y que parecen confirmar el influjo becqueriano: la preferencia por la asonancia y la variada irregularidad métrica.

José Joaquín Pérez contribuyó en los primeros años de su producción al cancionero dominicano y algunos de los areitos de sus *Fantasías Indígenas* se popularizaron en ese campo como los que comienzan *Dicen que tienen tus ojos* y *Dos caracoles color de rosa*.

En la libreta manuscrita que contiene en sus primeras páginas la mayor parte de las traducciones de Thomas Moore aparece, después de éstas, el diálogo que copiamos a continuación cuyos versos, tanto en la forma como en el timbre lírico, guardan evidente similitud con los mejores areitos:

El:

Lo que es la abeja cuando busca ansiosa
 el néctar de la flor, entre el rocío
 de su cáliz, que cierra pudorosa,
 seré yo para tí, dulce bien mío.

Ella:

Y como el banco de eternal verdura
 a la onda móvil que a su margen llega

a besarla con plácida ternura
así mi corazón a ti se entrega.

Mas dicen que la abeja emprende el vuelo
si el dulce néctar de la flor se agota
y que al besar la orilla el arroyuelo
corre a perderse en la extensión ignota.

Cabe la pregunta de si esos versos no estaban destinados a formar parte de los Areitos en la prometida continuación de las Fantasías.

FLOR DE PALMA
O
LA FUGITIVA DE BORINQUEN *

I

Sombras de tempestad cruzan el horizonte. La noche es negra, como la conciencia de un réprobo.

Sobre la cumbre lejana e indecisa de las montañas se comienza el duelo de los abismos.

El cielo viene armado de rayos, batería fulminante de su escuadrón de nubes.

La tierra los recibe en sus cavernas profundísimas y en sus crestas inmóviles, reductos inexpugnables que la defienden.

II

El mar asiste de lejos, y se prepara a entrar en la liza furibunda.

Brama, y se inquieta, y levanta sus ondas de espumas, centinelas avanzadas de ese otro abismo invasor de los espacios.

Algo como una sombra imperceptible se dibuja sobre su conmovida superficie.

Ora se eleva en el declive de una ola, ya se precipita en el fondo oscuro, sepultado bajo la enorme pesadumbre de las aguas que hierven.

* NA.— A fin de no apartarse mucho de la verdad histórica, el autor ha seguido en varios pasajes de este trabajo a Lamartine, W. Irving, E. Nau y otros.

Al fulgor de los relámpagos se reconoce la silueta de una nave que lucha desesperada por alcanzar la próxima orilla.

III

—¿Se salvará?

¡Infelices los que en ella ponen ahora su corazón en Dios, e imploran la vida en el mismo reino de la muerte!

—¿Quiénes son?

Hasta ahora sólo la frágil piragua del aborígen y las carabelas de Colón han surcado ese mar desconocido, misterioso guardián de las playas del Nuevo Mundo.

No es la piragua del pescador que ahora duerme, arrullado por esa solemne armonía de las festividades del trópico, por esa diumba de los elementos ante el santuario de Louquo, porque Coromo, uno de sus hijos predilectos, una de las estrellas oráculos, había anunciado ya la tempestad.

Es entonces la carabela en que Colón regresa a sus dominios, después de haber depuesto a los pies de los reyes de Castilla todas las ofrendas de la magnificencia oriental del mundo “que robó a las brumas de la ígnea zona”.

IV

Aquello era la lucha terrible de lo pequeño en medio de la lucha de lo grande, de lo gigantesco, de lo inconmensurable.

El átomo disputándole su dominio a la mole; el hombre afrontándosele a Dios.

Desfallecimientos y osadías; tumulto de las olas y poder del espíritu.

El genio es el brazo invisible de la Omnipotencia avasallando la cólera de la naturaleza.

Colón está allí. Quien más de una vez ha vencido no teme ser vencido nunca.

La oración del cristiano pasa por sus labios mientras la luz de la fe inunda su corazón y las reverberaciones del genio atraviesan su espíritu.

El mar se repliega sobre sí mismo, y las estrellas se asoman sobre la penumbra de la nube blanquecina a contemplar la calma y a enviar un rayo de aliento a la desmantelada carabela.

V

Es medianoche.

Reina ese silencio del letargo de los elementos que descansan de la fatiga de una lucha atormentadora.

La carabela se mece, anclada ya, algo lejos del puerto, y el aire se turba con dos disparos de lombarda hechos abordo.

El sonido repercute y se dilata por las vecinas costas.

Nada se mueve allá en la tierra.

Colón fija la escudriñadora mirada sondeando el espacio oscuro donde no alcanza a vislumbrar ni el menor reflejo de las luces del puerto de la Navidad.

Sólo allí, en el fondo de las selvas, al través de las hojas, gira el amarillento fulgor de los cocuyos.

Lo atribuye todo a la tempestad.

Pasan, sin embargo, muchos instantes, y ya empieza la inquietud a torturar su ánimo.

VI

Colón aplica el oído al viento, que le trae como un acorde golpear de algo en el agua.

Ya lo siente más próximo; y al fin un bulto informe parece que se mueve en la superficie del mar.

Es una canoa tripulada por dos indios.

Abordan éstos a la carabela, y son recibidos con muestras de la mayor satisfacción.

Uno de ellos es alto, de arrogante y bellísima figura. Plumas de vistosos colores sombrean su frente, y la aljaba y el cinto brillan por la profusión de sus dorados adornos.

Es un pariente de Guacanagarí, gran cacique de la tribu de Marién y aliado de Colón.

Trae para el Almirante un valiosísimo presente que le envía el soberano en señal de bienvenida.

Consiste en dos máscaras de oro macizo, incrustadas de perlas, obra tosca pero de méritos, por ser cortada y labrada con la punta de un cuchillo de piedra.

Nota el Almirante en los indios señales de turbación, y los excita a hablar.

Más que con las palabras, con los ademanes, dieron a comprender a Colón que algún siniestro había ocurrido en la Navidad, y que todos los españoles habían muerto.

Colón no se atuvo a la interpretación que su ánimo —prevenido ya por el encuentro de algunas cadáveres de españoles en Monte Cristy— había dado a los ademanes de los indios.

Los despachó a tierra no sin antes haberles obsequiado con bebidas espirituosas y fruslerías de colores vivos.

VII

Empieza el alba a blanquear las regiones del espacio, y ya se presentan visibles los contornos de los montes y las playas de Puerto Real.

Lo que fue primero presentimiento vago de la desgracia, y después vacilación y duda, es ya aterradora realidad.

Allí, cerca, nada se mira de lo que Colón había dejado al emprender su primer viaje a España.

Quiso figurarse que aquello era obra de la tempestad de la noche anterior, pues siempre hay en el corazón humano esa tendencia a engañarse a sí propio, como para ir preparándose a recibir los golpes terribles.

Pero nada había quedado en pie de esa especie de pequeña colonia, embrión del poderío futuro de los conquistadores.

Y además, la arena se veía mezclada con la ceniza, ese sudario del incendio, probando que la mano del hombre había dejado allí las huellas de su destructora acción.

Estaban, pues, de un lado la desmantelada carabela, que el destino y el genio de Colón habían salvado apenas de la furia del mar, y del otro los escombros de la naciente ciudadela de la Navidad.

Eran dos ruinas que se saludaban al nacer el día.

VIII

—¡Oh! Cuando ya mi estrella había recorrido la mitad del camino de los cielos; cuando en el cenit me deslumbraba con sus rayos; cuando acabo de ofrecer al mundo atónito las maravillas de otro mundo, hasta ayer envuelto en nieblas y hoy poderoso, espléndido, digno de ser la base de una civilización jamás alcanzada; cuando yo venía con la fe en mi conquista a enriquecer el porvenir con nuevos triunfos de lo que llaman mi genio; he aquí lo que me brinda mi destino, como para abofetearme con el desengaño y escarnecerme con el desaliento. ¿Por qué habrá de manchar la sangre y quemar el incendio todo lo que se hace para redención de la humanidad? . . .

Así exclamaba Colón al contemplar aquellas soledades pavorosas, donde su mano tremoló un día el estandarte de Castilla entre los frenéticos vítores de la multitud que le bendecía.

¡Qué contraste del ayer!

La Providencia no quiere nunca que el hombre alcance a invadir su poder, y le avisa con algún estrago que ella siempre está presente, y que es a quien debe confiarse.

IX

El Almirante bajó a tierra.

Su planta hollaba aquella arena de donde parecía surgir la cálida ráfaga del incendio, queriendo devorarlo, y la voz de la agonía de sus compatriotas acusándole.

Cruzó silencioso y con el pecho oprimido esos lugares, y visitó una aldea medio incendiada, donde se veían los vestidos y otros despojos de los europeos.

Allí recibió una embajada del Gran Cacique que venía a saludarle.

Era un hermano de Guacanagarí. Le contó toda la catástrofe con lágrimas en los ojos.

Le dijo cómo, en una noche funesta, Caonabo y Guarionex, ayudados de otros nitaínos de Maguana y de Maguá, comarcas vecinas a las de Marién, habían sorprendido con numerosas tropas indígenas la guarnición de la Navidad, acuchillándola y dispersándola, no habiendo valido ni la pronta cooperación de Gua-

canagarí, quien con los suyos acudió al combate, y recibió una herida de manos del mismo Caonabo, por lo cual tuvo que retirarse a los montes, donde vivía sin consuelo llorando su adversidad.

Colón quiso apartarse de aquellos lugares, y envió una comisión a recorrer la costa para buscar un punto más a propósito y defendido que se destinase a erigir otra fortaleza.

Uno de sus tenientes —Maldonado— salió, y las instancias de varios indios le hicieron ir hacia la aldea o canei donde vivía Guacanagarí.

X

En una eracra (*) de miserable aspecto habita el opulento señor de la tribu de Marién.

Se encuentra acostado en su hamaca sin ninguna de las insignias de su autoridad.

El eclipse del poder ha oscurecido aquella frente.

Su mirada es el reflejo vacilante de un oscuro porvenir.

El inconsciente verdugo de su raza, el débil monarca, entregado a la codicia del extranjero, yace allí sin que —como en otro tiempo— arrullen su oído los areitos de la multitud, ni vengan a postrarse a sus pies los buitíos que le traen los tributos de su extenso cacicazgo.

Es una ruina de la fortuna envuelta en la sombra del olvido. Maldonado oye sus palabras y se enternece.

—Dí al Guamiquina (*) que venga a verme. Díselo. Tengo que hablarle. Quiero desahogar mi corazón; vaciarlo en el suyo. Necesito que me asegure su amistad y su protección; que me aliente con la esperanza. Si no, la vergüenza y el dolor van a mostrarme el camino de la muerte, como mi culpable confianza me ha mostrado el del infortunio.

XI

No faltaba quien, ante el espectáculo de las ruinas de la Navidad, hubiese querido insinuar a Colón la idea de que Gua-

(*) NA.—Choza.

(*) NA.— Colón.

canagari era infiel a sus juramentos, y que aquello se debía a su traidora inteligencia con los caciques de las otras tribus rebeldes.

Entre estos instigadores se hallaba un sacerdote —el padre Boil.

Así que, como sucede siempre, aunque Colón no dudase de la sinceridad del soberano de Marién, ese pensamiento venía de vez en cuando a marcar un punto negro en las reflexiones del Almirante.

Pero eso no era sino como un celaje incoloro y fugaz en el horizonte, que se disipaba sin dejar el menor rastro.

No vaciló el Almirante en acudir con su comitiva a la choza de Guacanagari.

XII

Este se incorpora a recibirlo.

Ni una sola palabra brota al principio de sus labios.

La emoción anuda su garganta, pero las lágrimas inundan las manos de Colón, quien lo estrecha en sus brazos.

Luego comienza a relatar con los más vivos colores las desgracias de los europeos y la suya propia.

Aquella alma se refleja toda entera en las palabras, en los suspiros, en las lamentaciones.

El Almirante oye conmovido tal historia.

En todo había algo que podemos llamar la nobleza de la fatalidad.

No escaseaban en su relato alusiones a la conducta de los españoles para con los pobres indios a quienes hacían sufrir inicuas vejaciones.

—Tú eres, Sehextio (*), el más grande de los hijos del Turey venidos a nuestras playas. Desde que tu te fuiste a tus dominios, parece que de Coibai llegó algún genio maléfico a inspirar a los Zemís, y en cada rayo de la hoguera de Cacibajagua (***) venía una maldición de Louquo a perseguirnos. Haz, Sehextio, que cesen nuestros males; salva a los infelices de mi ra-

(*) NA.—Señoría.

(***) NA.—El sol.

za. No permitas que me condenen, que me crean cómplice de la injusticia.

—¡Cacique infortunado! He oído la historia de tus amarguras, de las de tus súbditos y de las de mis compañeros. El Todopoderoso, que es testigo de tu lealtad, te protegerá en la lucha con tu destino. Mi corazón te compadece y compadece a tu raza, que de hoy más será objeto de mi predilección. Cuenta con que mi amistad te colmará de beneficios; con que yo seré tu compañero en la adversa como en la próspera fortuna.

Aquella entrevista acabó por el magnífico presente que Guacanagarí hizo a Colón de una corona de oro y dos calabazas (***) llenas de este mismo metal tan codiciado por los conquistadores.

XIII

Guacanagarí fue invitado por el Almirante a visitar la carabela.

Partió con él, y al llegar a la playa donde estaban los vestigios de la antigua Navidad, nuevo llanto y nuevas plegarias del cacique vinieron a arraigar más en Colón la creencia en la fidelidad de aquel indio.

Al llegar a bordo de la Marigalante, se les hicieron los honores, y las lombardas estremecían el viento con sus disparos, mientras algunos indios acudían a la playa, en donde hasta entonces no se habían presentado.

Colón se apresuró a hacer grata al cacique su visita y lo colmó de atenciones y regalos.

Después le enseñó las menores particularidades de la nave, hasta que él indio quedó sorprendido con la vista de los caballos que traían de Europa. Explicándole Colón el uso a que se destinaban, manifestó el cacique deseos de ver en ejercicio aquellos "hijos del viento", como los llamó desde luego. Le fue ofrecido por el Almirante, que quería en todo mostrarse generoso, y avasallar la voluntad y el corazón de su aliado.

Pero otra sorpresa mayor debía venir a cambiar por completo la situación del cacique.

(***) NA.—Fruto del higüero de forma ovalada o redonda, hueco, con una abertura en uno de los extremos.

XIV

La "Marigalante" traía a su bordo algunos prisioneros caribes hechos en Caniba, y además nueve indias hermosísimas de Borinquen (isla vecina) que se habían sacado de entre las garras de los canibales.

Una había entre ellas que descollaba por su encantadora belleza, sus atractivos y seducciones y sus distinguidos modales.

Los españoles la llamaban doña Catalina; pero su verdadero nombre indígena era Anaibelca, que significa Flor de Palma.

Esta india era hija de Bayoan, rey de Borinquen.

En una excursión de su padre a las islas que habitaban los caribes halló un buque portugués que aquellos habían capturado, matando al dueño que tenía a bordo a su esposa.

Bayoan rescató a doña Luz de entre los canibales, y después se unió a ésta, con la cual tuvo a Anaibelca, quien, muertos sus padres, ocupó el trono de Borinquen.

Allí también fue hecha prisionera junto con las demás indias que la acompañaban.

Su madre la había educado cuanto era posible hacerlo.

Flor de Palma, fruto de la unión de dos razas, tenía en su espíritu los selváticos instintos de una naturaleza exuberante e inculta, moderados por la civilizadora tendencia de la sangre europea que corría por sus venas.

Era el fuego comprimido del volcán.

Casi blanca, sus cabellos negros le caían hasta las plantas.

Sus ojos, sobre todo, tenían un poder de fascinación tal, que difícil era mirarla sin que se experimentara el vértigo de la pasión desvaneciendo todos los sentidos.

Era el trópico con toda su incandescencia, irradiando detrás de aquellas pupilas de palpitaciones infinitas.

Mirarla era caer rendido a sus pies.

Cada rayo de aquellos ojos era un beso del alma, como consagración del deleite supremo de la vida.

XV

A bordo de aquella nave tenía, como era natural, multitud de admiradores.

Ojeda —alma de hielo, que nunca había vislumbrado la dicha a través de un relámpago de amor— tuvo que confesar que hay magnetismo en la mujer, como lo hay en la ambición, ídolo al cual él quemaba incienso en los altares del poder.

Flor de Palma lo comprendía y, sin ceder nunca, atizaba esa llama esperando utilizarla, si acaso era llegado el momento, para algún fin que le fuere favorable.

Porque Flor de Palma también sentía en su corazón que algo le indicaba el camino del trono. La hija de Bayoan se entregaba al sueño apacible del amor, y siempre tocaba su frente, donde había como el presentimiento del peso de una nueva corona.

Flor de Palma, aunque su madre era una europea, no pudo abrigar simpatías hacia los españoles.

La sangre indígena circulaba con más fuerzas en sus venas. El torrente de las selvas del Nuevo Mundo es más poderoso que los ríos cuyo cauce ensancha el arte en las pobladas comarcas de allende el Atlántico.

El germen del odio a sus libertadores estaba latente en su corazón.

XVI

Guacanagarí no hizo sino ver a Flor de Palma y entre todas sus compañeras ninguna le causó tanta impresión.

El mártir de la fortaleza de la Navidad sintió que algo se interponía entre sus desgracia de ayer y su indecisión de hoy.

Era la luz de esa mirada que hacía del pasado una sombra, porque vivificaba, esclarecía con espléndidos resplandores el porvenir de su vida.

Guacanagarí se regeneraba con aquel bautismo de fuego, unción benéfica de su alma víctima, cauterio de su lacerado corazón.

El era de hermoso y cautivador semblante, sombreado por un tinte de melancolía que interesaba vivamente.

En sus ojos había también el reflejo de la selva inculta bajo el cielo de los trópicos.

Las dos naturalezas obedecían unísonas a la atracción de su origen.

Flor de Palma halló el pajarillo incauto que quería fascinar con su aliento.

El soplo del huracán doblaba la encina.

El torrente la llevaba al abismo.

El vislumbre de la mirada de una mujer decidía el destino de un mundo.

Siempre es así.

La gota de agua, el rayo de sol, la débil ráfaga de aire, la molécula de arena, tienen la potencia de todas las fuerzas imaginables en el universo, en el tiempo y en el espacio.

Dios está así en un minuto como en la misma eternidad.

XVII

Colón, que comprendió cuanto había influído favorablemente en el alma del cacique el encuentro de aquella mujer para hacerle olvidar sus infortunios, y creyendo que ese amor sería un lazo más que lo sujetaría a su poder, dejó solo a Guacanagarí con las indias de Borinquen.

Pronto se enteró Guacanagarí de todas las circunstancias de la situación en que se encontraban y ellas le manifestaron su deseo de evadirse de la prisión a que las tenían condenadas los españoles.

Al mirar de cerca aquellas playas, debían sentir la aspiración a la libertad a que ellas convidaban.

—Vuestro deseo es un mandato. Preparaos, les dijo Guacanagarí. Una luz en el vecino monte os señalará mi cabaña. Allí os protegerán mi arco y toda mi tribu. Soy el cacique del más poderoso de los reinos de Haití.

Esto despertó más en Flor de Palma el amor por aquel indio.

Una mirada más llena de pasión acabó de enloquecer a Guacanagarí, quien le dijo con solemne acento:

—¡Hija de Bayoan, tú serás la reina de Marién!

—¡Y yo la esposa del poderoso cacique, mi libertador y libertador de mis hermanas de cautiverio!

El pacto estaba hecho.

Cuando Colón volvió, ignorando que en aquel instante el mundo de sus sacrificios iba a resbalar ante sus plantas, puso fin a aquella entrevista.

Guacanagarí se retiró satisfecho.

Colón también lo estaba.

Sólo Ojeda vio con malos ojos eso que él llamaba una debilidad del Almirante.

XVIII

A la mañana siguiente unos emisarios del cacique vinieron a bordo a saludar al Almirante. Entre ellos estaba el hermano de Guacanagarí.

El verdadero objeto de esta visita era concertar el plan de evasión de las borinqueñas.

Todo fue en un instante convenido.

Flor de Palma deliraba con la libertad, pero más fascinación ejercía en ella la esperanza del trono.

La noche anterior había tenido sueños de halagadores presagios.

Se veía ya conducida en un palanquín de oro, muellemente reclinada, con la corona en las sienes, bajo un dosel de verdes palmas y odorífero arrayán, por un camino donde la multitud regaba flores ante ella y las vírgenes cantaban los areitos sagrados al son de los tamboriles y las flautas rústicas, sacudiendo los abanicos de plumas de cisnes, para ahuyentar los insectos y producir el aire perfumado a su alrededor.

—Seré reina —se decía—. Tendré bajo mi dominio al gran Guacanagarí y sus vasallos. Ningún extranjero vendrá a profanar las regiones de mi reino. Yo seré la dueña de los destinos de Marién y haré que los demás caciques de la isla se sometan a mi poder. El amor es mi talismán. Todos serán mis admiradores y mis esclavos.

XIX

Guacanagarí no durmió aquella noche memorable.

Las ruinas de la Navidad no le debieron un solo recuerdo.

Todo su espíritu estaba poseído por Anaibelca.

Ella era la solución del problema de aquella vida de azares.

El no había pensado jamás que algo pudiera sacudir así la inercia de su ambición, dormida en el fondo de su naturaleza rústica.

Ahora se sentía verdadero monarca.

Osaría romper las ligaduras con que otro ser lo atara al póste de la sumisión.

—¿Qué vale una corona vacilante en las sienes sin aliento de amor en el corazón? Guamiquina es un protector; pero yo todo lo abandono por Anaibelca. Un fantasma es el deber, cuando la naturaleza habla. Louquo sabe que en mí no se ha engendrado el deseo de la traición. . . ¡Ah, yo jamás sería traidor! Yo seré, sí, el esclavo de Anaibelca, que me brinda la fortuna en la copa del deleite. ¡Yo, poseedor de aquellos encantos! Yo, participe de ese lecho de rosas tendido por un espíritu del Turey a la sombra de los árboles del paraíso. ¡Mi esposa, mi reina, mi ángel; tú. . . todo lo puedes; yo soy tuyo. . . !

La aurora sorprendió al cacique en su hamaca.

En cada uno de sus rayos creyó recibir una caricia de Flor de Palma, una dulce mirada de sus ojos y un castísimo beso de sus labios.

XX

Era una noche de luna, pero signos de tempestad había en el cielo y no soplaba el terral con la mansedumbre acostumbrada.

Envolvía el espacio una niebla opaca.

La playa resonaba con el embate repetido de las olas.

Todo era allí soledad. Ni una luz en las cabañas de los pescadores.

Sólo allá, lejos, medio oculta por los árboles y en el declive de una montaña, el rojo resplandor de una hoguera se divisaba desde a bordo de la carabela.

Crugían las antenas y silbaban las vergas de la nave.

Los centinelas estaban oprimidos bajo el peso de aquella atmósfera de plomo.

Apenas veían ni oían nada.

XXI

Eran las doce.

Una cuerda pendía del costado de la carabela hacia el frente de la playa.

Con sigilosa planta, como sombras evocadas por el genio de la noche, una a una, precedidas por Flor de Palma, fueron sa-

liendo las borinqueñas de la bodega de la nave, e inclinadas, se escurrieron hasta salvar la obra muerta, y agarradas a la cuerda cayeron al agua, deslizándose a nado en las ondas.

El ruido que hacían tantos brazos agitando el mar puso en alerta a los centinelas.

El disparo de un tiro fue la señal de alarma en el buque.

A este siguieron otros sobre las infelices fugitivas, a quienes, al fulgor de un rayo de la luna que asomaba en ese instante, se veía nadar a todo brazo para salvar la legua de distancia que las separaba de la playa.

Todo fue confusión a bordo.

Tres marinos se arrojaron al mar en pos de las indias.

Cuatro de ellas fueron apresadas casi al tocar la arena.

Las demás se salvaron. Flor de Palma entre ellas.

Su pie hollaba ya el trono de Marién.

XXII

Guacanagarí la recibió en sus brazos.

Ansiaba gozar las primicias de ese amor que lo iba empujando a la traición.

Ya había preparado el santuario para aquella deidad de sus delirios.

Una rústica barbacoa (*) de troncos de cedro con flexibles varales de corteza de caña de bambúes, tapizada de fragante savorey y hojas de arrayán bajo un dosel de mimbres y flores, ocupaba uno de los extremos de la eracra, al lado de la hamaca del cacique.

Pero... ¡inútiles preparativos!

—¡Huyamos, huyamos! —exclamó Flor de Palma casi arrastrando en sus brazos a Guacanagarí—. ¡Si nos quedamos aquí, somos perdidos! Los españoles vienen en nuestra persecución.

—Pero ¿adónde vamos, si todos los caciques de las otras tribus son mis adversarios? ¿Cómo voy a entregarme, si me sacrificarían!

—Es preciso huir. Si Ojeda, tu rival, sabe que eres cómplice de nuestra fuga, también los españoles te sacrificarían.

(*) NA.—Cama indígena.

—¿Qué quieres entonces?

—Es preciso que, para salvarnos, también ofrezcas en holocausto tu vida.

—¡Pues sea! ¡Manda, tu eres mi reina!

—Vamos a ofrecer a tu vecino la paz. Yo voy a unir en uno sólo todos los cacicazgos de Haití. Yo te haré grande. ¡Obedéceme y serás feliz!

El débil Guacanagarí, como el junco al embate del viento a las orillas de nuestros ríos, se doblega ante aquella poderosa voluntad y, en medio de las sombras de la noche, abandona su cabaña y cruza aquellos montes seguido de Flor de Palma, sus compañeras y los suyos.

El primer paso en el camino de la traición estaba dado.

Aquella situación era terrible para él.

XXIII

Al día siguiente Colón manda a reclamar de Guacanagarí las indias de Borinquen.

Ojeda se presta a desempeñar esta comisión.

Llevaba perversas intenciones.

Iba a decir que el cacique se había obstinado en no entregar su presa; que había insultado a los españoles; que tenía varios indios apostados para atacarlos; que en esa virtud él no había podido contener a sus soldados y había tenido que dejar que diesen la muerte.

Los celos encendieron en aquel corazón la hoguera de la venganza.

XXIV

Pero la cabaña del cacique estaba desierta. Nada había allí sino los preparativos para la boda de la noche anterior.

Ojeda, a su vista, sintió hervir su sangre y presa de furia y encono destrozó con sus propias manos aquellos objetos que le recordaban su desdicha.

Renegó de su suerte, viendo ya sus sueños desvanecidos.

En vano siguió por los montes buscando a Guacanagarí y a las fugitivas.

Ni una sola huella encontró como indicio de su tránsito.

XXV

Dejemos a Colón meditando profundamente sobre su debilidad; al padre Boil echándosela en cara y a Ojeda rabiando y urdiendo planes de venganza; y sigamos a los fugitivos.

Estos llegaron a los límites que separan el cacicazgo de Marién del de la Maguana, y se hallaban a las márgenes del caudaloso Guayayaco. (*)

Flor de Palma, en una canoa espléndidamente adornada, y con un acompañamiento regio, del cual formaban parte sus compatriotas, cruzó aquellas impetuosas corrientes, penetrando en la comarca que gobernaba el indómito Caonabo y la hermosa y célebre reina poetisa Anacaona.

Fue recibido con benevolencia por ambos.

Valiéndose de cuantos medios pueden poner en práctica la belleza y el talento, Flor de Palma conquistó las simpatías de la corte de Maguana, y Guacanagarí recibió la feliz nueva de que la paz y la alianza se celebraban entre él y su implacable enemigo.

Guacanagarí y Flor de Palma hicieron después su entrada en la capital de la Maguana en medio de regias pompas.

El abrazo de los caciques y sus mutuos juramentos auguraban una era de felicidad para Quisqueya y Haití.

Flor de Palma había sido enviada por la Providencia para decidir el destino de aquella raza oprimida.

XXVI

Faltaba celebrar las bodas de Guacanagarí y Flor de Palma. Hasta entonces no habían sido sino dos amantes, a pesar de que el cacique ardía en deseos de poseerla.

Caonabo y Anacaona quisieron que aquella augusta ceremonia se celebrase con todo el fausto debido, como que ella significaba la reconciliación de todas las tribus hermanas, el triunfo sobre los conquistadores y la grandeza futura de la isla.

(*) NA.—Hoy Artibonito.

Bohechío, Gran Jefe de la confederación haitiano-quisqueyana, soberano de Jaragua, Guarionex, cacique de Maguá y Cayacoa, señor de Iguayagua, debían asistir a este ruidoso festival.

XXVII

¿Qué diremos que se parezca a una descripción de este solemne acto entre los aborígenes?

Nada faltaba allí.

La naturaleza asistía en toda su encantadora sencillez, en toda su radiante plenitud de vida, a aquellas nupcias en que el amor conducía al tálamo a una mujer y que aquel tálamo era un trono opulentísimo.

Sobre el altar del santuario del Zemí, hecho de palmas y bambúes, se veía el oro resplandecer entre los canarís de luciente barro, incrustados de menudísimas conchas y atestados de flores y frutas.

Caracoles y lambís enormes reflejaban en sus tintes de iris la diáfana luz del día y los fulgores de la hoguera de perfumado áloe.

Las vírgenes del sol, vestales del templo del Turey, casi desnudas y todas coronadas de alelíos y arrayán sagrado, con cestillos de mimbres llenos de yerbas aromáticas, llevaban las ofrendas del culto y rodeaban a Flor de Palma.

Esta se hallaba junto a Anacaona, sacerdotisa de la grey y que había compuesto el areito nupcial, bajo un dosel de oro recamado de nácar.

Flor de Palma irradiaba luz de belleza y majestad.

En sus cabellos, que le servían de manto, brillaba todo un variado pensil de la zona del trópico.

Un cendal de sarovei finísimo, orlado de plumas de vistosos colores, rodeaba su esbelta cintura y le caía hasta las rodillas.

Brochetes de oro y de coral ceñían sus brazos y sus torneadas piernas.

Guacanagarí era todo magnificencia. Corona, cinto, aljaba y arco eran otras tantas maravillas del arte indígena.

Lo mismo estaban los demás caciques.

Los buitíos ostentaban en las pinturas de los Zemís sobre su cuerpo caprichosísimos adornos, y Anaibai, el buitío de Marién, evocador del oráculo sagrado, llevaba un manto de filamentos de magüey y en él representada la gruta de Cacibajagua, y el sol y la luna saliendo con su corte de planetas, precedidas por las cuatro estrellas, símbolos de los "hijos predilectos de la potencia creadora del Universo".

La orquesta de timbales, tamboriles, flautas, güiros, arpas rústicas y panderetas o magüeyes se encontraba allí con el coro de la multitud que invadía todo el vasto recinto del templo.

XXVIII

La palabra de Anaibai vibró entre el estruendo de las aclamaciones populares, y el silencio reinó inclinándose todos, mientras se hacía la consulta del Zemí sobre la suerte de los esposos.

El oráculo era favorable.

La multitud se entregó al regocijo.

Entre el cerco de las vírgenes del sol, que danzaban cantando el melodioso areito nupcial al son de la orquesta, y regando las flores de sus cestillos a los pies de los esposos, llevaba Anacona de la mano a Guacanagarí y Bohechío a Flor de Palma hacia el altar donde el buitío puso la corona del cacique de Marién en la frente de la esposa, uniéndoles las manos e invocando la bendición del Zemí.

Todo fue entonces el delirio de la alegría suprema.

Los ecos de la música, los cantos y las aclamaciones ensordecían el espacio y ese día se pasó entregado a la embriaguez de la celebración de tan fausto acontecimiento.

Los caciques asistieron a los divertidos juegos del batei (*) y Flor de Palma mostró en ellos una asombrosa habilidad que dejó encantados a los indios.

Todos miraban en la nueva reina vinculada la prosperidad de la raza indígena.

(*) NA.—Juego de pelota.

XXIX

Los españoles seguían haciendo incursiones en los dominios de Marién y Caonabo quería expulsarlos de inmediato del territorio de Haití.

El entusiasmo animaba a las tribus de la isla.

Flor de Palma, dueña de la voluntad de Guacanagarí, hacía que este cooperase al pensamiento salvador.

Anibai, el buitío de Marién, exaltaba con sus consejos el alma del cacique.

Le pintaba con colores horribles la ferocidad de los extranjeros y le hacía ver cuan vergonzosa era su dominación.

En Guacanagarí se había efectuado la transformación más violenta.

Su alma, que había flotado sobre un abismo, se cernía sobre otras regiones de luz.

Su amor, cada día más creciente por Flor de Palma, le personificaba en ella la patria.

Salvar a la patria era salvarla a ella.

Estaba decidido a dar su vida por aquella vida.

XXX

Llegó el día de la gran batalla.

Al lado de Caonabo y de los nitainos de Maguana, Guacanagarí blandió también el arco.

La lucha fue tremenda.

Millares de víctimas mordieron el polvo sangriento.

Allí fue que Guacanagarí pudo ver con asombro maniobrar a los caballos traídos por los europeos.

¡Cuán lejos estuvo de pensar el día en que visitó la carabela que aquellos animales se emplearían contra él!

Ojeda mandaba el ejército contrario e hizo prodigios de valor.

El combate estuvo indeciso por algún tiempo.

Pero al fin la presencia de Flor de Palma, armada también de un arco, peleando con desnudo al lado de Guacanagarí, contribuyó a reanimar a los indios y el triunfo fue completo.

Marién se había libertado de sus opresores.

Hasta la misma playa de Puerto Real fueron perseguidos los restos de los españoles que se embarcaron precipitadamente.

Guacanagarí y Flor de Palma tomaron posesión del mando de su cacicazgo.

Caonabo, durante la batalla, había sentido primero admiración por la bravura de la esposa de Guacanagarí.

Después su imagen no se apartaba de su pensamiento.

Anacaona era bella, era inteligente; Flor de Palma unía a todo esto el valor.

Para el guerrero de Maguana el valor eclipsaba lo demás.

Ante sus ojos una amazona superaba a una poetisa.

XXXI

Flor de Palma no abandonaba su idea favorita de unir los reinos de Haití y de Quisqueya.

Lo había dicho un día: "El amor será mi talismán".

Debía comenzar por la fascinación de los caciques y ya casi tendía la red al guerrero de Maguana.

Ella lo comprendía.

Caonabo siempre enviaba emisarios al cacique de Marién con valiosos presentes para Flor de Palma.

Anacaona lo notaba, y a pesar de su virtud, los celos iban apoderándose de su corazón.

Algo avisa siempre a la mujer que hay una sombra, por imperceptible que sea, que le cercena la plenitud de la luz con que el amor de un ser la envolvía.

Y los celos son tempestades ocultas en el alma, como los rayos en la nube.

Un ligero choque, y la chispa eléctrica brota, y produce el cataclismo de la naturaleza por la agitación de todos los elementos.

XXXII

Una noche en que Guacanagarí estaba entregado al reposo en su opulento alcázar sintió como si una mano de hierro pesara sobre su frente.

Un sueño horroroso lo perseguía.

Soñó que le arrebatában la corona de sus sienes y que un monstruo la sumergía en un lago de sangre.

Despertó.

Volvió la vista hacia el lecho de Flor de Palma.

Estaba vacío.

Quiso levantarse.

Alguien lo impedía.

—¿Adónde vas, cacique de Marién? ¡Detente!, —le dijo una mujer que al punto reconoció.

Era Anaima, hermana de Aniguáiba, la cual fue esposa de Guacanagarí.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Anaibelca? —exclamó el cacique.

—No preguntes por tu esposa, cacique de Marién. Ella no ha perecido como aquella infeliz hermana mía que condujiste al sepulcro y cuyo amor no merecías tú.

—¡Déjame, mujer funesta, y devuélveme a Anaibelca, que sin duda es víctima de tu furor y tu venganza!

—¡No!, yo no soy sacrificadora de seres inocentes; no soy como tu, que siempre inmolas tu raza y tu familia a la pasión por el extranjero.

—Pero ¿qué quieres de mí? Habla y retírate.

—Sí, voy a hablar. Escúchame: Aniguáiba y yo vivíamos un día tranquilas bajo la choza de nuestros padres y tu te presentaste en ella para turbar nuestro reposo. El amor inflamó mi alma y fuiste tu mi único delirio. Yo devoraba en silencio mi pasión esperando el instante en que me llevases al altar. Pero el desengaño más terrible me sumió en el abatimiento. No era yo el objeto de tus esperanzas. Aniguáiba fue quien ciñó a sus sienes la corona. Desde entonces mi vida es la de la sombra que llora sobre las tumbas de la raza que has entregado al verdugo de otras tierras. Pero no he sido yo únicamente la mártir de tu ambición. Mi pobre hermana llevó una vida de atroces penalidades hasta que al fin sucumbió maldiciéndote.

—¡Anaima, tu me calumnias!

—¡No! Yo seguía tus pasos y he asistido a todos tus conferencias con el extranjero. ¿Te acuerdas de lo que ocurrió bajo

aquel árbol entre tu y un hidalgo español? ¿No sabes que yo oía tus palabras, que eran la sentencia de muerte de mi hermana?

—Anaima, ¡por piedad!, retírate. Déjame pasar tranquilo los días de mi existencia.

—¡No! Sondea tu conciencia y oye en el fondo la voz del remordimiento que te acusa.

—Pero ¿qué deseas, por qué vienes así a martirizarme? Déjame ir a buscar a Anaibelca.

—¡Cacique de Marién! El extranjero será tu verdugo, como lo ha sido de tu raza. El castigo de Louquo está pendiente sobre tu cabeza. Yo vengo a anunciártelo. Esa Anaibelca, esa extranjera, ha de serte infiel, como lo fuiste tu a mi infeliz hermana.

—¡Retírate, monstruo!

—Sí, tu morirás despreciado de los tuyos y escarnecido de los extraños. ¡Cacique de Marién: la hora de mi venganza se acerca! ¡Adiós!

XXXIII

Cuando aquella mujer salió, Guacanagarí se lanzó fuera de su alcázar buscando a Flor de Palma.

A pocos pasos la halló, tendida en el césped, bajo una frondosa ceiba.

Flor de Palma se incorporó.

—¿Me buscabas? —le dice.

—Sí, Anaibelca, ¿qué haces aquí?

—Vine a sustraerme de sueños horribles que pesaban sobre mi espíritu. Quería que el viento perfumado de la noche los llevase a otros seres menos felices que yo.

—¿Y qué soñabas tú, Anaibelca mía?

—Soñé que tú estabas en brazos de otra mujer y que me habías olvidado.

—¡Ah! ¡No, jamás! Yo también tuve sueños de siniestro augurio. Soñé que un monstruo me arrebatava la corona, sumergiéndola en un lago de sangre.

—¡La corona está tan firme en tu cabeza, como tu amor en mi corazón!

Si Guacanagarí hubiese llegado a aquel sitio un poco antes hubiera visto deslizarse entre el follaje una sombra que huía.

Las palabras de Anaima resonaban en los oídos del cacique: —“Anaibelca te será infiel”— había dicho al retirarse.

XXXIV

La infeliz Anacaona sufría horribilmente.

Sin que el extranjero estuviera por aquellos lugares, Caonabo salía siempre a hacer excursiones por las montañas, atravesando el Guayayuco.

Una noche la reina de Maguana envió uno de los favoritos o servidores de su corte, para que siguiese los pasos del guerrero, y éste fue visto entrando en el alcázar de Guacanagarí.

Aquello fue un rayo para la infeliz Anacaona.

La tempestad se desencadenó en el regio hogar.

Los celos le impulsaban al crimen, y velaba la ocasión de vengarse de la reina de Marién que le había arrebatado su amor.

XXXV

Sigamos a los españoles.

Desposeídos de Marién la escuadra hizo rumbo para el oriente.

Los vientos la obligaron a detenerse cerca de la boca del Bajabonico en cuya costa vecina hizo Colón fundar una ciudad a la que dio el nombre de Isabela.

Muy pronto hubo entre los mismos conquistadores serios disturbios y Colón, para distraerlos, organizó una expedición al interior de la isla.

Se apoderaron de mucha parte del territorio.

Ojeda quería penetrar en Marién, y merced a favorables circunstancias, logró acercarse a los dominios de Guacanagarí.

Caonabo acudió en socorro de su aliado.

Librarónse varios combates que no decidieron el triunfo.

Mientras tanto Flor de Palma seguía ejerciendo mayor ascendiente en el corazón de Caonabo y ya en Guacanagarí empieza a nacer el temor de que el valiente cacique de Maguana se apoderara de su esposa y de su reino.

XXXVI

Anáima velaba siempre.

Veía casi realizarse sus deseos porque comprendía que la ambición atizaba la hoguera del amor culpable en el corazón de Flor de Palma.

Visitó a Anacaona y obtuvo que ella, en la mayor intimidad, le hiciese partícipe de sus sufrimientos y de sus deseos.

Fue desde entonces su aliada en sus proyectos de venganza.

XXXVII

Ojeda con sus tropas estaba ya casi a las puertas de la ciudad de Guacanagarí.

Había enviado al cacique un emisario intimidándole la rendición.

Flor de Palma, Caonabo y el buitío Anaibai hicieron que Guacanagarí contestase con dignidad rechazando aquella insolente pretensión.

XXXVIII

Era una noche lóbrega.

Ni una estrella se veía en el firmamento.

Guacanagarí dormía profundamente.

Flor de Palma había colocado a la cabecera del cacique algunas ramas de un árbol cuya virtud narcótica es conocida: el manzanillo.

Mientras tanto, ella velaba.

Pocos instantes después un hombre penetraba en la alcoba de la reina de Marién.

Era Caonabo.

Se sentó al lado de Flor de Palma y le dijo:

—Es preciso que tu decisión sea pronta. El extranjero está a las puertas de la ciudad. Si no me amas, mañana desampara é tu reino y tu débil esposo tendrá que entregarlo al vencedor.

—¿Cómo quieres que manche con el adulterio el tálamo conyugal?

—¿Prefieres entonces perder la corona y la fortuna? ¡Pues sea! ¡Adiós!

—No; no te retirarás. Quiero que quedes en Marién, que nos defiendas, que asegures la corona en nuestras sienas. Louquo premiará tu sacrificio. Pero no me exijas que sea culpable.

—¡Bien! Yo mataré a Guacanagarí y el culpable entonces seré yo.

Y así diciendo, templó el arco, e iba a asestar la flecha al corazón del cacique.

—¡Detente! ¿Cómo permitir que en mi presencia se sacrifique a mi esposo?

Un suspiro cruzó el ámbito de la alcoba, y Flor de Palma, trémula, vio que Guacanagarí movía una mano como llamándola.

Quitó prontamente las hojas de manzanilla de la cabecera del lecho.

—Huye, —dijo a Caonabo— mis hojas han perdido su virtud. Guacanagarí despertará y entonces. . .

Caonabo salió.

Flor de Palma fue en pos de él hacia la puerta.

—Anaibelca —dice Caonabo— por última vez ¿serás mía?

—¡Cacique de Maguana, seré tuya si me prometes unir tu reino al mío bajo mi dominación!

Caonabo vaciló un instante.

—¡Pues sea! Mañana estará sometido mi reino a tu poder.

—¡Mi ambición empieza a cumplirse! —murmuró Flor de Palma—. ¡Seré reina de Haití y de Quisqueya.

XXXIX

Acababa de pronunciar Flor de Palma estas palabras, y apenas Caonabo había avanzado veinte pasos, cuando un silbido agudo estremeció el viento y la punta de una flecha atravesaba el corazón de la reina de Marién.

Cayó en tierra a la puerta de su alcázar inundándola de sangre.

Guacanagarí acudió al ruido que hizo el cuerpo al caer.

La vio, tendida, con la rama de manzanillo aún en la mano.

Tocó su corazón.

Había muerto.

Lloró como un niño junto a su cadáver y a sus alaridos toda la corte vino a presenciar el doloroso espectáculo.

XL

Pocos instantes después todo era confusión en la capital de Marién.

La noticia de la muerte de Flor de Palma cundió de un extremo a otro.

Parece que los españoles, aprovechándose de esta circunstancia, asaltaron la ciudad, y la más horrible carnicería puso fin a la dominación de Guacanagarí.

Este, llevándose el cadáver de su esposa, para que no cayese en manos de Ojeda y los conquistadores, huyó con todos los suyos hacia los dominios de Caonabo, que se había salvado cruzando los montes.

XLI

¿Quién había dado muerte a Flor de Palma?

¿Sería algún indio comprado por Ojeda?

¿Sería alguno que sirvió de instrumento a la venganza de Anacaona?

¿O sería Anáima, la sombra tenaz y perseguidora del cacique de Marién?

El impenetrable velo del misterio cubría este crimen.

En vano se hacían esfuerzos para hallar al culpable.

XLII

Guacanagarí había caído en un abatimiento invencible desde la muerte de su esposa.

En su corazón se levantó una borrasca de dudas y pesares que iba consumiendo su existencia.

Sobre todo, jamás se le apartaban de la memoria las ramas de manzanillo que halló en las manos de Flor de Palma cuando acudió al ruido que hiciera la caída de su cuerpo.

—¿Qué significaba aquella mortífera planta? ¿Había ido Flor de Palma a recogerla para darse la muerte? ¿O intentaba ella quitarle la vida, para seguir a otro?

Todo esto iba y venía en su imaginación sumergiéndole en la más insoportable de las incertidumbres y el más abrumador de los tormentos.

XLIII

Preparábase un formidable ataque de todos los caciques reunidos contra los españoles.

Bohechío, Caonabo, Guarionex y Cayacoa invadieron el reino de Marién en unión de Guacanagarí.

Pero como este último, a igual que siempre, vacilaba, estuvo a punto de estallar un conflicto entre él y Caonabo.

De aquí surgió de nuevo la división entre ambos caciques.

Guacanagarí, una vez muerta Flor de Palma, no sentía que la patria le exigiese ningún sacrificio, y desentendiéndose del ataque, envió emisarios secretos a Colón, proponiéndole la paz.

Este aceptó.

El cacique de Marién imploró el perdón del Almirante y de nuevo fue el más adicto a los españoles.

Pero entre ellos tenía muchos enemigos.

Ojeda no pudo perdonarle nunca la fuga de Flor de Palma.

XLIV

Anacaona se había retirado a Jaragua donde gobernaba con su hermano Bohechío. Aquel reino no había sido todavía hollado por la planta del extranjero.

Bartolomé Colón, hermano del Almirante, fue recibido allí con la mayor cordialidad. Pactó con Bohechío el pago de tributos por parte del cacicazgo y todo aseguraba el triunfo completo de los españoles.

Pero, embarcado Colón para España, empezaron los vejámenes y persecuciones a sumir en la más horrorosa situación a los pobres indígenas.

A Guacanagarí se le impusieron odiosas y gravísimas contribuciones y se le veía con desconfianza.

El pobre cacique era objeto de una saña cada vez más creciente.

Estaba despreciado por los españoles y casi abandonado de los suyos.

XLV

Sus días le encaminaban a la tumba.

Tenía en su corazón todo el peso de los recuerdos de su infortunada vida.

El remordimiento era el compañero inseparable de su conciencia.

Cuando ya, en el fondo del bosque, lloraba en el mayor desamparo toda su perdida felicidad, he aquí que aquella sombra fatídica, aquella Anáima implacable, se le aparece un día.

—Aquí estoy, le dice. Vengo a visitarte en tus últimos momentos. Vengo a revelarte al borde de la tumba el secreto de tus últimas desgracias. Te lo dije un día: “Tu Anaibelca te será infiel y morirás despreciado de los tuyos y escarnecido de los extraños”. ¡Estás mirándolo!

—¡Oh! ¡Perdón, piedad! ¡Que no sepa yo la historia de mis últimos infortunios!

—Sí, es preciso que la oigas. Es preciso que sepas de lo que esos extranjeros son capaces en esta nuestra pobre tierra. ¿No recuerdas aquel ramo mortífero que viste en la mano de Anaibelca cuando cayó sin vida?

—¡Oh sí! Dime ¿qué significaba?

—Estaba puesto por ella a la cabecera de tu lecho, para adormecerte, mientras se entregaba a tu rival.

—¿A mi rival? ¿Y quién era mi rival?

—Caonabo, tu aliado, que, sin saberlo, vengaba a mi infeliz hermana, haciéndote víctima del adulterio de tu esposa.

—¡Ah infame! . . .

—¿Sabes quién se vengó de esa mujer que llevara a tu hogar, con un amor mentido, la traición y el deshonor?

—¡Dímelo! ¿Quién?

—Fui yo, a quien Anacaona comunicó sus deseos, y que me presté a ejecutarlos, para ser también su vengadora.

—¡Anáima, te perdono!

—Yo no he sido sino la enviada de la justicia del Turey. Tu destino se ha cumplido. Ahora, muere en paz.

Y Guacanagarí, el débil monarca de Marién, pocos instantes después exhalaba solitario el último suspiro.

Hemos vacilado antes de incluir *Flor de Palma* o *La Fugitiva de Borinquen* en la presente edición de poesías de José Joaquín Pérez. El motivo principal de nuestra vacilación obedecía al hecho de que el relato estuviera compuesto en prosa pero han valido, por encima de ello, para nuestro acuerdo final, dos razones: *Flor de Palma* fue parte de la primera edición de las *Fantasías Indígenas*, y por no haberse reimpresso desde entonces, es prácticamente desconocida en la actualidad; y en segundo término su elaboración en prosa no excluye de manera absoluta el sabor poemático que denuncia una textura vibrante, de períodos breves pero nutrida en imágenes, muy propia del gusto romántico, lo mismo que el convencional diseño del indio.

La literatura romántica, en prosa narrativa en Hispanoamérica incursionó también en los temas indigenistas. “Además, en casi todas estas novelas —dice Emilio Carilla, refiriéndose a la novela histórica— aparece el indio (hasta hoy algunas novelas de asuntos precolombinos) y tienen por lo común sentido indianista”. (*El Romanticismo en la América Hispana*, págs. 311-12, Ed. Gredos, Madrid).

Entre esos relatos figuran los que Concha Meléndez califica de novelas poemáticas, relatos breves que, según la autora citada, reúnen los siguientes elementos:

“a) Amor entre una indígena y un español, o con menos frecuencia entre dos personajes indios;

b) Descripciones de la Naturaleza lindando con el poema en prosa;

c) Color local, más o menos logrado, describiendo las costumbres, mitología y supersticiones indias;

d) Himnos en prosa o verso, en el tono de los yaravies del Ollantay, epitalámicos o heroicos”. (*Concha Meléndez, La Novela Indianista en Hispanoamérica*, pág. 129, *Monografías de la Universidad de Puerto Rico*, Imprenta de la Librería y Casa Editorial Hernando, Madrid, 1934).

Con excepción del último —que sin embargo estuvo a punto de aflorar cuando José Joaquín Pérez describe las bodas de Guacanagarí y *Flor de Palma*— los elementos indicados se advierten en esta *Fantasia* prosificada.

EL ARPA DE THOMAS MOORE

En pocos poetas europeos concurren tan relevantes prendas como en Thomas Moore (1778-1852) para atraer el interés y las preferencias de los románticos hispanoamericanos.

Una estrecha amistad le unió a Robert Emmet, héroe juvenil irlandés, quien preparó y dirigió la insurrección de 1803, cuyo fracaso le condujo al patíbulo, a la temprana edad de 25 años.

En la porfiada liza sostenida a través de toda su historia por la Irlanda católica contra el dominio británico han encontrado a menudo los pueblos hispanoamericanos inspiración para sus propias luchas.

Además, los irlandeses, por su origen, se encierran vinculados a las figuras legendarias de los viejos bardos celtas que tanto espolearon la imaginación romántica como en el caso del mítico Osian revivido por Macpherson. "Tierra del canto", "la verde Erin" son denominaciones corrientes aplicadas a Irlanda. No en balde la Irlanda independiente de nuestros días tiene en su emblema nacional un arpa.

Moore evocó casi constantemente la memoria de Emmet en su poesía; en 1807 comenzó a componer la letra para los aires musicales conservados por la tradición popular, lo que dio lugar a sus famosas Melodías Irlandesas; el recuerdo nostálgico de la tierra natal desde el exilio deja también profundo rastro en su poesía y, por último, fue autor de una tragedia, Mangoré, de tema indígena americano, que puede señalarse como uno de los antecedentes del indigenismo literario hispanoamericano.

Quiere decir, pues, que el bardo irlandés reunía muchas de las vertientes de la poesía romántica que mayor aprecio merecieron de sus congéneres hispanoamericanos: la poesía patriótica, la poesía del destierro y la que pretendía traducir las esencias del espíritu nacional.

José Joaquín Pérez, que llegó a poseer un regular dominio del inglés y el francés, comenzó a verter al español desde el primero de los idiomas mencionados las composiciones de Moore cuando se encontraba desternado en Venezuela, apenas seis años después de concluída la guerra de Restauración y en plena contienda revolucionaria contra Buenaventura Báez que pretendía anexar el país a Estados Unidos.

*Entre los cuadernos manuscritos que nos han servido para la presente edición hay uno dedicado en sus sesenta y cuatro páginas iniciales a recoger traducciones del poeta irlandés. Lamentablemente, el tiempo lo ha deteriorado mucho, permitiendo leer solamente fragmentos de la mayoría de las composiciones. Otras están apenas esbozadas con trazos prácticamente ilegibles que el poeta acostumbraba a utilizar hasta tanto no daba forma definitiva a sus versos. Por las fechas anotadas en una de las primeras composiciones, la titulada *El Trovador*, y en una de las páginas inmediatamente posteriores a ellas, la mayoría de las traducciones de Thomas Moore parecen haberse compuesto entre 1873 y 1880, esto es, en un período que coincide con la labor de más acentuado romanticismo de José Joaquín Pérez. Sin embargo, puede advertirse que las traducciones de Moore no son ajenas a la evolución que iba a alejar paulatinamente al poeta del puro romanticismo primitivo. Ello es perceptible más que nada en la forma que va cimentándose en mayor firmeza.*

El extremo es digno de atención en vista de que continúa sin evaluarse lo que ha representado para el proceso de nuestra poesía el conocimiento de los poetas de lengua no española. Comenzó a verter producciones de algunos de ellos a los cauces de la poesía dominicana Manuel Rodríguez Objío, amigo íntimo de José Joaquín Pérez, con traducciones de Lamartine, Víctor Hugo y otros. Dentro de esa tendencia el mayor acopio lo hizo Pérez con sus versiones de Thomas Moore.

En el manuscrito que hemos citado más arriba pueden identificarse la mayoría de las composiciones insertas en la Lira. Con excepción de dos, la selección que presentamos procede de dicho volumen.

AL PARTIR

Ya entre celajes el fugaz vislumbre
de la tierra de Erin mi vista alcanza,
y es apenas un punto la alta cumbre
de mi mansión de amor y de esperanza.

Pero doquiera que el fatal destino
me lance en el destierro, aquí en tu seno
tendré mi patria, y el fulgor divino
del cielo azul de tu mirar sereno.

De algún desierto hacía el rincón oscuro
o en playa que la mar ignota bañe,
donde nunca el fatídico e impuro
odio feral del opresor se ensañe;

allí contigo volaré bien mío,
en alas del amor, y menos rudo
será el viento impetuoso, que el impío
silencio que el oprobio imponer pudo.

Yo allí, tejiendo tus guedejas de oro
sobre el arpa, en tu seno reclinado,
oiré como ella, en su cantar sonoro,
alienta el corazón desventurado.

Y nunca temeré que en triste hora
arranque el frío sajón con mano fiera
ni una cuerda del harpa vibradora,
ni un rizo de tu blonda cabellera.

El tema del destierro, tan privativamente romántico, lo toca Thomas Moore en esta composición.

Pocos años de su edad adulta transcurrieron en su tierra nativa. Su fama literaria se sustanció en Londres y solamente por un lapso de varios años, de 1806 a 1809, volvió a Irlanda, oportunidad en la cual comenzó a escribir sus famosas Melodías Irlandesas, inspiradas en los aires tradicionales de su país.

EL RECUERDO

Como un rayo de luz resplandeciente
del mar azul sobre las ondas gira,
mientras en el fondo la glacial corriente
lóbrega, lenta y silenciosa expira;

así en el labio la sonrisa asoma,
placer y dicha perennal mintiendo,
mientras tintes sombríos el alma toma
y el pobre corazón está muriendo.

Hay un recuerdo de fatal tristeza,
cuya pálida sombra en todo vaga:
en el contento que a alborear empieza
y en el rudo pesar que nos amaga.

Por él como en suspenso está la vida
y nunca luz ni oscuridad alcanza,
pues no tiene el placer gloria cumplida
si el genio del dolor su dardo lanza.

¡Oh! Vive ese recuerdo en nuestra mente,
cual rama seca que deshoja el viento;
y aunque la bese el sol con rayo ardiente
nunca le infunde vigoroso aliento.

Espárcense las hojas, y la rama
de la tierra en el fondo se sepulta,
¡cual la triste memoria del que ama
queda en el alma para siempre oculta!

La profunda huella que dejaron en el ánimo de Thomas Moore las luchas de los independentistas irlandeses y la ejecución de su amigo y condiscípulo Robert Emmet se traslució posteriormente en sus versos. La evocación sin duda del héroe juvenil es la que está presente en esta composición en que un triste recuerdo cubre de melancolía todos los sentimientos del poeta.

SU NOMBRE

¡Ay! No murmures su nombre.
Dormido quede en la sombra
donde yertas y olvidadas
ya sus cenizas reposan.

Ocultas y tristes sean
estas lágrimas que brotan,
rocío que cae en la yerba
de su lápida mortuoria.

Pues aunque en secreto cae
el rocío sobre su losa,
hace brillar la verdura
que la cubre y que la adorna;

y nuestras lágrimas tiernas,
aunque corren silenciosas,
¡verde siempre en nuestras almas
conservarán su memoria!

Esta composición, apesar de su brevedad, está íntimamente unida a la popularidad de Moore, porque la inspiró un hecho histórico conmovedor: las palabras dirigidas por Emmet a sus jueces pidiéndoles que no permitieran que nadie escribiera su epitafio.

EL ARPA DE MI PATRIA

Arpa querida de la patria mía,
te encontré en abandono y soledad,
y del silencio la cadena fría
colgó en tí la funesta adversidad.

¡Cuán orgulloso y placentero un día
yo tus cuerdas pulsé! Conmover
tu acento sólo entonces repetía
sueños de luz, de libertad y amor.

La fe que inspira la pasión ardiente
y la nota ligera del placer
tu seno hicieron despertar latente,
y tu vívido alambre estremecer.

Mas ¡ay! tu fuiste el eco del suspiro
de profunda tristeza y de dolor
que arrancó a tu silencio en raudo giro
otro tiempo fatal, aterrador.

Arpa querida de la patria mía
callar debe por siempre nuestra voz;

de mi última fe la flor sombría
te ciño, al darte mi postrer adiós.

Ve a dormir a la sombra de tu fama
en la indolencia y el olvido ya;
mas si una digna mano te reclama
tus patrióticos ecos siempre da.

Si el amante, el patriota y el soldado
por tí han sentido el corazón latir,
tu gloria de esplendor se ha coronado;
debes en grata eternidad vivir.

Yo no fui sino aliento de la brisa
que en tus cuerdas pasó suave y veloz;
el sublime poder que te eterniza
era tuyo no más —¡adiós! ¡adiós!

LAGRIMA POR LAGRIMA

I

¿Es verdad que, cual nube tempestuosa
ante el alba, nubló tu frente mustia,
do brillaba la infancia esplendorosa,
la sombra del pesar y de la angustia?

¿Es verdad que ya el tiempo con sus alas
trocó tu dicha en ilusiones muertas,
y que donde el amor lucía sus galas
quedan hoy sólo las cenizas yertas?

¡Hijo del infortunio! Ven y llora
aquí en mis brazos tu contraria suerte:
yo quiero consolarte hora tras hora
y lágrima por lágrima volverte.

II

Para tí fue el amor como el tesoro
que hay de Lagenia en la engañosa mina,
donde seduce el esplendor del oro
guiando la planta a inevitable ruina.

Y la esperanza, cual un ave errante,
de árbol en árbol, no dejó en su vuelo
ni un talismán para tu pecho amante,
ni un destello de luz para tu cielo. (1)

¡Hijo del infortunio! Ven y llora
aquí en mis brazos tu contraria suerte:
yo quiero consolarte hora tras hora
y lágrima por lágrima volverte.

III

Si así pasaron ya tus dulces horas
de encanto y de ilusión y de consuelo, (2)
si así fueron también engañosas
las esperanzas que fingió tu anhelo;

si todo —gloria, dicha y paz y amores—
mientras tu vives, para tí está muerto;
si otros hallan doquier fragantes flores
y el mundo para ti ya es un desierto,

hijo del infortunio: ven y llora
aquí en mis brazos tu contraria suerte:
¡yo quiero consolarte hora tras hora
y lágrima por lágrima volverte!

(1) NA.—Alusión a un pasaje que refiere en la obra *Arabian Nights*.

(2) “que aún al mismo dolor daban consuelo”, en la versión que recoge *La Lira* en 1928.

En el tomo primero de la *Antología de la Literatura Dominicana*, incluido en la *Colección del Centenario*, se recoge la versión que insertamos de *Lágrima por Lágrima* como publicada en 1885, esto es, con una fecha posterior a la que parece indicar para la mayoría de las traducciones de Moore el manuscrito a que nos hemos referido. Sin duda se trata de una de las mejores, cuando no la mejor, de las composiciones inspiradas en las poesías del bardo irlandés.

Según Pedro Henríquez Ureña, “más que una traducción *Lágrima por Lágrima* es una imitación de la “melodía irlandesa” *Has sorrow thy young days shaded* y es muy superior a su mediano original. El efecto real del ritornelo lo introdujo el poeta dominicano”.

ANTES DEL COMBATE

I

Latiendo el corazón presagia el día
de ir al combate a desafiar la suerte
y ese sol que en sus rayos nos envía
libertad o cadena: ¡vida o muerte!

Como la estrella de la tarde muere
de la onda móvil en el seno, el bravo
entre un raudal de lágrimas prefiere
caer en la lucha que vivir esclavo.

Bendito aquel sobre quien brilla eterna,
si sucumbe con gloria y heroísmo,
de sus hermanos la sonrisa tierna
aún de los años tras el hondo abismo.

Nada hay tan grande, no, como el soldado
que en el seno inmortal de la victoria
duerme, por su laurel acariciado,
el sueño interminable de la gloria.

II

Al fulgor de la luz del campamento,
pálido el rostro el enemigo muestra,
recordando los días en que su aliento
contuvo audaz nuestra invencible diestra.

No dejes que otra vez remache al poste
de nuestro oprobio la fatal cadena,
ni que un soplo glacial la flor agoste
que ora alza el cáliz a región serena.

¡Oid, ya el eco de la trompa vibra!
Jurad que antes que el sol su luz nos niegue
con fiero empuje y con potente fibra
¡hareis que el opresor débil se entregue!

Si quiere el corazón que ora palpita
dormir después en soñolienta calma;
¡ay, mejor es morir si el triunfo agita
sobre el que muere inmarcesible palma!

EL MAR

Ved cómo, bajo el rayo macilento
de la luna, a lo lejos se divisa
la ola fugaz que crece y en su aliento
brinda un iris de espumas a la brisa.

Sobre su lecho móvil murmurando,
sólo un instante vívida chispea,
y de súbito muere, no dejando
nada que un rastro de su vida sea.

Así el hombre, en el mundo, vacilante
se alza del tiempo en la voluble oleada;
y apenas brilla altivo un solo instante
se confunde en el seno de la nada.

Dice Joaquín Balaguer, en la página 68 de *Letras Dominicanas*, que José Joaquín Pérez "también supo arrancar a su lira el verso de belleza exquisita" y señala como ejemplo los dos últimos de la primera estrofa de esta versión de Moore:

la ola fugaz que crece y en su aliento
brinda un iris de espumas a la brisa.

DOS AMORES

Lejos del suelo donde reposa
su heroico, joven, gentil cantor,
otros suspiran por esa hermosa
 que desdeñosa
sólo a esa tumba vuelve los ojos,
en que sus tristes, yertos despojos,
también sepultan su corazón.

¡Las armonías de los cantares
que ella entonaba con efusión,
allá, en sus bellos, nativos lares,
 hoy los pesares
no más revelan del alma herida
de la que, sola, no ve en la vida
sino un desierto sin luz ni amor.

El para amarla feliz vivía,
y por la patria la muerte halló;
los dos amores su alma sentía;
 y noche y día
inconsolable la patria llora,
y ella, entretanto, seguirle implora,
¡porque en la tumba los una Dios!

Dadle un sepulcro, donde en la losa
brille, con rayos de dulce amor,
una mañana pura y gloriosa,
 que, misteriosa,
sea de la patria sonrisa tierna,
¡y en que fulgure con luz eterna
y sin ocasos de sombra el sol!

Esta composición alude a otro de los aspectos de la aureola legendaria que rodeaba la memoria de Robert Emmet: su amor por Sara Curran. Tras el fracaso de la insurrección de 1803, planeada y encabezada por Emmet, éste trató de ocultarse en parajes cercanos a la vivienda de Sara Curran, con quien estaba secretamente comprometido y esperaba escapar hacia América, pero capturado fue sometido al juicio que le condujo al patíbulo. La versión anterior de José Joaquín Pérez recoge una de las canciones más populares de Moore que comienza "She is far from the land where her young hero sleeps".

TENTACIONES

Hacia la costa de profundo lago
donde jamás la golondrina errante
plegó sus alas, porque sólo estrago
y pavor allí anuncia el arrogante
peñasco que hasta el cielo
se alza a través de nebuloso velo,
un joven cenobita se dirige
buscando un lecho donde nadie turbe
la santa paz de su inocente sueño.
“Aquí —dice— será vano el empeño
de que en mí una mujer sus ojos fije
y dormiré sin que encontrarme pueda”.

Más ¡ay! él no sabía
cuánto la audacia en la mujer podía.

El esquivaba unos brillantes ojos
donde los tintes del azul del cielo
eran contraste de unos labios rojos
palpitantes de amor. Todo el anhelo
de la dulce y hermosa Catalina
era sólo adorarle con ternura,
y doquiera que el santo se encamina

.....

de ella la planta cautelosa siempre;
y allí de su mirada que fulgura
le abrasa sin cesar el rayo ardiente.

De un peñasco en la cúspide se encumbra
el cenobita austero, y allí duerme
soñando con el cielo que vislumbra
sin sospechar que, ausente de la tierra,
mujer hubiera que invadir osara
el alto pico de la abrupta sierra.

¡Pero no! Ni en la tierra ni en el cielo
hay quien resista a ese poder sublime
que la pasión en la mujer imprime,
y mientras él soñaba
con éxtasis de fe, con dulce encanto,
Catalina a su lado derramaba
raudal copioso de encendido llanto.

Ella había, valerosa,
seguido al santo hasta el agreste asilo;
y cuando la mañana esplendorosa
surgió en Oriente, al despertar, tranquilo,
él halló que tenaz esa mirada
con poder sobrehumano le atraía
y su conciencia domeñar quería.

¡Pero cómo a infernal sugestión ciega
de un santo el corazón se entrega!
De su lecho de rocas se levanta
el cenobita, y con impulso airado
al abismo la empuja y hacia él rueda,
y de aquella infeliz el cuerpo queda
en las ondas sangrientas sepultado.

¡Lago funesto de sombría memoria:
la tumba fuiste de la virgen pura
y hoy tu onda fatídica murmura
con una eterna maldición su historia!

Bien pronto al joven cenobita asalta
de la conciencia el torcedor horrible,
y llora en vano su tremenda falta,
y siente el corazón latir sensible
de aquel amor bajo el sublime imperio.

Más ¡ay! es tarde ya... Y cuando nombra
el ángel exclamando: "El cielo tenga
para ella piedad", en el misterio
de la noche, impalpable se desliza
sobre el lago fatídico su sombra
¡brindando amor su celestial sonrisa!

Esta versión de Thomas Moore, recogida por Max Henríquez Ureña y publicada por él en su columna del periódico *Listín Diario*, de fecha 21 de agosto de 1967, era prácticamente desconocida.

El ilustre intelectual desaparecido no dice de dónde la obtuvo, pero expresa en las palabras de presentación que *Tentaciones* "tiene carácter narrativo, cosa que no abunda en Thomas Moore, que era ante todo un poeta lírico, un emotivo. He cotejado ambos textos —agrega— y la labor de José Joaquín Pérez, más paráfrasis que traducción, es de todos modos admirable...".

Fácilmente se advierte la omisión de un verso entre los versos séptimo y octavo de la tercera estrofa. Las investigaciones que realizamos en interés de subsanar la omisión no tuvieron infortunadamente resultado satisfactorio.

Agreguemos que en esta versión del lírico irlandés se percibe un clima poético que en cierto modo se asimila al del *Amor de Magdalena*, de 1888, lo que parece permite conjeturar que su composición es de fecha posterior a 1880, cuando ya la inspiración del poeta había entrado en su etapa renovadora.

LA POESIA DEL HOGAR

Al referirse al tema hogareño apunta Emilio Carilla en su obra El Romanticismo en la América Hispánica (Editorial Gredos, Madrid, página 270): "Con todo, un conocimiento detenido de la lírica romántica en Hispanoamérica nos muestra que este sector es más importante (o, por lo menos, más nutrido) de lo que parece a simple vista. En última instancia, es justo decir que, si no es el más espectacularmente romántico, es un tema que no puede olvidarse si no se quiere desfigurar un cuadro total".

En José Joaquín Pérez la poesía del hogar comienza con la nota dramática presente en Tu Cuna y Su Sepulcro, de 1866, inspirada por la desaparición de su primera esposa y el nacimiento de la hija de ambos. En 1880 contrae segundas nupcias con Ramona Díaz Páez, perteneciente a antigua familia dominicana, emigrada a Cuba con motivo de las invasiones haitianas de principios de siglo, y vuelta de allí a Santo Domingo a causa de las luchas independentistas en la vecina antilla. Aquel enlace se vio favorecido con el nacimiento de siete hijos: Elminda (1882); Delia (1884); Lila (1885); Idalia (1886); Luis Abelardo (1892, fallecido 1893); José Joaquín (1895) y Luis Armando (1898). Al calor de las fruiciones hogareñas reaparece el tema familiar alrededor de 1885 cuando ya los años y la experiencia han metodizado la vida del poeta.

Pero el legado romántico que de ese modo conserva se enriquece al compás de la evolución de su poesía, saturado de especulaciones filosóficas, sociales, nacionalistas y americanistas, hacia las cuales se proyectan las efusiones paternas.

¿DONDE ESTA DIOS?

A mi hija Elminda

“¿Dónde está Dios?”. Me lo preguntas, hija,
y “allí” te digo señalando el cielo;
le buscas, no le ves, y en mi tu fija
mirada inquiere si engañarte anhelo.

“¿Dónde está?” me repites afanosa,
y “allí” respondo, y el vacío te muestro,
el sol, la tierra, el mar y cada cosa
de todo lo que es tuyo y lo que es nuestro.
¿Y lo dudas aún? ¡Ah, ya comprendo!
Un Dios buscas de formas corporales;
pero grande y extraño y estupendo
que descuelle entre todos los mortales.

Dios no se ve, porque su ser esencia
es de cuanto en el mundo tiene vida;
Dios está entre tí misma, en tu conciencia,
que es su templo sin ámbito y medida.

Para elevarle tu oración, no acudas
sino allí donde el mundo no te inquiete:
prosterna el alma en expansiones mudas
y que Dios las acoja e interprete.

Haz el bien, ama al prójimo, practica
las virtudes que el Cristo ha proclamado:
esa la religión es que predica
el evangelio del amor sagrado.

Y cuando alguna sombra, leve o densa,
la pulcritud de tu candor empañe,
o falaz tentación te halle indefensa
y con su brillo seductor te engañe;

ven a mí, a confesarte, que yo soy
un enviado de paz y de consuelo,
y sacerdote del hogar te doy
la absolución que te promete el cielo.

DAD LIMOSNAS

A mis hijas

¡Así! Dad lo que os sobra a la indigencia;
el mendigo es sagrado hijo de Dios;
con limosnas se salva la conciencia,
se va del bien y de la dicha en pos.

Más bella sois cuando a la puerta os veo
esperando, agrupadas, con afán,
a ese anciano infeliz cuyo deseo
es un pedazo de mugriento pan.

¡Está solo en el mundo! Y él tenía
cuanto pudo anhelar para existir:
una familia que por él vivía,
juventud, ilusiones, porvenir.

Pero vino la hora en que su hielo
sobre esa frente acumuló la edad;
y pobre, sin amparo y sin consuelo,
sorprendióle la ruda adversidad.

Trajo el hambre la peste a los hogares
del humilde tugurio de su amor,

y huyendo a los instintos criminales
limosna pide por salvar su honor.

¡Hijas! Tiene secretos el destino
que no alcanza la mente a penetrar...
¡Ay, quien sabe si pobre y peregrino
al mismo que os dio el ser vereis vagar!

Y entonces lo que dais a ese mendigo
con dulce unción de candorosa fe,
para daros sustento, luz y abrigo,
con creces de otras manos cobraré.

¡Hijas, dad lo que os sobra a la indigencia;
el mendigo es sagrado hijo de Dios;
con limosna se salva la conciencia,
se va del bien y de la dicha en pos!

CUADRO INFANTIL

Cuatro rizadas cabelleras blondas,
ojos grandes que el rayo azul reflejan
y labios purpurinos que semejan
frescos pimpollos de granado en flor;

mejillas de rosados caracoles,
do graba el sonreír leves hoyuelos. . .
¡he aquí el cuadro feliz de los desvelos
de mi incesante paternal amor!

Así, como en un ramo entrelazadas
flores que hizo brotar la primavera,
la matinal irradiación primera
palpitaciones de placer les da;

y en el pródigo afán del alma virgen,
por dar a otra alma virgen luz y vida,
parece que en sus besos confundida
toda la esencia de sus seres va.

Aquel rumor de arrullos inefables,
que hoy alas, éter, aire, cielo y gloria,
y algo más que ideal, a la memoria
finge, cual sueño de perenne bien;

pues siente el corazón que ya pasaron
para él, del tiempo las borrascas rudas;
y en el fondo glacial, donde están mudas
las ilusiones, renacer se ven.

¡Oh, qué resurrección en mi Calvario
sobre la cruz de mi agonía se augura!
¡Oh, qué cáliz henchido de amargura
de mi labio sediento aparto así!

¡Hijas, sublime encarnación de mi alma,
renuevos de mi ser, cuando os bendigo,
pienso y siento que Dios está conmigo,
y el bien de su creación contempla en mí!

M I S C A N A S

A mi hija Delia

Besándome en la frente, Delia mía,
con el ardor de tu filial ternura,
en uno de los rizos que caía
de mi oscuro cabello, la blancura
de unas canas ayer te sorprendía.

Y fue tal tu emoción que, dando un grito,
súbita alarma en el hogar pusiste,
y con la voz entrecortada y triste:
—“Ya está viejo mi pobre papacito”—
a todos agrupados les dijiste.

¡Ya estoy viejo! . . . Más no porque la planta
glacial del tiempo se estampó en mi frente,
ni del vicio voraz en la candente
hoguera, consumirse vi la santa
ilusión por el bien que el alma siente.

¡Ya estoy viejo, es verdad! Más quien creyera
que cuando, en esta lucha de la vida,
altivo el corazón el triunfo espera,
al clavar en la cumbre mi bandera
¡cada cana es señal de una caída!

Sí, hija mía, yo he cruzado, hora tras hora,
y angustia tras angustia, ese camino,
que va ascendiendo y cuyo fin se ignora;
que al bañarse una vez en luz de aurora
llena siempre de sombras el destino.

Son estas canas las cenizas yertas
del fuego en que ardió ayer mi pensamiento;
¡son la nieve que cubre las desiertas
soledades del alma, y monumento
en que reposan esperanzas muertas!

Pero besa esas canas, hija mía,
que son contraste de tus rizos de oro,
pues si tienen su historia tan sombría,
por gozar de tus gracias, que yo adoro,
¡cualquiera mi vejez envidiaría!

CARTA - POEMA

A mi hija Delia

“.....
*Esto es muy bonito, me gusta muchísimo;
pero no tanto como mi país, Santo Domingo.
¡Ay, Gastón, tú no sabes lo que es separarse
de su país! Nunca reniegues de Santo Domin-
go; siempre quédate dominicano..”.*

Jeanne Goussard.

¿Te acuerdas tu de Jeanne, el pudoroso,
el matinal capullo de amapola,
de aquella niña de cabellos rubios,
ojos azules y mejillas rojas?

Está en la tierra de sus padres ¡Francia,
cerebro y corazón del mundo! Y goza
de las fruiciones que jamás soñara
aquí donde, al nacer, sonrió a la aurora.

Pero tiene esa niña en lo más hondo
de su alma tierna una infantil congoja,
un vacío que se llena con sus lágrimas
en medio de las más brillantes pompas.

Ha escrito en una carta un gran poema,
en que cada palabra es una estrofa

con el vigor del ritmo palpitante
de la triste nostalgia del patriota.

Por la tierra natal suspira ardiente,
por sus valles, sus bosques y sus lomas,
y por lo más pequeño y miserable
que su ilusión y su delirio forma.

Dice a su hermano que nada hay tan bello
cual su humilde país, y que él ignora
de esa ausencia el pesar; que no reniegue
de ser dominicano, ¡que eso honra!

Si, crisálida aún, ya emprende el vuelo
por el éter de luz la mariposa;
si así, del alma en flor, ya sazonados,
los ricos frutos de la vida brotan;

saludemos con fe lo digno y noble,
lo que es conciencia y en deber se torna;
aquello que se cierne en las regiones
de un eterno ideal de bien y gloria.

Inclinemos la frente ante esa niña
en quien todo lo grande se atesora,
que así el impulso de la sangre vence
y el sacro númen de la patria invoca.

¡Qué ejemplo! ¡Qué enseñanza para quienes,
al deslumbrarse con ajenas pompas,
al oscuro rincón en que nacieron
inicuas burlas con desprecio arrojan!

1894

La autora de la misiva que inspiró los versos anteriores fue la hija, dominicana por nacimiento, de monsieur Fermín Goussard, ciudadano francés que, por muchos de los años finales del siglo pasado, vivió en Santo Domingo, manteniendo un establecimiento farmacéutico en los alrededores del antiguo mercado en cuyo solar se levanta hoy el edificio de Telecomunicaciones.

U N M A M B I

A mi hijo

¡Ah! Yo tengo un mambí de ojos azules
y ensortijada cabellera rubia
que aún dos años no cuenta y ya presume
ser un audaz libertador de Cuba.

Apenas sale el sol, desnudo salta
con ímpetu marcial, desde la cuna,
y dando vivas, mi bastón de caña
para servirle de corcel empuña.

Blandiendo un palo, cual si fuera un quimbo,
corre, vuela, ya ansioso por la lucha,
al patio, a su manigua, aquel invicto
y temible adalid en miniatura.

En pos de él sigue la faldera tropa
de tres chicuelas, hermanitas suyas,
y en creciente algarada estrepitosa
ponen al punto al enemigo en fuga.

Triste y medroso ante el empuje, el perro,
para huir sin cesar, el rabo oculta;
las gallinas y el gallo alzan el vuelo
y el gato en la cocina se acurruca.

Después. . . el sol de América en la frente
glorioso irradia del mambí que triunfa,
y erguido en su corcel, alto el machete,
da el grito redentor de "¡Viva Cuba!".

1897

En esta composición José Joaquín Pérez traslada al tema familiar el profundo sentimiento de solidaridad con Cuba que animaba al pueblo dominicano con motivo de la lucha independentista de la antilla vecina. Aparte de su mérito literario, eso explica la notoria popularidad que alcanzó *Un Mambí*.

El "mambí" a quien se dedican los versos fue el hijo del poeta José Joaquín Pérez Díaz Páez.

LA ETAPA DE EVOLUCION

Los signos de evolución que se advierten en la poesía de José Joaquín Pérez a partir de 1880 obedecen tanto al desarrollo de sus innatas facultades esencialmente líricas como a las circunstancias que en Santo Domingo, como en toda Hispanoamérica, fueron perfilando un ambiente relativamente innovador.

La cultura en general se vio sujeta a influencias de índole positivista en abierta contradicción con el entusiasmo romántico, vibrante y profético, con frecuencia quejumbroso y con acento de frustración, pero siempre difuso cuando no anárquico en sus intentos de cristalizar en realidades. En Santo Domingo definieron el nuevo timbre del ambiente el comienzo de la enseñanza normalista, de tipo objetivo y racional, que se implanta bajo la dirección de Eugenio María de Hostos. Como manifestación del giro novedoso en las letras pueden señalarse los cantos al progreso, de corte neoclásico, de Salomé Ureña, iniciados antes de 1880. Revelador de la tendencia es el nombre de la revista, la segunda que existió en Santo Domingo, que fundaron José Joaquín Pérez y el Dr. Guillermo de la Fuente en 1884: *Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles*. Parecido significado tiene que quien antes proclamaba al sentimiento como el "gran preceptista" de la naturaleza, "alma de la poesía, vida de la literatura", esto es, José Joaquín Pérez, afirmara en su calidad de Ministro de Justicia e Instrucción Pública, al responder a Hostos en la investidura de los primeros maestros normales, que se habían "ungido sacerdotes de la ciencia, misioneros de la nueva ley que viene a ordenar la anarquía, desarrollando un plan en que

la fuerza de la razón consciente domina a la caprichosa, a la versátil, a la malbaratadora y campeante fantasía irreflexiva; se ha colocado esa fantasía, que Pascal llamó la maestra del error y la enemiga de la razón, al servicio humilde de ésta, como que funcionando bien, ocupa un puesto secundario entre las facultades del alma...”.

Para seguir la proyección en lo poético del cambio de profesión de fe que atestiguan hechos y palabras como los citados, nos restan ciertos datos que guardarían relación con las posibles influencias que recibió José Joaquín Pérez en la etapa de su producción en verso de lineamientos más acentuadamente evolutivos.

Sabemos que para 1882 el poeta debió frecuentar la lectura de Horacio pues en ese año el autor de Enriquillo, Manuel de Jesús Galván, le dedicó un ejemplar de las odas del vate latino traducidas por Javier de Burgos. Para 1884 la Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Utiles inserta una de las producciones juveniles de Rubén Darío, El Arte, y con tal motivo José Joaquín Pérez expresa que si hubiera conocido antes al poeta nicaragüense “de seguro que lo habríamos proclamado uno de los primeros de nuestra hermosa tierra americana”. Por último, en una de las libretas manuscritas de puño y letra de Pérez que hemos consultado, evidentemente la última de ellas en el orden cronológico, aparece una nota que estimamos ilustrativa: se hace enunciación de los principales poetas franceses de la época, oficianes del parnasianismo y el simbolismo, reunidos en París para la elección del poeta de la juventud, la cual recayó en Stjepan Mallarmé. En esta nota, preparada en apariencia para fines de publicidad, se copia un soneto en lengua francesa del propio Mallarmé.

El somero recuento que nos permite hacer lo que el tiempo ha conservado es indicio de una actitud alerta de José Joaquín Pérez tanto con respecto a lo mejor de lo tradicional como de las innovaciones que el correr de los años postreros del pasado siglo fue develando.

Aquellas influencias a su estro contribuyeron a integrarlo con una notoria capacidad de remozamiento a través de las aptitudes innatas que conformaron los rasgos distintivos de su poesía. “Cada verso suyo, —dice a este respecto Pedro Henríquez

Ureña— lleva el sello peculiar de su personalidad: personalidad de poeta lírico, rico de emoción, completada por firme y amplia inteligencia”.

En el curso de ese proceso la factura del verso se afirma y depura; el horizonte ideológico es cada vez más amplio; se desplaza desde las reivindicaciones nacionalistas y políticas y los sentimientos personales hacia los confines de las grandes redenciones humanitaristas, pero todo ello correrá siempre por los cauces que su vocación lírica labró originalmente. Por eso su obra, dentro de la diversidad, conserva una vigorosa estampa unificadora.

Particular atención merece la insistencia sobre las novedades de la rima que hemos visto en composiciones anteriores y las cuales, con el mayor dominio del verso y las afluencias que se integran al mismo, acentúan en este período su cariz innovador.

Es de lugar finalmente que anotemos que nos tomamos la libertad a veces de alterar ligeramente el orden cronológico de las poesías seleccionadas en interés de darles continuidad a la medida de sus afinidades más que por sus fechas de composición.

LA INDUSTRIA AGRICOLA

*El campo es vuestra herencia;
en él gozaos.—*
Andrés Bello.

Perdida ya, sin rumbo, tras la niebla
del porvenir, en perezosa calma;
la frente desceñida
del lauro del poder; rota la palma
que la victoria le brindó; abatida
y soñolienta la mirada, veo
la patria cuyo bien fingió el deseo.

No más en la sombrosa
selva antigua que guarda áureo tesoro,
la brisa vagarosa
murmura las brillantes armonías
de las glorias preclaras de otros días;

y ya del sol la lumbre
si besa la azulada altiva cumbre
se entolda con el humo de sangrienta
lucha de hermanos que el rencor sustenta.

¡Oh! cuanta noble vida,
cuánto aliento se extingue! ¡Cuánto brioso
empuje desfallece! . . . Y sonreída

ahí está, vigorosa, exuberante,
con el manto silvestre de verdura
cubriendo sus encantos, la primera
tierra de promisión que el genio viera
surgir de entre las brumas,
ofreciendo al osado navegante
¡sus montes flores y su mar espumas!

Todo aquí vive por su propia obra:
prolífica y feraz naturaleza
en el germen del fruto a dar empieza
primicia al porvenir; y nada cobra
en fatal indolencia sumergido
el que se vio para gozar nacido.
Mientras tanto, afanosas,
al dulce yugo del trabajo uncidas,
coronadas de luz, enriquecidas
y en torno de la víctima, —ruidosas
al festín de la industria las hermanas
del Mar Caribe van; y el himno entona
de paz y redención la ardiente zona.

Ante la vista atónita, se muestra
un vacío en el festín. . . ¿Do está la virgen
que fue asombro del mundo americano,
la que alzó un día en su potente diestra
el cetro augusto del saber humano?
Allí se tuerce en convulsiva rabia;
allí, hambrienta, destroza sus laureles,
y pisotean sus títulos de sabia
en infame can-can sus hijos crueles.

¿No habrá quien la detenga un solo instante?
¿No hay quien grite al abismo
que perdone a la pobre virgen loca
cuyo pie vacilante
al borde aterrador, sin fuerzas, toca?...

¡Ah, sí! que ya se mece
del Hudson en la onda pasajera

la nave en cuyo mástil aparece
del coloso del Norte la bandera.

Denso el humo ya flota
en los aires, dejando atrás el hielo,
y en el limpio horizonte, verde brota
bajo el azul purísimo del cielo,
y así, como entre diáfanos cristales,
una línea indecisa
que tiene de los sueños orientales
el perfume, la magia, la sonrisa.

Un hombre está en la proa
de la nave fugaz: su frente mustia
pálida sombra de mortal angustia,
de larga enfermedad torturadora
cubre, augurando su postrero día;
mas un fúlgido rayo de alegría
brilla en sus ojos; en el pecho siente
dulce dilatación, ensanche ansiado,
y a un éxtasis de fe su vida entrega;
el aire puro que en las olas llega
de virginal aroma está impregnado,
y hay algo que le dice de improviso
que aquello es para él un paraíso.

Allí Isabel de Torres, altanera
su cúspide a las nubes avecina:
a su falda el viandante la pradera
verdear ve, y la colina,
y el valle inculto que el trabajo implora;
y él, en su mente rápida y creadora,
puebla el campo de haciendas a millares,
y transforma humildísimos hogares,
que pasto son para el pillaje impío,
en mansiones de paz y poderío.

Sigue la nave y por las costas mira
el ya asombrado huésped la hermosura
de sin igual vegetación perenne;

aquí fértil sabana, allá una altura,
y trayéndole al mar su murmurio
¡a cada paso en su raudal un río!

Y allá, en el fondo de la gran bahía,
del pacífico golfo azul radiante,
orgullo estéril de la patria mía
y de otros pueblos ambición constante,
Samaná, la fastuosa pordiosera
donde saluda el sol y deja el día
una sola estación —¡la Primavera!

¡Ya el Ozama en sus linfas y en el viento
al hombre de los sueños trae el vago
rumor de la ciudad antigua, donde
el tiempo rudo estrago
hizo en cada soberbio monumento
que alguna historia de grandeza esconde.
Ya su pie huella el polvo que palpita
con los restos de cien generaciones,
donde la guerra su estandarte agita,
donde todo lo matan las pasiones.

¡Y el extranjero con dolor suspira! . . .
Y ante sí ve pasar la muchedumbre
que vejeta en el ocio innoble; y luego
vuela al campo, y allí doquiera mira
que el trópico jamás vertió su fuego
en otra zona con tan viva lumbre
como en ésta que fue la maravilla
que el mundo de Colón diera a Castilla.

Para saciar la sed al indolente
habitador —el de la hojosa selva
poderoso cacique— el cocotero,
bajo el plumaje que sombrea su frente
meciéndose altanero,
guarda dulce ambrosía en urnas de oro,
y cuaja el naranjal como un tesoro
en globos de esmeralda el cristalino
grano que el néctar delicioso encierra.

Aquí del árbol de la indiana grey,
ofrenda al culto del Zemí divino,
"Arbitro de la paz y de la guerra",
sus frutos cuelga el tropical mamey;
y en festones de verde enredadera
la jima ondula al viento
enlazada al corozo corpulento
o arrastrándose humilde en la ladera.

Aquí, bajo la bóveda sombrosa,
el mango con sus hojas le prepara
blando lecho a su prole numerosa;
y el fresco cajuilar, en forma rara,
sus pomos ve crecer, de ámbar luciente
y luminosa púrpura vestidas,
entre el verde follaje confundidas.

El bicolor caimito
lácteo raudal de su esponjoso seno
al tocarlo derrama; y el bendito
árbol de pan sus dones
en rústico festín brinda sereno
al sustento de mil generaciones.

El plátano protege
bajo el amplio dosel su "dulce carga"
de pesados racimos; y al pie teje
su extenso bejucal la yuca amarga
de mortífero jugo y que presenta
sus fibras para torta succulenta.

Allí el maíz doblega,
coqueteando, la espiga,
y el grano nutritivo que aprisiona
entre múltiples hojas, dócil lega
para cuantos le tienden mano amiga
bajo la ignea zona.

En áspera corteza
su color carmesí guarda el zapote;

y rastrero el melón, en la maleza
se oculta, mientras altiva, coronada,
la piña eleva la imperial cabeza.

Niveos vellones en su seno cría,
que defiende con dardos punzadores,
la guanábana; y crece cada día
y el fruto de sus plácidos amores,
que madura del sol el tibio rayo,
sostiene el hueco tronco del papayo.

El quebradizo jobo,
cuyas ramas el viento fértil troncha,
se reviste de frutas apiñadas;
y el leve polvo térreo en dura concha
conserva el algarrobo.

El tamarindo cuelga sus hermosas
alabastrinas rosas,
que en girándulas bellas convertidas
se columpian del céfiro mecidas.

La guayaba, esa pera deliciosa
del Edén antillano, su infinita
agreste variedad doquier procrea;
y émula junto a ella se cimbreo
la ebúrnea pomarrosa
cuyo perfume a devorarla incita.

Con varios tintes la ciruela esplende
en grupos multiformes; y fragante
la simple chirimoya ser pretende
del dulcísimo anón rival constante

Cual rocío de corales encendidos
el camoní silvestre menudea;
y para el pasto por doquier tendidos
bosques tiene la yerba de guinea...

Mas ¡ay! que la implacable
hacha derriba el tronco y el arbusto;
y la inocente flor mustia pregona
desdichas de la suerte inexorable.
Todo es erial lo que con ceño adusto
ahora contempla el pobre campesino
a orillas del camino;
y viene la paloma
que antes la luz bebió y el dulce aroma
de la floresta, y en arrullo triste,
plegando el ala, con dolor murmura,
el adiós de su eterna desventura.

El fuego ya consume
del bosque secular la lozania;
lleva el humo a los cielos el perfume
de lo que sólo para bien vivía;
y cenizas no más, cenizas yertas,
el viento de la noche esparce ahora
gimiendo en las desiertas
soledades que va a encontrar la aurora.

¡Oh! cómo la miseria los hogares
devorará sin compasión, y hambriento
vagará el infeliz a quien sustento
fácil daban los frutos a millares.

Pero ¡no! que allí, en vez del abundante
espontáneo tesoro que a los hijos
del trópico ofreció naturaleza,
de otro clima de fuego, exuberante,
la producción empieza
a conquistar un porvenir brillante.

La que del sol la cuna
vio mecerse en las nieblas del oriente,
y se bañó en el cálido torrente
de los perfumes de otra zona indiana:
la que del cinamomo y del incienso

y el opio soporífero vivía
 en grata compañía
 en las de Java y de Ceilán remotas
 regiones de la luz; la que el inmenso
 poder de tantos reyes extendiera;
 la que en ricos panales
 de dulcísima miel cruzando fuera
 de Arabia los desiertos arenales,
 del móvil Golfo Pérsico las olas,
 del Mar Rojo la rápida corriente,
 yendo así, sin cesar, de gente en gente,
 hasta tocar las playas españolas;
 la que Colón —después que dio a Castilla
 el mundo de su mar— trajo a la tierra
 de su soñada predilecta antilla;
 la planta de las plantas maravilla
 que el oro en granos de cristal encierra
 esa es la que mece ya su espiga
 en ese campo que arrasó el incendio. . .

¡Oh! mirad como ahora la fatiga
 del trabajo, el enjambre bullicioso,
 de antes inermes errabundos seres,
 acuden a buscar, y el don precioso
 que a sus hogares lleve
 el pan que les negó la guerra aleve.

La caña salvadora,
 honor, paz y poder, gloria y fortuna,
 las ciencias y las artes atesora
 de la que fue de América la cuna.

De Ozama en la ribera
 se apiña la asombrada muchedumbre.
 ¿Qué busca? ¿Qué hay allí? ¿Es que algún nuevo
 caudillo victorioso ya la cumbre
 asalta del poder?

¡No! que un inmóvil
 monstruo enorme de hierro el suelo oprime,

y parece que gime
cuanto cede a su peso formidable.

Es un gigante cuya entraña absorbe
fuego no más; y ávido, insaciable,
con sus dientes tritura
la débil caña; y rápido el torrente
cae de la miel, que sube, y en la altura
bulle, hierve, se cuaja y de repente
se torna en alba azúcar transparente.

Ya numeroso ejército se apresta
para llevar el monstruo a su destino...
¡Ved! No es esa la turba que a la muerte
envía un déspota vil; no es esa fiesta
de caníbales ya con que sin tino
a la patria preparan ruda suerte.
No dejan tras de sí los combatientes
de una madre infeliz las agonías;
de una esposa las lágrimas ardientes,
duelo, miseria y orfandad impías:
el arma con que van a la pelea
¡benedicida de Dios por siempre sea!

Pero quién es el ser que misterioso
así los males de mi patria llora;
¿quién es el que amoroso
fija en la pobre huérfana antillana
el pensamiento; y desde aquella hora
feliz, la nombra predilecta hermana?
Es un proscrito de la infausta tierra
que al déspota de Europa yace uncida,
y que ya en cruda guerra
quiere en la libertad hallar la vida;
es un hijo de Cuba, es un hermano,
precursor de la industria salvadora,
profeta de una ley que Dios adora,
¡Colón del nuevo mundo quisqueyano!

¿Su nombre preguntáis?
Oído en actitud de reverente
y humilde adoración: ¡Joaquín Delgado!

¡De confín en confín, de gente en gente,
lo transmite la brisa vagarosa
y en cada corazón está grabado!

¡Ese hombre es un héroe! Todo inspira
temor al corazón más esforzado,
y él, en la fe del porvenir templado,
marcha firme y sereno al bien que aspira.

En torno de él levanta
fatal clamor de pavorosa ruina
la torpe multitud, que no adivina
cómo va a conjurar desgracia tanta
quien vierte a manos llenas los raudales
de inmensos capitales
en campos donde el plomo al hombre hiere,
y en manos de caudillos sin conciencia
el fruto, apenas sazonado, muere.

Y él oye que le llaman visionario
como al errante genoves un día;
pero, loco sublime y temerario,
también desdeña ese clamor, y fía
a la fortuna de la audacia ciega
el tesoro de bienes que le entrega.

¡No importan los pronósticos! La vida
de miríadas de seres se asegura,
y La Esperanza augura
la redención de la infeliz perdida
hija del infortunio. Ya el silbido
de la máquina anuncia que ha cesado
el del plomo homicida; y cuando humea
la altiva y encumbrada chimenea,
su penacho flotante purifica

la atmósfera que vicia el corrompido
aliento envenenado
del mal que a mi Quisqueya sacrifica.
¡Oh!, cómo se atropellan
unos tras otros ya por el camino,
repletos del producto sacarino,
los bocoyes que al puerto van! ¡Cuál cruge
del tardo buey robusto la coyunda!
¡Cómo del conductor alegra el grito
a la ciudad que fue la esclava inmunda
de tanto y tanto sátrapa maldito! . . .

Torna la nave que llevó a otro puerto
el riquísimo fruto . . . ¡Hosanna! ¡Albricias!
¡Oro trae, y otros vienen, decididos,
a gozar de la industria las primicias
por múltiples ventajas atraídos!

Se une a La Esperanza
la Caridad también: Lamar se lanza
denodado a la lid: del bosque rudo
ni un árbol queda en pie: todo es rüido
de ansiada destrucción lo que había sido
santuario eterno de silencio mudo!

¡Pero sólo al intrépido extranjero
será dado obtener tan noble gloria?
¡No! en la heroica legión, brilla el primero,
entre los hijos de Quisqueya, el nombre
de un joven cuya frente ayer ceñía
con sus flores el genio; y por la vía
del trabajo incesante
el placer abandona,
y va a buscar al campo
más digna y más espléndida corona.

De Abreu imitadores
engrosan el ejército triunfante

Heredia, Saviñón, Sánchez y Bona...
¡Adelante! ¡Adelante!
¡Cíclopes inmortales de la industria
titanes del deber y salvadores
de la tierra infeliz de mis amores!

No hay fuerza ni poder que dique sea
al torrente impetuoso,
y por doquier pasea
su estandarte la idea
del progreso invasor, maravilloso.

Del Jura en las orillas
el undívago viento dobla y mece
las leves flores de la caña esbelta
y la ambición, envuelta,
en el humo fugaz, se desvanece.

Al oriente saluda
su regeneración esa comarca
que el Soco riega y que en su seno abarca
el Porvenir famoso y La Angelina,
y ya en pos de otras glorias se encamina.

También el Norte que vivió admirando
la aromática hoja de sus vegas,
ve al pie de su montaña
que el mar domina, señorear la caña,
su vida, ya precaria, conservando.

El Güera en su raudal besa la planta
del tallo cimbrador que en miel rebosa
y la colina hermosa
el fuego de la máquina brillante.

Y que más. Los centrales,
que a todos favorecen,
se multiplican ya, la vida acrecen,

realizando los bellos ideales
de los pueblos que incultos no perecen:
Hatton y Hernández y Cambiaso, dignos
son de cantarse en nacionales himnos!
¡Quisqueya, ríe y canta
en tu triunfo inmortal! ¡Tienes la base
del futuro poder de tu grandeza!

Ya el patriotismo a vislumbrarte empieza
en la cima, radiante,
dictando leyes, y a tus pies rendida
la multitud que te creyó vencida.

Por tus montes y selvas y llanuras
cruzar veremos los veloces trenes,
llevando los tesoros con que auguras
inagotable cantidad de bienes;
y por alambre eléctrico enlazadas
sus extensas magníficas regiones
sentirán palpitar alborozadas
unísonos de amor los corazones.
Tendrá cada rincón la voz que vibre
en la escuela, en la prensa, en la tribuna;
serás rica, fecunda, sabia y libre,
emporio de la próspera fortuna.

Y mientras cesa tu destino rudo,
y bajo el solio de la luz te veas
¡tierra de promisión, yo te saludo!
¡Patria del porvenir, bendita seas!

1882

La Industria Agrícola la inspiraron los comienzos de la industria azucarera moderna en Santo Domingo destinada a convertirse en la espina dorsal de la economía dominicana. Por esta circunstancia la composición tiene un significado histórico sobresaliente. Según los datos que conocemos, para el gobierno de Fernando Arturo de Meriño, 1880-82, época en que fue escrita, funcionaban ya los ingenios La Caridad, La Fe, La Francia, San Isidro, Cristóbal Colón, Quisqueya, Porvenir, Angelina, Santa Fe, Central Romana y otros, algunos de los cuales subsisten todavía.

En parte el renacimiento de la industria azucarera estuvo en conexión con la venida al país de los emigrados cubanos salidos de su patria a causa de las luchas independentistas en la vecina antilla. Varios nombres, tanto de nacionales como de extranjeros, menciona José Joaquín Pérez en su poema.

La forma y el tema guardan evidente relación con la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* de Andrés Bello. Un verso del gran humanista y poeta venezolano sirve de epígrafe a la composición del poeta dominicano.

La fe en el progreso y la ilustración, que conservó el movimiento romántico del neoclasicismo, fue remozada en Hispanoamérica por los aires de la filosofía positivista, y viene a ser, en realidad, un eco de la vieja contraposición entre la libertad y los sanos esparcimientos de la vida campesina y el ambiente social urbano que estraga las mejores virtudes humanas.

Bello en su poema llama al cambio del ejercicio de las armas, una vez terminada la lucha por la independencia, por el trabajo en el campo; y los rendimientos de éste, en José Joaquín Pérez, son enaltecidos en contraste con la permanente y estéril contienda fratricida que conmovía a la sociedad dominicana a igual que a otras de la América española.

Esa contraposición ofrece oportunidad al poeta para extasiarse, con nuevo propósito, en su invariable fervor por las galas de la naturaleza nativa que le conduce a la descripción ornamental de sus frutos, a semejanza de lo que hizo Bello con el panorama y los frutos de la zona tórrida en general.

A SANTO DOMINGO

*En una velada de la Sociedad
"Amigos del País"*

Monte espeso, niebla y sombras
los pardos muros circundan
de las ruinas solitarias
que ya alegre el sol no alumbra,
y las palmas cimbradoras
tal parece que murmuran
como un preludio doliente
de los cantos de la tumba;
mientras tu, ciudad antigua,
de sabios y de héroes cuna,
duermes sin sueños de gloria,
porque el pasado te abruma.

Si aún eres dócil esclava,
heredera de las culpas
de otro siglo aventurero
de conquistas infecundas,
en las páginas de piedra
de tus escombros sepulta
la historia, escrita con sangre
de tu raza noble y pura;
y álzate, y de ese pasado

de tu eterna desventura
desvía el recuerdo y contempla
que el porvenir te saluda.

Despierta, ciudad, y dile
a esta Patria que te escucha
que, como reina y señora,
el indico mar la arrulla:
dile que ya tu prefieres,
alborozada, otra lucha
en que brindan otras glorias
los trofeos de la fortuna;
que el arma rompan sus bravos,
y extingan la saña injusta
de corazones do el odio
fratricida se acumula,
y de la paz el emblema,
en que el trabajo fecunda,
con ambas manos levante
a más envidiable altura;
que la ciencia inagotable
guíe su prole fecunda
a arrebatarle el secreto
que sus entrañas ocultan,
y el arte, modificando
sus formas de gracia suma,
corone su frente egregia
con la luz que en él fulgura;
que abra el cauce de sus ríos,
que al mar sus fuerzas disputan,
al regar la fértil zona
que invita a la agricultura;
que horade esa inmensa mole
de cordilleras que cruzan
los valles donde está el germen
de su grandeza futura;
que le abra paso a la indómita
fuerza que todo lo impulsa
y da vigorosa vida

al comercio y a la industria;
y que escuchen sus ciudades
y hasta sus selvas incultas
la palabra del progreso
que el hilo eléctrico anuncia.

¡Ciudad antigua!: tu tienes
una misión noble, augusta,
y tu palabra es la vida
para el pueblo que te escucha;
si no duermes y si olvidas
tus días de incesante lucha,
y el cetro de tu grandeza
elevas a tanta altura,
no hallará pronto en tus ruinas
ecos la brisa nocturna,
ni habrá en tus palmas preludios
de los cantos de la tumba,
y entonces, deslumbradora,
no se pudiera ver nunca
en el festín del progreso
más bella que tu ¡ninguna!

Guerrera de estéril gloria,
ya la paz tu dicha funda . . .
ya el trabajo te engrandece . . .
¡ya el porvenir te saluda!

1884

La fe en el progreso vuelve a hallar expresión en José Joaquín Pérez en estos octosílabos romanceados en que canta a la vieja ciudad de Santo Domingo, la más antigua del Nuevo Mundo. En la perspectiva histórica esas notas de optimismo encuentran justificación, para la época, en la relativa estabilidad política que goza el país con el predominio a partir del 1879 del Partido Azul, de tendencia liberal, etapa que concluye de manera lamentable con la tiranía brutal de Ulises Heureaux.

CIUDAD NUEVA

Campo inculto, tendido en solitaria
quietud al pie de la vetusta y triste
muralla, que la heroica y legendaria
ciudad defiende aún ¡despierta ahora!

Cuando nada resiste
a la voz del progreso triunfadora;
cuando el *rail* y el alambre estremecidos,
llevan la humanidad, llevan la idea
a cumbres do la luz esplendorea,
donde enjambres de pueblos redimidos
al sol del porvenir alzan la frente;
“campo de soledad”, llena de gente,
de ruido, de armonía,
de trabajo, de vida, de fe ardiente
tu ámbito mudo y tu extensión vacía.

Bata el mar, bese el aire, dore el **cielo**
las plazas y alamedas,
las torres de tus templos, tus hogares;
dale grata expansión, dulce consuelo,
a los que, entre estos muros seculares,
el rigor del estío
enerva de calor, mata de hastío.

Nacerás como hija predilecta
de la antigua matrona
que siempre, de la abyecta
servidumbre triunfante, su memoria
guarda, cual premio de su excelsa gloria.

Heredera serás, no de los vicios
de su primera edad; ni de tu cuna
el cendal va a teñir sangre inocente,
derramada en horribles sacrificios
por la mano de un déspota egoísta
que al indio flagelaba inicualemente
con el látigo vil de la conquista.
No; tus cimientos regará el fecundo
sudor del libre que en la paz alcanza
el premio halagador de la esperanza
y el noble aplauso que le rinde el mundo.

Nueva ciudad donde en civil contienda
rudo el plomo sembró pavor y duelo;
donde, a la voz atronadora, horrenda,
del cañón fratricida, tembló el suelo;
mañana óigase al fin, del yunque herido
vibrar el eco, y el primer tañido
de la campana congregar los fieles;
y en la escuela, en la prensa, en la tribuna,
coseche los magníficos laureles
que sólo dan honor, gloria y fortuna.

No te arredre el contraste misterioso,
ley a que está la humanidad sujeta,
si bulle junto al seno del reposo
tu alborozada multitud inquieta,
y si elevan al par fragantes huertos
y cipreses y sauces pensativos,
la ciudad tenebrosa de los muertos
y la ciudad radiante de los vivos.

¡Oh, ciudad de los sueños de la idea,
creación de los delirios del progreso,
pronto surge a la vida, y pronto sea
en la patria feliz enaltecido
tan célebre suceso
de la paz dulce fruto bendecido!

¡Oh, si pudiera yo, como aquel griego,
Anfión, que de Beocia en los eriales,
al eco de su lira sonora,
e invocando a los dioses inmortales,
vio edificada una ciudad famosa;
de mis cantos perennes la armonía
a tí consagraría,
hasta que el polvo, do la planta huella,
removido se alzase, y de repente
muros y arcos y torres y columnas
y pórticos, la más suntuosa y bella
mansión formaran, y en la edad presente
fuera pasmo y perpetua maravilla
en esta de Colón preciada antilla!

1885

Esta composición se refiere a un suceso que marca una etapa en la evolución urbana de la vieja ciudad de Santo Domingo: la expansión de la ciudad por primera vez fuera de las murallas coloniales, hacia lo que se llamaba la Sabana del Estado. Ciudad Nueva es hoy un barrio de la capital de la República. Tanto en los versos de Santo Domingo como en los de Ciudad Nueva se advierte el timbre de la oda neoclásica, factor de evolución a partir de 1880, en la poesía de José Joaquín Pérez,

BOLIVAR

Su delirio sobre el Chimborazo

Desde el remoto ámbito
do altivo y caudaloso
en turbulentos ímpetus
al Dios del mar undoso
el Orinoco espléndido
tributo eterno dá:

envuelto en los magníficos
sublimes esplendores
del manto de Iris, rápido
yo vine; y los horrores
veía desvaneciéndose
ante mis pasos ya.

Las fuentes amazónicas
mi planta hollado había;
más mi ambición la cúspide
del Universo, un día
tocar quiso, y los límites
sondear del porvenir.

El rastro de otros ínclitos
titanes de la ciencia
busco entre el polvo; y lánzome
audaz a la presencia
de esa región do el ánimo
se siente sucumbir.

Ningún mortal intrépido
holló la frente adusta
a que ciñó el Altísimo
la más rica y augusta
corona, como símbolo
de la inmortalidad;

preciso era un espíritu
tenaz y prepotente
forjado por los cíclopes
sobre su yunque ardiente,
para escalar la cúspide
de aquella inmensidad.

Y yo exclamé: “ Si rápida
ha sido mi carrera,
y si este iris simbólico
me sirve de bandera;
si mares, ríos, vorágines
cruzando fui doquier;

“si de Colombia al mágico
trofeo, muda la tierra
ante mi paso póstrase;
si el Tiempo no me aterra;
si un bien supremo impúlsame;
si Dios vive en mi ser;

“¿por qué no puedo, impávido,
sobre el vetusto y cano
gigante, hasta el empíreo

subir, y de su arcano
decir al mundo atónito
la oscura realidad?"

—“Si, yo podré...”. Un espíritu
entonces me arrebató,
y a la región incógnita
do el rayo se desata
me asciende; y caigo exánime,
sin luz, sin libertad.

Convulso veo los límites
del firmamento mismo;
mis pies tocan los hórridos
umbrales del abismo;
y allí la mente ofúscase
bajo febril ardor.

Voraz la llama súbita
de un sueño delirante
produce al alma vértigos;
y al fin, el Dios amante
que guía a Colombia, inspírame
audacia, y fe, y valor.

¡Al punto el Tiempo yérguese!
De rasgos venerables,
ceñudo, calvo, trémulo,
despojos deleznable
de siglos carga, y dóblase
bajo pesada hoz;
y así a mi oído, en lúgubre
cadencia, cual lejano
murmullo de profético
anuncio sobrehumano,
llegó el eco terrífico
de su vibrante voz:

“—Yo soy, me dijo, el único
que engendra las edades;
en mí tiene su horóscopo
la fama que tu invades;
yo no conozco límites;
y eterno es mi existir.

“No hay para mí sarcófagos,
pues triunfo de la muerte;
y del pasado el vórtice
calla a mis pies inerte;
por mí el presente agítase
y es mío el porvenir.

“Dime, hombre, niño o héroe,
¿por qué así te envanece?
¿crees tu que es algo el mísero
planeta en que apareces?
Si todo eso es un átomo
¿te elevarás sobre él?

“Esos instantes rápidos
que, ufano, siglos llamas,
¿que son, piensas, la única
medida en que me aclamas?
¿De la verdad encúmbrese
tu sombra en el dintel?

“¡Ay, todo! Esas tus múltiples
osadas ambiciones,
y tu altanero espíritu
de innúmeras pasiones,
y el mundo que deslízase;
mortal, dime ¿qué son?

“¡Menos que un punto mínimo
e informe en mi presencia,
que ese infinito absórbese
al cual doy la existencia

y va en mi ser imbibito,
porque él es mi creación...!”.

Terror sagrado embárgame
y exclamo conmovido:
¿cómo es, Tiempo, que el tímido
mortal, envanecido
no ha de sentirse, viéndose
aquí la frente erguir?

“Yo sobre todos álzome;
la tierra ya domino;
del Hacedor el ámbito
mirar es mi destino;
y siento el hondo bátrato
bajo mis pies hervir.

“Los astros con sus vívidos
destellos me circundan;
mido el espacio y muéstranse
los seres que lo inundan;
y el misterioso oráculo
del mundo leo en tu faz...”.

—“Observa bien,— replicame—
y guarda en tu memoria
esta enseñanza espléndida,
que, como digna gloria,
allá, a la tierra, ávida
de luz, repetirás...”.

Entonces el fantástico
ser, mudo ante mi queda;
una glacial atmósfera
sobre mi frente rueda;
y raudo e instantáneo
desparecer lo vi...

Absorto, yerto, exánime,
caí... pero me grita
Colombia... abro los párpados...
¡mi ser ya resucita...
soy hombre al fin... y trémulo
escribo lo que oí...!

1883

José Joaquín Pérez, según vimos, ensayó la estrofa manzoniana desde su adolescencia pues figura en composiciones de la libreta titulada *Ráfagas Tropicales*, de 1858 a 1867. Posteriormente aparece en *Cuba y Puerto Rico*, de 1873, en que su pasión por la libertad se extiende a las antillas vecinas.

En las dos composiciones de la madurez en que el poeta vuelve a emplear la estrofa manzoniana, se exalta la memoria de Bolívar, en expresión de fervor americanista, al cual sirvió de acicate las luchas de Cuba por su independencia que encontraron siempre un acentuado eco de solidaridad en Santo Domingo.

A M E R I C A

El 5 de Julio

Hay galas de iris múltiples
sobre la sacra cumbre
del Chimborazo; y vívidos
reflejos de ígnea lumbre
el almo sol del trópico
envíale, al despertar.
Escúchanse los vítores
de innúmeras legiones,
el estentóreo y bélico
tronar de los cañones,
y en los lejanos ámbitos
los ecos retemblar.

¡Es día de gloria espléndida!
Surgiendo del abismo,
se yerguen ya los cíclopes
del más noble heroísmo,
que dieron a la América
luz, vida y redención.
Y allí, sobre la cúspide,
el Genio armipotente,
el semidiós, la olímpica,

la inmaculada frente
levanta, envuelta en fúlgida,
celeste irradiación.

Ante él, ebria de júbilo,
feliz, deslumbradora,
la redimida pléyade
de pueblos que le adora,
le eleva, en coro armónico,
sublima himno triunfal;
palpitación unísona
de cuanto el ser alienta
con poderoso espíritu
de amor que lo sustenta,
y en todo va encarnándose,
y es grande e inmortal. . .

Pero ¡ay! que allá, en el límite
del mar, en curso lento
por entre brumas pálidas
y de color sangriento,
cori indecisa y trémula
fulguración surgir,
se mira el disco tétrico
de solitaria estrella,
que, con raudal de lágrimas,
dejando va su huella,
y puede en pos de un lóbrego
desierto sucumbir.

Bolívar, con enérgica
resolución, la diestra
levanta; y cesa el cántico,
y, con dolor, le muestra
a aquel libre Aerópago
de pueblos que él creó,
la estrella melancólica
del cielo americano,

augurio, imagen, símbolo
de un pobre pueblo hermano
que de sus férreos déspotas
librar también soñó.

—“Mirad, —les dice,— hay mártires
que aún yacen en el caos
de la opresión tiránica . . .
¡Temblad y avergonzaos . . . !
¿Qué hicisteis del purísimo
legado que os confié?
¿En dónde está ese lábaro,
emblema de victoria,
que no encontraba obstáculos
camino de la gloria,
y hasta lo más recóndito
del continente fue?

“¡Jamás la ruín y estúpida
pasión del egoísmo
cegó a la raza homérica
que, en alas del civismo,
voló doquiera exánimes
oyó pueblos gemir!
¿Y ya de aquellos ínclitos
y egregios campeones
no hay herederos y émulos?
¿Sus timbres y blasones
con inacción sacrílega
quereis en cieno hundir . . . ?

“Oh, pueblos de la América,
también siervos un día,
¿dejais que aún haya sátrapas
que así, en perpetua orgía,
contra una virgen púdica
se ensañen sin piedad?
¡No vacileis! Y al ímpetu
de amor a vuestra raza,
el noble, eterno vínculo

que la opresión rechaza,
la gran liga patriótica
del porvenir, formad!".

.....

Cesó la voz profética
del grande entre los grandes,
y claridad vivísima
iluminó los Andes.
;En un foco flamígero
la estrella se tornó!
;Después... silencio lúgubre,
rumor de una plegaria...!
Y Cuba sigue indómita
luchando solitaria...
Bolívar brilla, exúltase;
pero sus pueblos... ¡no!

1895

Doce años mediaron entre Bolívar, de 1883, y esta composición en la cual la estrofa a estilo manzoniana, pero ampliada hasta agrupar doce versos, alcanza mayor firmeza y sonoridad. Su rotunda dicción se aviene con el carácter épico de las imágenes que evoca. De esta composición dijo Pedro Henríquez Ureña que de ella "fluye la inspiración como torrente de luz y armonía, de fuerza viril y plena".

A E T N A I

¿Que si es bella Etnaí? ¿No lo es acaso
el violado clavel, al que no igualan
el nítido jazmín, el blanco lirio,
y ni aún el mismo nardo le aventaja?

Y ¿quién es Etnaí? Joven oriunda
de las salvajes tribus africanas
nacida en el Maniel. Graciosa perla
que en belleza compite con la garza.

De abierto tulipán el tinte negro
su bello rostro de azabache esmalta,
y asoma tras la risa de sus labios
de ricas perlas, primorosa sarta.

Verdad que sus cabellos no se extienden
en luengos rizos por ebúrnea espalda;
la cabeza orgullosa ostenta altiva
bucles rizados por candente lava.

En la curva turgente de su seno
los dos globos artísticos resaltan
cual en las negras sombras de la noche
las radiaciones de la Vía Láctea.

No es la bella Etnaí tímida corza,
humilde oveja, ni paloma mansa,
¡sino altiva leona de Numidia
y de Guinea indómita girafa!

Se suele deleitar la joven india
oyendo el dulce susurrar del aura,
y la linda trigueña se enamora
del erguido penacho de la palma;

mientras que sólo a mi Etnaí conmueven
el ciclón que los árboles desgaja,
el turbulento mar que brama airado
y el trueno que retumba en la montaña

Y... ¿me ama Etnaí? Cuando sus ojos
se fijan en los míos... cuando estalla
en súbita explosión su amor sublime...
¡a incógnita región vuela mi alma!

No contienen sus besos el almíbar
que en blanda cera las abejas labran,
sino el flúido eléctrico que enciende
del cráter de un volcán la hirviente lava.

¿Comprendéis a Etnaí? No es la criolla
sierva del hombre y del amante esclava;
¡es la reina de Saba que domina
al más sabio de todos los monarcas!

Nutren su corazón dignas virtudes;
su ideal es la pura democracia.
¡Poetas, saludad la joven negra,
oriunda de las castas africanas!

Es este uno de los poemas más interesantes de la etapa de evolución de José Joaquín Pérez. Fácilmente se percibe la intención plástica del verso en la estampa que el poema nos ofrece de una belleza africana. Ese sentido escultórico de la poesía marca una notoria diferencia con el pintoresquismo romántico generalmente de trazos difusos y sensitivos aún cuando se expresaran en lenguaje sonoro. Tal novedad hace presumir un rasgo de influencia parnasiana, habida cuenta de las tendencias de la escuela francesa de esa denominación, floreciente por aquellos años, cuyo credo propugnaba la precisión cincelada del verso, como lo hicieron entre otros Leconte de Lisle y el José Ma. de Heredia francés. En este sentido, también tiene significación el uso de la asonancia.

EL AMOR DE MAGDALENA

(Croquis bíblico)

Blonda como un trival la cabellera
que al viento en rizos y al desgaire **vaga**;
los ojos de un azul color de cielo
con reflejos de aurora en la mirada;
erguido el busto escultural; los labios
con la expresión de la bondad del alma;
y la luz y la brisa jugueteando
en los contornos de su veste blanca;
va Jesús sobre el lago Tiberiades
de pie en la popa de su frágil barca.

En la orilla del lago, recogiendo
conchas y flores y campestres galas
para adornar su espléndida hermosura,
que es asombro y orgullo de su raza,
está la galilea de ojos de fuego,
la voluble y fastuosa cortesana,
ante la cual los corazones tiemblan
y en el deleite del amor se embriagan.
Ve a Jesús, y algo siente que la **turba**;
pero no es la ansiedad lasciva y **vana**

que despierta en su ser cuando a otros hombres
tiende la red de sus desnudas gracias,
sino el ardor de una pasión intensa
que la enciende, seduce y avasalla
y hace olvidar el mundo y sus placeres:
¡es un amor en que se abisma el alma!

La tarde ya adormece sus fulgores
en las linfas del lago, en la montaña;
el crepúsculo en sombra va envolviéndose,
y hay como convulsiones de borrasca
en el rugido del soplar del viento
contra el que lucha con vigor la barca.

Por la orilla del lago, jadeante,
con los cabellos en desorden, pálida,
como la evocación de un sueño lúgubre,
la infeliz hija ardiente de Magdala
corre, invocando la piedad divina,
para que salve del peligro al nauta
a quien quiere ofrecer el sacrificio
de morir junto a El entre las aguas.

Jesús, entonces, a la vista atónita
de aquella que lo sigue y que lo ama,
tiende la mano; y al conjuro, cesa
el ímpetu bravío de la borrasca;
y, al suspiro apacible del favonio,
la leve arena de la orilla alcanza.

A los pies del gallardo Nazareno
Magdalena la impúdica se abraza,
e imprime en ellos como ofrenda un beso
de amor, purificado por sus lágrimas.

Jesús de la ignominia la redime:
su amor le da también, la pura y casta
pasión que El siente por quien cae, rendido,
sin fe en un Dios que las conciencias salva;

y envolviéndola en luz, dándole el beso
feliz de su perdón y de su gracia,
¡hace así de la triste pecadora
la más bella y sublime de las santas!

1888

El Amor de Magdalena ha sido de las composiciones que más favor del público y la crítica se ha granjeado.

Tanto el tema como la forma tienden a confirmar el trato del autor con producciones de poetas parnasianos. Los temas bíblicos fueron de las preferencias de éstos y el propósito de talla verbal es evidente en la primera estrofa con respecto a la figura de Jesús.

El verso final de la antepenúltima estrofa "la leve arena de la orilla alcanza" ha sido considerado por Pedro Henríquez Ureña como "uno de los más finos versos onomatopéyicos de nuestro idioma".

TU SUSPIRO

Caía sobre tus rizos de oro sueltos
un rayo melancólico de luna,
y en tus ojos de dulce azul de cielo
palpitaba un poema de ternura.

Entreabríase tu boca, que es un nido
donde aletean para volar los besos;
y en el ambiente perfumado y tibio
había como embriagueces de un deseo.

De níveo y vaporoso tul vestidos
tus contornos de altiva estatua griega,
envueltos parecían en luz de un nimbo
que algo de mundos siderales era.

Con voz convulsa de emoción te dije:
“El tema de unos versos necesito. . .”
y alzaste al cielo la mirada triste,
¡y escuché la respuesta en un suspiro!

1890

En las composiciones de adolescencia y de primera juventud, recogidas en la libreta que lleva por título *Ráfagas Tropicales*, las poesías de carácter erótico abundan aunque muy pocas alcanzaron publicidad. En el período de madurez el tema fue mucho menos frecuentado. En *Tu Suspiro*, de 1890, asume evidentes intenciones plásticas como en *Etnaf* y junto a ello, la reaparición de la doble asonancia introduce una rima insinuante que en cierta medida difumina la pretensión escultórica del trazo.

LA VIRGEN Y EL NIÑO

(Cuadro del Ticiano)

*A mi querido maestro
Monseñor Fernando A. de Meriño,
Arzobispo de Santo Domingo.*

La luz del éter, que en raudal creciente
cumbres y valles y colinas dora,
sobre oscuros pañales, blandamente,
con cuanto la perfuma y la colora
besa del niño la sagrada frente.

Aún duerme, y se trasluce la mirada
de aquel dulce renuevo de una vida,
casto ideal de la belleza increada
en el ser de Dios mismo confundida:
;sublime perfección, jamás soñada!

En la penumbra y de candor radiante,
un éxtasis de amor la Virgen era
junto a esa cuna humilde y palpitante
donde aparece de su bien la aurora
que simboliza la virtud triunfante.

Pero, como a través de bruma leve
que entolda el sol, al levantar el día,
bajo la sombra de un cendal de nieve

se ve aquella purísima alegría
presagiando un pesar que la conmueve.
¿Es que la fe de esa mujer vacila?
¿Qué hay que a falaz desilusión la guíe?
¿Algo revela, en su actitud tranquila,
que caerá sobre el labio que sonríe
la lágrima que tiembla en su pupila!

El horizonte de la edad futura
sondea su triste corazón amante,
y acaso ve la Calle de Amargura
por donde un justo con la cruz, jadeante,
va hacia el Calvario en que la muerte apura.

.....

Ese misterio de dolor humano,
con esplendores del amor del cielo,
trazó el pincel del inmortal Ticiano.
¡Así es el arte, cuando encumbra el vuelo
a la región del ideal cristiano!

1894

El sesgo escultórico del verso se advierte nuevamente en esta composición que además del motivo plástico que la inspiró tiene referencias bíblicas y religiosas.

MI LIBRO DE CUBA

*A su distinguida autora
Lola Rodríguez de Tió.*

Así te quiero ver: siempre ceñida
de agrestes flores de la selva indiana,
arrancando a la lira americana
himnos de nueva y de fecunda vida.

Así te quiero oír: con cantos suaves,
ecos sin fin de indefinibles cosas,
como palpitaciones misteriosas
de hojas de bosques y de nidos de aves.

Así, encarnando lo que flota y vaga
y en colores y aromas se deslíe,
y con la lumbre matinal sonrío,
y con la sombra nocturnal se apaga. . .

Que profundices —te dirán los sabios—
que crees un dogma de enseñanza ruda,
hollando el templo de la ciencia, muda,
sin un eco de amor entre los labios;

que de lava de abismo hondos sea
la lira que tan dulces cantos vibra;
y que triture el corazón su fibra
en el yunque de bronce de la idea.

Apóstoles son esos de la ruina
de cuanto el alma en su ilusión alienta;
porque del bien la humanidad sedienta,
en pos de todo lo ideal camina.

Asciende al éter, y en el tenue velo
envuelta de su luz multicolora,
del cáliz de tu alma soñadora
rebose el néctar del amor del cielo.

Que en tu ilusión apasionada halles
foco de inspiraciones con que alumbres
ya el azul transparente de la cumbre,
ya el verde oscuro de los hondos valles.

Que sólo bebas vírgenes raudales
de un río sagrado en la inexhausta fuente,
y bañes el espíritu inocente
en perfumes de brisas eternas.

Que es en esa región donde se encierra
la dulce imagen, sin impura escoria,
de todo cuanto es dicha y cuanto es gloria
aquí, en las realidades de la tierra.

Sueña así: y desdeñando, sonreída,
las necias burlas de la ciencia humana,
vibren, Lola, en tu lira americana,
himnos de nueva y de fecunda vida.

1894

Merecen atención estos versos de madurez, dedicados a la poetisa puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió, porque en ellos renueva José Joaquín Pérez su vieja profesión poética de cuño romántico reaccionando contra la pretensión positivista de servirse también de la poesía.

Se trasluce en ellos una verdadera Arte Poética mediante la invocación a las esencias nativistas de su estro. Así, dentro del verso más ceñido, propio de su etapa evolutiva, enaltece la vaguedad y suavidad del canto y rechaza a los apóstoles de la ruina "de cuanto el alma en su ilusión alienta". Luego con fervorosa referencia al cielo, a las cumbres, a los valles, a las brisas y los perfumes de la tierra americana, que la han inspirado invariablemente, proclama en una serie de imágenes lo que considera debe ser la sustancia de los "himnos de nueva y de fecunda vida" destinados a vibrar en el canto de la poetisa borinqueña.

LA ESPAÑOLA EN AMERICA

*Al eximio literato,
señor Nicanor Bolet Peraza.*

Al desgaire cruzado el mantón de Manila,
con orgullo y con gracia, como reina y manola,
en la cruz centelleante de la negra pupila
incendiado las almas, va la ardiente española.

Su enarcada cadera, dócil siempre al empuje
del jaleo y las zambras que en su mente resuenan,
se columpia; y al ritmo de la seda que cruje
de embriagueces que matan los sentidos se llenan.

Tal parece que un beso en sus labios estalla,
dado al sol que en su frente se refleja radioso;
ese sol en que busca, ese sol en que halla
de su tierra lejana el mensaje amoroso.

Estos vírgenes bosques, al hollarlos su planta,
le dan todo el aroma de sus índicas flores,
y el concierto de trinos de sus aves la encanta,
inspirándole sueños de esperanzas y amores.

Es señal de su alianza con la tierra bendita,
que otro mundo de afectos e ilusiones le crea,

el luciente cocuyo que en su seno palpita
o en su oscuro cabello jugueteando chispea.

Ya es de América el alma de la ardiente española,
la indolencia en sus brazos con su arrullo la mece;
y aunque piensa en su patria, ni está triste ni sola:
¡todo aquí la seduce, todo aquí la engrandece!

Ya sucede la danza tropical, voluptuosa,
a la jota en que vibra la febril castañuela,
y a la sal del bolero andaluz, la armoniosa
tanda alegre de valeses en que aérea, ágil, vuela.

¡Oh, fusión de la sangre que la vida fecunda,
que la enérgica savia de las razas renueva!
¡Cuanto nace a su influjo, de esplendores se inunda
y a lo puro, a lo grande y sublime se eleva!

Cada bella española nos subyuga y atrae
cual un vórtice hirviente de inefables placeres. . .
¡Oh, feliz quien a él llega; y quien loco en él cae!
¡Dios bendiga a quien ama con delirio esos seres!

.....
¡Noble España! a tus hijas ¿quién habrá que resista?
Con el mágico fuego que en sus ojos se encierra,
¡oh, bien puedes del mundo emprender la conquista
y mirar a tus plantas sometida la tierra. . .!

1894

El poeta logra con los alejandrinos de esta composición efectos auditivos que armonizan con la impresión de movilidad que requería el tema tratado sin que por ello se perjudique la plasticidad del cuadro descrito. A este respecto es digno de observarse que el alejandrino que utiliza es el que había puesto de moda Rubén Darío, esto es, el de acentuación predominante en tercera y sexta sílaba de cada hemistiquio, en vez del de segunda y sexta que acostumbraban a usar los románticos. En la utilización de ese molde métrico parece haber sido el primero en Santo Domingo aportando un temprano rasgo del modernismo. Sobre

tal novedad de dicción apunta el Diccionario de la Literatura Española, Revista de Occidente, 1949, páginas 15-16:

“...Rubén Darío da una nueva acentuación rítmica (acento principal en tercera y sexta sílaba de cada hemistiquio) al alejandrino:

¡Ay!, la pobre princesa de la hoca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo,
o perderse en el viento, sobre el trueno del mar”.

¡ 1 8 9 5 !

¡Ven, llega y pasa! Gladiador que lucha
contra cuanto en el mundo herirlo intenta,
la fe viril del corazón me escuda
y el soñado ideal del bien me alienta.

Aquí estoy, aún de pie. Si atrás hay ruinas
y sangre y fuego y lágrimas, ¡no importa!
Esas grandes miserias de la vida
quien hombre nace, con valor soporta.

Aquí estoy, frente a tí. Chispas el yunque
del alma, al golpe de las penas, lanza;
y no se si en tu erial tendrá perfume
la misteriosa flor de la esperanza.

Te saludo, hondo abismo del acaso,
mostrándote mi hogar, ¡mi hogar querido!
donde hay aves canoras que, aleteando,
gorjean en torno y al calor de un nido.

¿Qué me traes? ¡No lo sé! De tu vorágine
el ímpetu fatal llevóme un día
un girón de la cuna de mis ángeles,
dejándola sin luz, ¡yerta y vacía!

¡Y mañana tal vez...! ¡Ay! no profane
 el átomo lo augusto de lo eterno:
 va la vida a caer en lo insondable
 sin saber si la gloria es el infierno.

Espíritu que animas lo invisible;
 fuerza que agitas lo impalpable, o ciega
 fatalidad que todo lo diriges,
 la pobre humanidad a ti se entrega.

Si su ley destructora el mundo impone,
 si luchar contra ella es el destino,
 lucharé sin cesar, venciendo entonces,
 ¡porque en pos de la luz y el bien camino!

En 1895 arribaba José Joaquín Pérez a la media centuria de su existencia. Al contemplar el pasado desde la cima de su edad madura, la incógnita del porvenir con todas sus eventualidades, que pone de relieve la llegada del nuevo año, le induce a una reafirmación de sus convicciones morales.

El verso "un girón de la cuna de mis ángeles" alude al fallecimiento del primero de sus hijos varones, Luis Abelardo, antes de cumplir el primer año de edad.

¡1895! es un ejemplo de la mezcla de asonancias y consonancias, lo mismo que El Herrero que se inserta a continuación.

EL HERRERO

¡Es un monarca! Su raída blusa,
que un andrajo misérrimo parece,
émula es digna de la regia púrpura
y más que ella lo eleva y ennoblece.

Es su trono la fragua, y su corona
el sudor que en su frente centellea
con el reflejo de las chispas rojas
del hierro que en la hornalla se caldea.

Su cetro augusto es la potente maza
que fácil blande su robusta mano,
símbolo de la fuerza que no mata
los libres fueros del derecho humano.

Es el gran sacerdote del trabajo
que el dogma del honor y el sacrificio
enseña a los que van, desheredados
de todo bien, tras el placer del vicio.

Es su templo el taller. Ante sus aras
la hostia bendita del progreso eleva
ese bardo-profeta que consagra
la religión que al porvenir nos lleva.

El yunque es la gran lira con que el bardo
con rudos golpes y entre chispas canta
de noble redención el himno sacro
que del caos a la luz pueblos levanta.

El arma que a los débiles, el brío
de los héroes les da, forja ese atleta;
y para defender contra lo inicuo
tiempla el hacha y aguza la piqueta.

Y a ese humilde llamado al Capitolio
donde la imbécil vanidad se engríe,
a ese que sufre, mientras todo en torno
de un César vencedor canta y sonrío,

bendecirán las oprimidas turbas
que sueñan con el bien de la victoria;
pues dondequiera que el trabajo triunfa
¡hay ley, hay Dios, hay redención, hay gloria!

1895

En su evolución la poesía de José Joaquín Pérez parece introdujo en la lírica dominicana, con El Herrero, la temática social con timbre reivindicatorio. Si es cierto que Deligne había presentado ya cuadros sociales los mismos tuvieron más bien carácter descriptivo no ajenos a la ironía y a lo pintoresco.

DE AMERICA

A un modernista exótico

Pues háblame del mundo que conozco,
de mis flores silvestres, de mis selvas,
y deja para el viejo mundo, lotos,
glemátidas, orquídeas, crisantemas.

Ponme en contacto con la pompa virgen
de esta monumental naturaleza,
de formas y colores y matices
que el arte no profana ni supera.

Píntame a golpes de la luz del trópico
a la criolla del cutis de canela,
que el beso perennal y voluptuoso
del sol en el cénit colora y quema.

Describeme torrentes y montañas,
cuanto con vida vigorosa alienta
en la fértil región americana:
¡en nuestra hermosa, exuberante tierra!

No estudies en los libros, sino en ese
gran libro que el Creador aquí escribiera,

que los cantos magníficos contiene
del más sublime, original poema.

1896

Aunque alerta ante las novedades literarias que los años fueron revelando, y no remiso en utilizarlas, José Joaquín Pérez se mostró sin embargo celoso en preservar lo que consideraba las esencias autóctonas de su inspiración. Por su temprano conocimiento de Rubén Darío, a quien presenta elogiosamente ante el público dominicano en 1884, así como por los rasgos modernistas que fueron apareciendo en la producción de sus años postreros, cabe presumir que estuvo bien al tanto de la trayectoria del movimiento encabezado por el genial nicaragüense que renovó la poesía en lengua española. Pero frente al exotismo que preconizaron ciertas consignas del movimiento en su etapa inicial, vuelve por los fueros de su invariable nacionalismo y americanismo literarios, como lo testimonia la composición más arriba transcrita, novedosa, sin embargo, por su rima de doble asonancia con vocablos graves, modalidad que parecía anunciar en él la tendencia hacia la liberación de la rima.

LA TORCAZ

Los rojos granos del café silvestre
la torcaz, aleteando, picotea;
y entre las hojas, el color luciente
del iris de sus plumas centellea.

Al más leve rumor del bosque, yergue,
con febril ansiedad, el móvil cuello,
donde tiembla el rocío con rayos leves
que envía la aurora en su primer destello.

Súbito el vuelo, con pavor, emprende
por el éter azul, a otras regiones,
mientras la llora, con afán perenne,
la prole en que fundó sus ilusiones.

¡Ah, pobre peregrina! El mundo tiene
como el bosque, también sus asechanzas:
¡cazadores que matan inocentes!
¡destructores de amor y de esperanzas!

ELEGIA

Salomé Ureña de Henríquez

Hay cimas que a las águilas deslumbran
y adonde en vano se remonta el vuelo,
porque confunden su invisible altura
con la radiosa inmensidad del cielo.

A esas cimas llegó, con bríos de audacia,
de todo lo imposible vencedora,
con las del genio prepotentes alas,
nuestra más grande e inmortal cantora.

Llegó; y en cada cuerda de su lira,
que inundaron miríficos fulgores,
hubo palpitaciones infinitas
de los ecos de todos los amores.

La patria, la heroína de la historia,
con su roto blasón, en lucha cruenta,
caminando a través de sangre y sombras,
la voz escucha que a vivir la alienta.

Y mientras se levanta a su conjuro,
y “estremecida al porvenir se lanza”,

ni odio vil, ni sacrílegos verdugos
contra ella ejercen su feroz venganza.

A la mujer, que en servidumbre estéril
de ruín preocupación, vio su belleza
ser no más que incentivo del deleite,
le da, con el saber, gloria y grandeza.

Forma conciencias en el molde austero
de la virtud que en la razón se inspira,
y erige en el hogar augusto templo
donde la paz el corazón respira.

¡Y es madre! Y ese amor inextinguible
que la abrasa y absorbe y transfigura,
no halla en la tierra ni extensión ni límites,
desbordado en torrentes de ternura.

Mas ¡ay, de toda cima se desciende!
¡Toda altura a su pie tiene un abismo!
¡Todo astro rueda en el vacío del éter,
destrozado en tremendo cataclismo!

Y ella, para la cual no hubo horizontes,
sol en perpetua plenitud de aurora,
émula de la luz, toda esplendores,
vestal, sacerdotisa y redentora;

¡cayó también! Y todo, en el profundo
arcano de la gran naturaleza,
tiene un hondo clamor, rinde un tributo
de íntimo duelo y funeral tristeza.

Cuanto su lira enaltecíó, se inclina;
cuanto su alma adoró con fe, la llora.
Apagado está el sol y nada brilla;
todo se desvanece y descolora...

.....

¡Genio de las sublimes concepciones,
 ídolo y númen de la patria mía,
 a quien ciñó la América sus flores
 y el mundo, absorto, con aplauso oía!

Madre que dejas el hogar desierto,
 la tierna prole en orfandad sumida,
 los miserandos que, sin tí, perdieron
 ¡ay, tantas ilusiones en la vida!

¡Adiós, adiós! ¡Aliéntenos tu espíritu,
 de memoria inmortal, y sea fecundo
 generador del bien y bendecido
 en la patria, en la América, en el mundo!

1897

Estrecha amistad y recíproca admiración vincularon a Salomé Ureña y a José Joaquín Pérez. Esta sentida elegía, de patético lirismo, fue leída por su autor, emocionado, ante la tumba de la poetisa en el acto de inhumación de su cadáver.

No hay duda que el poeta logra imprimir a la sobria limpieza del verso, dentro de la atenuada musicalidad de la rima, la solemne resonancia de la elegía clásica, mérito que es tanto más de tomarse en cuenta por el hecho de que, dadas las circunstancias, la composición en gran medida debió ser improvisada.

Otro homenaje lírico rindió José Joaquín Pérez a la eminente poetisa con motivo de su fallecimiento, publicando en el Listín Diario del 23 de marzo de 1897 una composición dedicada a su memoria con el título de Una Flor — En la tumba de Salomé Ureña, composición que estuvo firmada con el seudónimo de Flor de Palma, que el poeta utilizaba en sus últimos años.

PSALMO

In te Domine speravi

Puse en ti la esperanza, cuando, ciega,
del mundo en mí la maldición caía;
hoy a tí el corazón con fe se entrega
y en tu justicia y en tu amor confía.

Concede ¡oh Dios! tu protección al siervo
que el arpa pulsa en tu loor, tranquilo;
sostén su frente contra el mal protervo
que lo persigue hasta en su pobre asilo.

Pues que en la tempestad tu mano guía
hacia el puerto la nave endeble y rota,
en el rumbo hacia el bien que el alma ansía
me guiará tu bondad que no se agota.

Corta de tu justicia con la espada
el lazo vil que la maldad me tiende,
y conviérte en la luz de tu mirada
la hoguera de odio que la envidia enciende.

Mi espíritu en tus manos se encomienda;
tu redimiste ayer mi cautiverio:

¡llévame por los riscos de tu senda,
dócil al yugo de tu dulce imperio!

1899

Bajo el orden cronológico esta composición, aparecida en 1899, sería la última publicada por José Joaquín Pérez, cuyo fallecimiento ocurrió en abril de 1900. Sin embargo, *Psalmos* es la versión bastante modificada de versos compuestos entre 1861 y 1862 incluidos en la libreta que lleva por título *Ráfagas Tropicales*. Vale la pena entonces preguntarse la causa de su reaparición en 1899. ¿Presentía el poeta ya próximo el misterio insondable de la muerte? ¿Acaso movía su ansia de contacto con lo eterno el acosamiento de las mezquindades terrenales? Sea de ello lo que fuese, lo cierto es que *Psalmos* asume, en la perspectiva histórica, el signo de una patética despedida.

CONTORNOS Y RELIEVES

La última etapa de la producción poética de José Joaquín Pérez está constituida por las composiciones que bajo el título general de Contornos y Relieves aparecieron en la prensa de 1895 a 1900. Hemos seleccionado nueve de ellas para la presente edición.

Señalemos, en primer término, que el título mismo de Contornos y Relieves denuncia una clara referencia a las dos corrientes poéticas francesas que en aquellos momentos estaban alimentando el modernismo americano. En efecto, mientras Contornos alude evidentemente a las tendencias del simbolismo, que pretendían sugerir las cosas en vez de nombrarlas, Relieves responde a la aspiración de cincelar el verso que embargó los afa-nes de los parnasianos.

Puede considerarse que en esos versos cristalizaron los signos renovadores que se advertían en el período anterior, de modo que se hizo notorio el despliegue de la habilidad técnica que el poeta había acendrado, a través de una trayectoria ininterrumpida, desde sus primeros versos.

La exhibición de maestría en ese campo fue uno de los signos distintivos del modernismo americano. José Joaquín Pérez la empleó, bajo el influjo de aquel, en la búsqueda de los efectos plásticos y de las resonancias auditivas del verso, utilizando nuevos metros y obteniendo logros sobresalientes de cadencia rítmica. Ello vino a unirse a las peculiaridades de la rima, ya señaladas, o sea las de las estrofas de doble asonancia o con mezcla al-

ternada de consonancias y asonancias. También agrega novedades con lo que puede estimarse como una evolución de la estrofa manzoniana por medio de estrofas de cuatro versos de triple terminación esdrújula y uno final agudo.

A todo ello se aúna la mayor densidad conceptual que se pone de manifiesto como signo también de evolución de las ya conocidas afecciones del hogar y a la libertad, de amor por la patria y por América y de devoción a la naturaleza y a la justicia.

La conjunción de los factores de fondo y forma señalados, además de la índole renovadora que tiene para la poesía dominicana y americana, resume el momento culminante del legado lírico de José Joaquín Pérez y fue probablemente lo que movió a Pedro Henríquez Ureña a afirmar que "los Contornos y Relieves son la coronación de su obra: la cima serena y luminosa donde impera el espíritu superior del poeta, que encubre discretamente sus heridas y sus dolores para cantar los himnos inmortales de las aspiraciones humanas, del trabajo, de la alegría de vivir, del amor universal, de las futuras redenciones latentes en el curso de la fecunda evolución humana".

COCOLITO

La tierra que contiene los despojos
de aquella raza indómita y bravía
dio su crudo color a este indio nuevo
que tres años no cuenta todavía.

En los ojos relámpagos de águila
surgiendo en ellos, cual de selva oscura,
y el cabello con rizos que se enlazan
para formar caótica espesura.

La frente alza con el aire adusto
hacia el cielo; y sus músculos fornidos
parecen hechos en un torno hercúleo
para ahogar, estrechando, a los vencidos.

No corre, vuela, y sin fatiga alcanza
al más ligero can en su carrera;
es un niño titán que hacer prodigios
de tiempos mitológicos espera.

¡Y esos tiempos vendrán cuando en América
no se quiera que un palmo sólo oprima
la planta audaz de aventureros déspotas
que bien se están en su nativo clima!

Cocolito se anticipa y se hermana a El Nuevo Indígena en el presagio de la raza que, formada y sustanciada en el medio americano, el poeta vaticina será garantía de la libertad del Nuevo Mundo.

EN LA CUMBRE Y EN EL FANGO

A Mercedes Mota

Apenas si se atreve la luz, avergonzada,
a entrar furtivamente en la mazmorra oscura
donde, en jergón de ripios, la desnudez resalta,
de aquella pobre madre que el mundo llamó impura.

Se crispa, se retuerce, y en esa agonía lenta,
al hijo en vano calma que ya agotó el sustento;
ý, sorda y egoísta, la sociedad le niega
el mísero mendrugo que arroja a un can hambriento.

¿Cuál fue su enorme crimen? . . . Amar a ese magnate
que va sobre honras frágiles sus triunfos pregonando,
y convirtió las lágrimas de un pueblo en oro infame
que al fin devora el vicio con su placer nefando.

Allí cerca, muy cerca, deslumbrador, sonoro,
con estremecimientos de voluptuosa orgía,
osténtase el palacio monumental del monstruo
que, estoico, ve la obra de su pasión impía.

Y mientras en sus brazos a su futura víctima
oprime, al son ardiente de una lasciva danza,
en brazos de la madre, ya inerte, el hijo expira
¡y se oye un grito ahogado de horror y de venganza!

Aunque no ajena al típico dramatismo romántico, esta composición, una de las primeras de Contornos y Relieves, es reveladora de la preocupación social que está embargando el estro del poeta.

DEL HOGAR

Al Doctor Ambrosio Grillo

I

Con la aureola de los rizos que en su blanca frente caen,
a través de tenue gasa que su móvil cuna cubre,
se ve al niño que sonriendo sueña acaso con los ángeles
que entre flores, luz y galas al empíreo lo conducen.

¡Cuánta púrpura en sus labios y en sus mórbidas mejillas!
¡Cómo el seno leve ondula y apacible se levanta!
¡Con el beso perdurable de la más fecunda vida
a los seres que así nacen y así crecen, Dios consagra!

¡Oh, qué atleta formidable para el campo de la lucha
cuyo ruido ya en lo oscuro de los tiempos se percibe!
¿Quién entonces, como ahora, con procaz violencia insulta
lo sagrado del derecho de su heroica raza libre?

II

Más de súbito, en los brazos de la madre, que se muere
de la angustia de las madres que ningún idioma expresa,
a ese niño lo devora con su fuego intensa fiebre,
lo estrangula con sus garras implacables la difteria. . .

¡Oh, qué noche, qué hogar lleno de infinitas pesadumbres!
 Todo es eco de gemidos, mar de lágrimas, sollozos...
 Breves horas... y esa vida de esperanzas se consume,
 y la nada pavorosa de la tumba lo hunde todo...

¡Ciencia vana, débil sombra, pobre y pálido reflejo
 de la eterna verdad ¿dónde tu poder está? ¿tus triunfos
 de qué sirven, si no salvas lo que aún nace, lo que el tiempo
 aún no empuja, ya gastado, como inútil e infecundo?

III

Pero el sol con esos rayos, que sonrisas son del cielo,
 y las aves cuyos trinos son hosannas de la tierra,
 y las flores con su aroma, y en unísono concierto
 cuanto vive renovándose en la gran naturaleza;

todo al niño, que en la cuna sosegado duerme ahora,
 soñar hace con un mundo que es de goces inefables...

¡y a qué dulces expansiones el hogar alegre torna!

¡Cuántos labios que bendicen a la ciencia ya triunfante!

¡Oh, qué noble misión cumple, qué grandeza tan sublime
 la del héroe cuya gloria no es la muerte de sus víctimas!

¡En las cumbres no hay altura, ni el espacio tiene límites
 para el héroe de la ciencia que es creador de nueva vida!

El verso de dieciséis sílabas que José Joaquín Pérez emplea por primera vez en esta composición en la cual reaparece el tema del hogar es pleno de sonoridad gracias a la abundancia de términos esdrújulos y graves de acentuación vibrante que contribuyen al acompasamiento del ritmo:

¡Ciencia vana, débil sombra, pobre y pálido reflejo!

El auténtico trance de la vida hogareña a que se refiere la composición le sirve para imaginar al niño como atleta formidable para la lucha

cuyo ruido ya en lo oscuro de los tiempos se percibe...

La sonoridad de los versos está lograda primordialmente a base de su acompasamiento rítmico pues la rima es la de la doble asonancia con vocablos graves.

ABISMOS

Un abismo, ese mar de negras olas,
insondable, fatídico, desierto,
sobre el que van desamparadas, solas,
frágiles naves sin destino cierto.

Un abismo, ese cielo, ese sudario
tendido sobre el lóbrego elemento,
que es tumba del marino solitario
mártir de un soplo desigual del viento.

Un abismo, esa mente que vacila
entre sombras y luz, duda y creencia,
del genio que se exalta o aniquila
en sus luchas con Dios o con la ciencia.

Y después de la espléndida victoria,
bellezas sin igual y horror profundo,
odio, amor, guerra, paz, baldón y gloria
;otro abismo sin nombre el Nuevo Mundo!

EL NUEVO INDIGENA

A Miguel Angel Garrido

Brilla en su frente, de sus ojos brota,
caldea sus labios y en sus venas arde,
con ímpetus de rabia vengadora,
el fuego de la raza de sus padres.

Hay veces que sus manos se levantan
en la actitud de quien luchar intenta;
y algo, cual sombra de un dolor que exalta,
sus nobles rasgos de titán revelan.

Con los rayos de un foco que deslumbra
presta el sol tropical a sus contornos
reflejos de la fértil tierra oscura
que hollando va con varonil aplomo.

Ese es el vencedor, el dueño, el árbitro
de esta inmensa región americana,
donde un trono hasta el cielo levantado
le brindan en las cumbres sus montañas.

Ese es Guatimozín, es Moctezuma,
es Hatuey, es Caonabo, es Enriquillo;

es el que lleva toda un alma ruda
evocada del fondo de un abismo.

Y al encarnarla, se transforma y crece,
porque a la injusta iniquidad antigua
se une la nueva iniquidad, que extiende
su insaciable, su impúdica codicia.

¡Ese es el de la gloria de Ayacucho;
el que en México un trono vil sepulta;
el que nos dio de Capotillo el triunfo;
el que su nombre inmortaliza en Cuba!

Y Europa, la vetusta madre estéril,
que el vigor de otra savia necesita,
sin más fe en sus conquistas, ¡caerá débil,
ante ese nuevo gladiador vencida!

Pedro Henríquez Ureña califica, El Nuevo Indígena de "admirable interpretación del nuevo hombre de América, al cual define con una intuición certera que echamos de menos en nuestros aspirantes a sociólogos".

C O N T R A S T E

A Rafael A. Deligne

I

Sobre el néctar color de oro, con sus chispas fulgurantes,
en las copas que se escancian y se apuran sin cesar,
y en el aire, que se impregna del aroma de las flores,
los sonoros hurras vibran de la ardiente bacanal.

Jamás Lúculo, en sus sueños de opulencias de la gula,
vio manjares que excitaran tanto la voracidad,
como aquellos que en vajillas de riquísimo arte raro
son el colmo de la mesa del banquete señorial.

¡Qué deroche de fortuna para el goce de un instante!
¡Qué fruiciones insensatas de la torpe vanidad!
Con afán, sudor y lágrimas del oscuro proletario,
el que brinda esos festines amontona su caudal. . .

Y si a eso llaman dicha, y eso es gloria que se aplaude,
y es cultura, y es un signo de envidiable bien social,
¡pobrecitos los descalzos, pobrecitos los desnudos,
pobrecitos los hambrientos, los que vagan sin hogar!

II

A la cúpula sonora del suntuoso templo ascienden
los perfumes de la mirra, del incienso del altar;
ascuas de oro que deslumbran, paramentos orientales,
profusión de pompas regias ostentándose allí están.

El sagrario es el emporio de una gran belleza artística;
en el ara hay esplendores y portentos que admirar;
y en un foco de áureos rayos y lujosa pedrería
tiembla la hostia, blanco emblema de martirio y humildad.

Todo tiene la grandeza que impresiona los sentidos;
y en lo alto, exangüe, triste y en perpetua soledad,
el que nace en un pesebre, el que en una cruz expira,
está viendo que eso es sombra y humo vano que se va.

Y si sólo el bien lo alcanza con tan pródigas ofrendas,
de un Dios bueno, justo, humilde, la orgullosa humanidad,
¡pobrecitos los descalzos, pobrecitos los desnudos,
pobrecitos los hambrientos, los que vagan sin hogar!

El verso de dieciséis sílabas vuelve a ofrecerse en este poema con acentuada sonoridad para dar expresión, en tono reivindicatorio, a motivos de contraste social. Parece ser la primera composición poética dominicana en que se emplea el vocablo proletario. Vale la pena señalar igualmente cómo los efectos sonoros sobresalientes de los versos, en que se emplea la asonancia aguda, coinciden con los rasgos ornamentales de las descripciones subrayando así un preciosísimo acorde con las tendencias modernistas.

RETOÑOS

A Fed. Henríquez y Carvajal

Con temblor pudoroso las hojas nuevas
de los troncos seniles del bosque brotan,
y entre armónicos ritmos el sol las besa,
al cantar sus idilios de luz la aurora.

Azulean las montañas etéreas brumas,
que a bordar bajan luego las verdes lomas;
y en el valle, las flores que lo perfuman,
se estremecen llamando las mariposas.

Es que la primavera sonriendo esparce
su inexhausto tesoro de agrestes pompas;
y al cruzar, en el aire trinan las aves;
y al morir, en las playas sonríen las olas.

¡Oh, pimpollos del árbol que reverdece
casi oculto en el viejo bosque de sombras,
que erais savia fecunda, vigor latente,
ya explosión de otra vida generadora!

Yo también mis retoños primaverales
veo surgir, a los besos de luz de aurora,

que a mi hogar, a mi bosque de amor, atraen
como nuevas creaciones maravillosas.

¡Oh, alma virgen que todo lo vivificas!
¡Providencia, yo admiro tu eterna obra
en las hojas del árbol que resucita,
en los hijos del hombre que se transforma!

La visión de la naturaleza se reviste en Retoños de una percepción más neta, alejada de la vaguedad romántica y que, densificada por el pensamiento, permite a la innata vocación panteísta del poeta una conclusión trascendente. La novedad formal está representada por el verso dodecasílabo con ritmo de seguidilla, que el modernismo había revivido, y la rima es de nuevo asonantada doble.

S I M B O L O

A mi hija Elminda

Pinta el vasto, rojo incendio del crepúsculo,
donde flotan los girones de azul pálido
que brillántanse y confúndense en el piélago
de las sombras que cayendo lentas van.

Pinta esa hora en que la tierra, con el vértigo
de las últimas caricias del sol, duérmese,
y asomando las estrellas vierten lágrimas,
y le canta su salmodia triste el mar.

Pinta todas esas vagas, leves, múltiples
centelleantes gradaciones que en los diáfanos
horizontes siderales, a la atmósfera
dan reflejos de perenne oscilación.

Pinta el bosque, templo augusto y melancólico
sostenido por sus árboles inmóviles,
do sollozan los rumores en el céfiro
que temblando busca el cáliz de la flor.

Pinta el río, de murmullos de ondas lánguidas,
y las ruinas centenarias de sus márgenes,

que parecen los espectros de las víctimas
de otros siglos de implacable esclavitud.

Pinta, junto de magníficos alcázares,
los tugurios bamboleantes y misérrimos;
e irradiando profusión de focos vívidos
en enormes charcas fétidas su luz.

Pinta todo cuando enciérrese en los ámbitos
de la antigua ciudad, cuna de la América;
lo que en esta postrer hora del crepúsculo
es angustia de la fe del corazón.

Y en el cuadro que así pintes habrá el símbolo
de esta pobre tierra virgen de los trópicos,
de esta tierra de los héroes y los mártires
;donde siempre seca lágrimas el sol! . . .

Acerca del origen de esta postrera y sin duda la más celebrada de las composiciones de Contornos y Relieves poseemos noticias fidedignas. Mientras la hija del poeta, Elminda, retocaba ya a la hora del crepúsculo el cuadro que había pintado de las ruinas de San Nicolás, vistas desde el balcón de su casa, en la calle hoy Hostos, su padre se le aproximó para contemplar por un buen rato su labor. Pocos días después surgía Símbolo.

Tal vez podamos adquirir noción sobre su significado comparándola con las visiones anteriores de la ciudad de Santo Domingo que nos conservan Quisqueyana, de 1874, Santo Domingo, de 1884 y Ciudad Nueva, de 1885. La primera está profundamente penetrada del júbilo del regreso después de seis años de destierro; en la segunda el verso presagia la llegada del progreso y en la última el poeta cree que su vaticinio empieza a cristalizar en la realidad.

En cambio, Símbolo, escrita en 1898, es trasunto de un hondo desaliento, que se compagina con la hora del crepúsculo "que es angustia de la fe del corazón". Traduce el desasosiego que esparce en los espíritus la tétrica decadencia de una tiranía, la de Ulises Heureaux, ya fatalmente encenegada en el crimen, etapa en que concluye todo régimen de su índole. Si a ello agregamos el aura melancólica que atempera en la madurez de la edad los entusiasmos de la juventud, comprenderemos que en Símbolo el ambiente crepuscular es declinación del día, consternación por el clima social y enmustiamiento del alma del poeta ante la cruda realidad. Por eso, la visión de la vieja Santo Domingo, cuna de América, se resuelve en "de esta tierra de los héroes y los mártires—;donde siempre seca lágrimas el sol! . . .".

Con relación a la sustancia puramente literaria de Símbolo es de observarse el dodecasilabo de 8 más 4, la estrofa de cuatro versos con los tres primeros de terminación esdrújula y el último agudo (evolución de la estrofa manzoniana) y la notoria acentuación rítmica lograda por una adecuada selección de vocablos

Esta estructura estrófica ofrece la particularidad de que la vibrante resonancia de las terminaciones esdrújulas se apacigüe con la última aguda cuyo eco mantiene el aire de melancolía que prima en la composición y que favorece la rima asonante que, por parejas, tienen los versos agudos.

Por último, figura en la cuarta estrofa la imagen postrera con que el poeta dio muestra, a lo largo de su trayectoria, de su devoción al bosque:

Pinta el bosque, templo augusto y melancólico,
sostenido por sus árboles inmóviles,

.....

INDICE

	Página
NOTAS PRELIMINARES	
Biografía.....	9
Obra literaria.....	10
Balance de la crítica.....	11
La presente edición.....	14
Bibliografía.....	16
BAJO EL INFLUJO ROMANTICO.....	
Soneto.....	23
Diez y Siete Años.....	25
Bani.....	29
16 de Agosto.....	34
Las Flores del Torrente.....	38
¡Adiós!.....	40
Tu Cuna y Su Sepulcro.....	44
Hojas.....	47
LA POESIA DEL DESTIERRO	
Guaiğüasa.....	52
Ráfagas.....	59
Ecos del Destierro.....	62
La Vuelta al Hogar.....	65
Quisqueyana.....	69
FANTASIAS INDIGENAS.....	
Impresiones.....	85
Igi Aya Bongbe.....	89
El Junco Verde.....	96
Guarionex	102
Toella	116
La Tumba del Cacique.....	118
El Voto de Anacaona.....	120
La Ciba de Altabeira.....	127
Guacanagarí en las Ruinas de Marién.....	134
Vaganiona	137
El Ultimo Cacique.....	144
Areito de las Virgenes de Marién.....	154
El Adiós de Anacaona.....	159

	Página
Vanahi, la Hija del Yareyal.....	165
Areitos	194
Flor de Palma o La Fugitiva de Borinquen.....	199
EL ARPA DE THOMAS MOORE.....	231
Al Partir.....	233
El Recuerdo.....	235
Su Nombre.....	237
El Arpa de mi Patria.....	238
Lágrima por Lágrima.....	240
Antes del Combate.....	242
El Mar	244
Dos Amores.....	245
Tentaciones	247
LA POESIA DEL HOGAR.....	253
¿Dónde está Dios?.....	254
Dad Limosnas	256
Cuadro Infantil	258
Mis Canas	260
Carta-Poema	263
Un Mambí.....	264
LA ETAPA DE EVOLUCION.....	269
La Industria Agrícola.....	273
A Santo Domingo.....	287
Ciudad Nueva.....	290
Bolívar	293
América	299
A Etnaí.....	303
El Amor de Magdalena.....	306
Tu Suspiro.....	309
La Virgen y el Niño.....	310
Mi Libro de Cuba.....	312
La Española en América.....	314
¡1895!	317
El Herrero.....	319
De América.....	321
La Torcaz	323
Elegía	324
Psalmo	327
CONTORNOS Y RELIEVES.....	331
Cocolito.....	333
En la Cumbre y en el Fango.....	335
Del Hogar	337
Abismos.....	339
El Nuevo Indígena.....	340
Contraste	342
Retoños	344
En la Cumbre.....	346
Símbolo.....	348

Esta obra se terminó de imprimir
en los Talleres de la Editora del
Caribe, C. por A., el día 15 de oc-
tubre de 1970.

(Viene de la
solapa anterior)

gracias al acceso a manuscritos familiares, amén de la reconocida competencia crítica del profesor Pérez, se ha hecho una selección de las poesías que permite seguir el proceso evolutivo del poeta, proceso que se ilustra con las correspondientes notas de introducción de las diversas etapas y de ponderación de los principales poemas, facilitando así una mejor apreciación de los mismos.

Al ofrecer al público esta nueva realización en favor de la cultura dominicana, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña desea dejar constancia de su reconocimiento al profesor Pérez por su excelente labor, lo mismo que a la Fundación de Crédito Educativo, cuyo financiamiento ha hecho posible que vea la luz esta nueva edición de la obra poética del insigne vate de las Fantasías Indígenas.

**PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA**

- 1 — Adivinanzas Dominicanas,
Recopiladas por el Profesor
Manuel Rueda.
- 2 — JOSE JOAQUIN PEREZ,
Obra poética — Selección y
notas de Carlos Federico Pérez.



UNPHU
Biblioteca



011004

